

REVISTA CONTEMPORANEA

SUMARIO

- I. SALDAÑA: EXCURSIONES ARTÍSTICAS, por *D. Ricardo Becerro de Bengoa.*
- II. CATEGORÍA Y EXCELENCIAS DEL ARTE BARROCO, por *D. Ceferino Araujo Sánchez.*
- III. CARTAS DE PARÍS, por *D. Leopoldo García Ramón.*
- IV. REVISTA CONTEMPORÁNEA, por *D. Miguel Becerro de Bengoa.*
- V. EL MOSÉN (novela, continuación), por *D. Antonio Vascáno.*
- VI. CRÓNICA POLÍTICA, por *A.*
- VII. REVISTA EXTRANJERA, por *S.*
- VIII. BOLETÍN BIBLIOGRÁFICO: *Anuario oficial de Correos y Telégrafos de España.—¡¡¡Madrid!!!* por *A.*
- IX. ANUNCIOS.

DIRECCION Y ADMINISTRACION

CALLE DE PIZARRO, NÚM. 17, PRINCIPAL, MADRID.

OFICINAS

PARIS, R. SERRANO, 42, RUE LAFONTAINE

MÉJICO
J. F. Parres y Comp.^a
VENEZUELA
E. Fombona

BUENOS-AIRES
Manuel Reñe
BRASIL
Bellarmino Carneiro
Pernambuco

CUBA
D. Miguel Alorda
O'Reilly, 96
Habana.

(DERECHOS RESERVADOS)

REVISTA CONTEMPORANEA

Sale dos veces al mes en cuadernos de 112 páginas en 4.º, y forma cada tres meses un abultado volumen de cerca de 700 páginas.

PRECIOS DE SUSCRICION

MADRID	<u>Pts. Cs.</u>	PROVINCIAS	<u>Pesetas.</u>	EXTRANJERO Y ULTRAMAR	<u>Pesetas.</u>
Tres meses.....	7,50	Tres meses.....	8	Seis meses.....	20
Seis meses.....	15,00	Seis meses.....	15	Un año.....	38
Un año.....	30,00	Un año.....	30		

Número suelto, 2 pesetas en toda España.

CENTROS DE SUSCRICIÓN:

MADRID: LIBRERÍAS DE GUTTENBERG, PRÍNCIPE, 14, Y FE, CARRERA DE SAN JERÓNIMO, 2.

PROVINCIAS.

ALMERIA.....	Francisco de P. Mora.	MAHON.....	Pascual J. Hernandez.
ALCOY.....	Antonio Gimeno.	MÁLAGA.....	Francisco de Moya.
ÁVILA.....	José García.	MÚRCIA.....	Pedro Pagan.
ALBACETE.....	Sebastian Ruiz.	ORENSE.....	Vicente Miranda.
BARCELONA.....	S. Lopez Bernagosí.	OVIEDO.....	Juan Martinez.
	Texidó y Parera.	MALLORCA.....	Montañés é hijos.
BURGOS.....	Santiago R. Alonso.	PAMPLONA.....	Roman Velandia.
BILBAO.....	Eduardo Delmas.	REUS.....	Torroja y Tarrats.
	Manuel Morillas.	SEVILLA.....	Hijos de Fé.
CÁDIZ.....	José Vides.	SANTIAGO.....	Ramon Pazo.
	Vicente Naveira.	SALAMANCA.....	Sebastian Cerezo
CORUÑA.....	Manuel García Lobera.	SAN SEBASTIÁN.	Rubinat y C. ^a
CÓRDOBA.....	Vicente Velazquez.	SANTANDER....	Toribio Saldaña.
CARTAGENA.....	Manuel Mariana.	SEGOVIA.....	Abelardo Fernandez.
CUENCA.....	José Clemente Rubino.	TENERIFE.....	Benitez y C. ^a
CIUDAD REAL...	José María Abizanda.	TOLEDO.....	Alejandro Villatoro.
FERROL.....	Juan Heren.	TORTOSA.....	Pascual Bernis.
FIGUERAS.....	Paulino Sabatell.	VALENCIA.....	Francisco Aguilar.
GRANADA.....	Hermógenes Andrade.	VITORIA.....	Bernardino Robles.
GIJÓN.....	Plácido García.	VALLADOLID....	Jorge Montero.
HUELVA.....	Miguel Gener.	ZARAGOZA.....	José Menendez.
JEREZ.....	José Sol.		
LÉRIDA.....			

SUPERIORES CAFÉS

DE

MATÍAS LOPEZ Y LOPEZ

MADRID-ESCORIAL

AROMA CONCENTRADO

EN

ELEGANTES BOTES DE 100 Y 200 GRAMOS

Café molido superior, á.....	2 pesetas los 400 gramos
Puerto Rico y Caracolillo.....	2,50 — —
Puerto Rico y Moka.....	3 — —
Moka puro.....	4 — —

Tés de 8 á 20 pesetas libra en botes de 2 y 4 onzas.

Tapioca del Brasil en botes de 200 gramos.

NOTA. Los botes de CAFÉ y TAPIOCA de 200 gramos contienen una sorpresa cada uno. De venta en todas las tiendas de ultramarinos de Madrid y Provincias.

DEPÓSITO CENTRAL, PUERTA DEL SOL, 13

COSAS DE MADRID

HISTORIA ÍNTIMA DE LA VILLA Y CORTE DESDE QUE FUE DECLARADA
CAPITAL DE ESPAÑA HASTA LA FECHA

ESCRITA COMO TESTIGO OCULAR DESDE 1820

POR

D. DIONISIO CHAULIÉ

Obra en que se describe la vida social del pueblo madrileño en sus diferentes épocas.

Se vende en las librerías de Guttenberg, Murillo y Fe, y en la administración de este periódico, Pizarro, 17, principal, á cinco pesetas ejemplar.

PÍLDORAS Y UNGUENTO HOLLOWAY

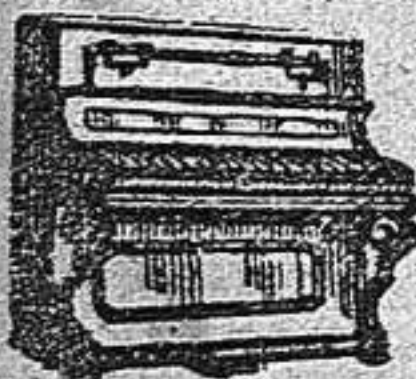
ESTOS MEDICAMENTOS obtienen una aceptación y una venta mas universales que las de ningun otro remedio en el mundo.

LAS PILDORAS son el mejor purificante conocido para la sangre, corrigen todos los desórdenes del hígado y del estómago, y son igualmente eficaces en los casos de disentería: en fin, no tienen rival como remedio de familia.

EL UNGUENTO cura pronto y radicalmente las heridas antiguas, las llagas y las úlceras (aun cuando cuentan veinte años de existencia), y es un específico infalible contra las enfermedades cutáneas, por malignas que sean, tales como la lepra, el escorbuto, la sarna y todas las demas afecciones de la piel. Cada caja de Píldoras y bote de Ungüento van acompañados de amplias instrucciones para el uso del medicamento respectivo, pudiendo obtenerse estas instrucciones impresas en todas las lenguas conocidas.

LAS PREPARACIONES HOLLOWAY se hallan de venta en todas las principales boticas y droguerías del mundo, y en Londres, 533 Oxford Street, en el Establecimiento central del Profesor HOLLOWAY.

PIANOS BLONDEL



Paris, 53, rue de l'Echiquier, Paris
Y EN LAS PRINCIPALES CASAS
de ESPAÑA y AMERICA
MEDALLAS de Oro y de Plata
FABRICACION ESPECIAL
Pianos de Estudio y de Lujo

EAU FERRUGINEUSE DE

RENLAIGUE

(PUY-DE-DOME)

ANÉMIE-CHLOROSE-DYSPEPSIE

DIGESTIONALES
VINO
BI-DIGESTIVO DE
CHASSAING

PREPARADO CON
PEPSINA Y DIASTASIS
Agentes naturales é indispensables de la
DIGESTION

12 años de éxito

contra las
DIGESTIONES DIFICILES O INCOMPLETAS
MALES DEL ESTOMAGO,
DISPEPSIAS, GASTRALGIAS,
PÉRDIDA DEL APETITO, DE LAS FUERZAS
ENFLAQUECIMIENTO, CONSUNCION,
CONVALENCIAS LENTAS,
VOMITOS...

PARIS, 6, Avenue Victoria, 6.
En provincia, en las principales boticas.

RESUMEN DEL 41 BALANCE ANUAL

DE

LA NEW-YORK

COMPañÍA MUTUA DE SEGUROS SOBRE LA VIDA.—FUNDADA EN 1845

1.º DE ENERO DE 1886

INGRESOS
EN 1885

Por primas de seguros.....	Pesetas.	61.198.628,64
» capitales para rentas vitalicias.....		4.733.670,31
» intereses y alquileres, incluyendo los beneficios realizados por ventas.....		17.615.678,77

TOTAL DE INGRESOS..... Ptas. 83.547.977,72

PAGOS EN 1885

Por fallecimientos.....	Pesetas.	15.542.885,71
» seguros mixtos vencidos ó descontados.....		3.844.194,37
» rentas vitalicias.....		4.650.471,13
» rescate de pólizas.....		8.764.099,46
» beneficios distribuidos entre los asegurados.....		6.998.760,04

TOTAL PAGADO Á LOS ASEGURADOS. 39.811.310,71

Por contribuciones y premios de reaseguros. Pesetas.	1.296.362,57
» comisiones, honorarios á los médicos y gastos de agencias.....	10.489.849,02
» sueldos, anuncios, impresos y gastos de administración.....	2.531.374,61

TOTAL DE PAGOS..... Ptas. 54.128.896,91

ACTIVO

Efectivo en caja y Bancos de depósito....	Pesetas.	10.585.477,03
En valores mobiliarios (valor según cotización actual, 191.710.645,51 pesetas).....		174.340.443,05
» inmuebles.....		35.528.797,86
» préstamos sobre primeras hipotecas (inmuebles asegurados por 85.111.250 pesetas en pólizas trasferidas á la Compañía á título de garantía suplementaria).....		94.111.608,75
» préstamos á corto plazo (con garantía suplementaria de valores mobiliarios, importantes al precio corriente 3.080.892 pesetas).....		2.339.898,75
» anticipos de primas sobre pólizas vigentes (la reserva hecha sobre estas pólizas asciende á pesetas 10.000.000).....		2.156.096,98
» primas semestrales y trimestrales correspondientes al ejercicio y que vencen después de 31 de Diciembre de 1885.....		4.551.072,75
» primas por cobrar y en vía de trasmisión.....		2.983.562,66
» saldos en poder de representantes.....		301.324,70
» intereses acumulados ó vencidos en 31 de Diciembre de 1885 de capitales colocados.....		2.255.860,26
» aumento de precio en los valores mobiliarios según cotización de 31 de Diciembre de 1885....		17.370.202,46

TOTAL DEL ACTIVO..... Ptas. 346.524.345,25

PASIVO

Reserva para los capitales asegurados (al 4 por 100).	251.662.982,56
Reserva para las rentas vitalicias.....	39.598.052,13
Beneficios que quedan por pagar á los asegurados, siniestros, seguros mixtos pendientes de liquidación y atrasos no reclamados.....	2.307.748,54
Beneficios acumulados correspondientes á pólizas de acumulación.....	16.188.796,91
Primas anticipadas.....	155.133,11

TOTAL DEL PASIVO..... Ptas. 309.912.713,25

Excedente del Activo sobre el Pasivo, según el tipo de evaluación de la Compañía (Reserva del 4 por 100)..... 36.611.632

Excedente del Activo sobre el Pasivo, según el tipo de evaluación del Estado de New-York (Reserva del 4 ½ por 100)..... 68.538.842

EN 1885 LA COMPañÍA HA EMITIDO 18.566 PÓLIZAS ASEGURANDO... Pesetas. 355.112.425

EN 1.º DE ENERO DE 1886 EL TOTAL DEL CAPITAL ASEGURADO ERA..... 1.345.763.096

SEGUROS para casos de vida y muerte, dotes, capitales para menores y para viudas, pólizas para garantizar débitos, préstamos y operaciones comerciales, rentas vitalicias, pensiones y seguros sobre dos ó más personas ó asociados.

Direcciones generales en New-York y París. Sucursales en todas las capitales de Europa y América.

Sucursal en España, autorizada por real orden, calle de Alcalá, 12, principal, MADRID, donde podrán dirigirse para informes y prospectos, ó á los Agentes de la Compañía en provincias.

Dirección general para Europa: PARÍS, 16, Boulevard des Italiens, y 1 y 3, Rue le Peletier.

Director para ESPAÑA: **DWIGHT T. REED**, exsecretario de la Embajada, cónsul general y encargado de Negocios de los Estados Unidos de América en Madrid.



SALDAÑA

EXCURSIONES ARTÍSTICAS

I

DE CARRIÓN Á SALDAÑA



VAMOS á visitar el histórico rincón de Saldaña, cuyo nombre bulle de un modo misterioso y semi-fantástico en la mente de los aficionados á las tradiciones y viejas leyendas de nuestra patria; vamos á ver aquel pueblo de que hablan los antiguos romances, relacionándolo con la memoria de Bernardo del Carpio y de la famosa Reina D.^a Urraca de Castilla.

Esta excursión, una de las más curiosas que pueden hacerse en la vetusta tierra palentina, tiene especiales atractivos, y entre otros, para mí, el de que hasta hoy nadie se ha ocupado, en libros ni en periódicos, de describirla, después de haberla realizado con el fin puramente espiritual, y nada positivo en materia de negocios, de contemplar una población y una fortaleza á cual más viejas y memorables.

La carretera de Palencia á Carrión, que desde el puente de Villoldo avanza en la hermosa y extensa vega por la margen izquierda del río, lo cruza de nuevo por un magnífico

punte en la histórica villa de los Condes, y pasa por delante del grandioso monasterio de benedictinos de San Zoíl, en que está hoy instalado el colegio de segunda enseñanza de Padres jesuitas. De este monasterio-colegio y de su monumental claustro del renacimiento, verdadera joya del arte, de su historia detallada, me ocuparé otro día con todo detenimiento, ya que he logrado recoger, poco á poco, cuantos datos y apuntes son necesarios.

La bien conservada carretera de Saldaña, sombreada por lozanos chopos, toma la dirección Nordeste, á pocos pasos del colegio, dilatándose en una recta de cinco ó seis kilómetros, por medio de la vega. Hacia el Poniente quedan, pasados el cuérnago de Cestillos y el cauce de Izán, derivaciones del Carrión, y el despoblado de San Martinejo, el camino de Bustillo del Páramo y la huerta, las arboledas y algunos restos de la célebre abadía de canónigos regulares premostatenses de Santa María de Benevívere, que fundó sobre su solar y palacio, en 1160, D. Diego Martínez Sarmiento, compañero de Alonso VII y sucesor de los Sarmientos, Condes de Salinas de Añana, que tanta nombradía tuvieron en mi tierra de Alava, donde aún hay un espacio dilatado, que comprende muchos pueblos, y que se denomina *Tierras del Conde*. En tal abadía, entre el polvo de admirables ruinas, yacen con los restos del fundador, los de su notable sepulcro, que por fortuna dibujó, hace medio siglo, el benemérito é ilustre Carretera.

También en esa dirección, un tanto al Sur, queda la antigua calzada romana, denominada más tarde *Camino francés*, en la porción comprendida entre las mansiones de *Lacobriga* (Carrión), y *Viminacio* (Calzadilla de la Cueva) y *Cámala* (Sahagún), y sobre la cual, en el encuentro de dos arroyos, estuvo el monasterio de la orden de Santiago, de Santa María de las Tiendas, cuyo comendador era, en 1400, Juan López de Fontecha, y cuya sucesora entró en la familia de los Dávalos, Condes de Rivadeo.

El aspecto del terreno en todo el camino es muy semejante entre sí, por más que, conforme nos acercamos á Saldaña aumenta en lozanía, verdor y frescura. El río Carrión viene

á corta distancia, por la derecha de la carretera y casi paralelamente á ella.

No es, sin embargo, aquel río que se ve todo el río Carrión, porque su cauce, dividido en cuatro diversos, tiene tres de ellos á la izquierda y á diversas distancias del camino, y cuyos cursos marcan en el horizonte, largas líneas de chopos, en distintos términos. Así bajan divididos, desde mucho más arriba de Saldaña, dando riqueza al suelo, aunque no toda la que debieran, y humedad al ambiente, y vida y pintorescos detalles al paisaje y motivos de pleitos á los pueblos y no poco que hacer á los letrados, como es consiguiente. Llámase el primer cauce: *de río Izán*; el segundo, *la Perionda*, y el más lejano, *rivera Nueva ó Guerga*.

Desde la orilla derecha del río hacia el Poniente, el suelo es llano, y constituye *la Vega*; y desde la margen opuesta hacia Oriente, sobre los escarpados, rojizos y desnudos cortes del terreno se encuentra *la Loma*. La formación geológica del suelo es la del período cuaternario diluvium, que se extiende hasta los orígenes de Valdavia y del Boedo, y que está caracterizada por la abundancia de cantos rodados, material muy empleado en las edificaciones de esta zona.

Queda en lo alto de la Loma, á la derecha, Población de Soto; en la carretera se cruza el pueblecito de Villanueva de los Nabos, con su nido de cigüeña en la vetusta y cuadrada torre de ladrillo, y desde la venta del Recreo parte el camino que conduce á Nogel de las Huertas, situado al otro lado del río. Fué famoso este pueblo en la Edad Media por su priorato de muy sabios monjes benedictinos, denominado de San Salvador.

En 1093, según dice el maestro Pérez en su *Historia del Monasterio de Sahagún*, era este priorato encomienda de la Reina D.^a Constanza, la cual á su muerte lo donó al Rey don Alonso VI, y éste á su muy querido monasterio de San Facundo. Tengo á la vista una copia de la escritura de donación, y de ella se deduce la importancia de este priorato, reducido hoy á una pobre aldea de escasos vecinos. Los priores de Nogal eran señores de los monasterios de San Andrés en San Mamés, de San Miguel de Carrión, de Santa María de Ca-

varosa, de las iglesias de San Cristóbal de Nogal, de Santa María de Población, de San Andrés de Villejón, de San Martín de Villote, de San Jorge de Villovieco, de San Mames de Yuso, de San Cristóbal de Lomas, de San Ciprián de Olgas, de Santa María de Olmillos, de San Miguel de Revollada, de Santa María del Valle, de San Miguel de Castromuza y de los pueblos de Ferrera, Villagoma, Villaseca y Villotilla. Estos priores ejercían siempre la jurisdicción civil y criminal. En 1110 era prior D. Bernardo, que dió fueros á Población; en 1160, D. Rodrigo, que se los dió á Lomas, y en 1198, D. Juan, maestro y amigo del Rey Alfonso VIII, quien arregló más adelante el plan de los estudios de la nueva universidad de Palencia, y enseñó en ella (1212), sucediendo á los antiguos profesores de los estudios palentinos Geraldo (1178), Lanfranco (1204) y maestre Fordín (1208).

No sólo salieron de este priorato los maestros del vencedor de las Navas, sino que á fines del siglo siguiente también los fué á buscar á él el Rey D. Juan I para establecer en la corte de Valladolid el nuevo monasterio de San Benito, de la más pura y exacta observancia. Catorce monjes, con su abad D. Antonio de Ceínos, salieron de Nogal como escogidos entre los más notables de toda España, para cumplir los deseos del Monarca, y llevaron á la corte la fama de este pueblo, hoy casi completamente ignorado. Ni del Priorato, ni del beaterio de monjas que en él hubo, quedan vestigios, según me han dicho, y por si alguno hubiera, no he de tardar en visitar esta aldea, cuando vaya á gustar por breves horas del tranquilo descanso con que me han brindado en su casa y posesiones de ella, los muy distinguidos hijos de la familia de Ciarande, mis apasionados amigos.

Por lo alto de la vega, y en el horizonte que desde la carretera no se distingue, avanza el río Cieza, y en los cercanos campos que riega, está el pueblecito de Villasavariego. He visitado en él su iglesia, muy notable por su amplitud y construcción moderna, que guarda como recuerdos de su hijo, el franciscano Nicolás Ramos, Arzobispo de la isla de Santo Domingo, en 1581 y autor de la obra *Assertionem oeteris vulgatae leccionis*, un magnífico terno de terciopelo y bordados de

oro, de aquella época, y una empolvada y maltratada obra en varios tomos, que es una Biblia comentada por Nicolás de Lyra, los cuales están sujetos al atril, uno por medio de cadenas. También hay en la torre una curiosa campana con caracteres del primer período gótico, que contiene la inscripción: *Christus vivit*, etc.

Hacia el Poniente del paisaje en que avanza el camino, se ven entre las arboledas, á Villaturde, Villacuende, Villamoronta y Villarrabé; más allá de cuyos términos se dilatan sobre Villambroz y San Llorente del Páramo las extensas y tristes soledades de Lagartos y Villambrán en los límites de la provincia de León.

Pronto llegamos al frente del antiguo Monasterio cisterciense de Santa María de la Vega, que fundó Rui Díaz de Manzanedo, compañero de batallas de Alfonso VIII. Quince años hace que visité estas ruinas, y la casa de labor que tienen los Inguanzos de Cervera en la antigua abadía, dibujando entonces el ábside de ladrillo de la iglesia, que es lo único que queda en pie, y cuatro hermosas tapas sepulcrales con estatuas yacentes; una de las cuales está oculta entre los escombros de la nave, pudiéndose aún ver las otras dos, porque forman parte de una pared de un rústico cobertizo. El único sepulcro que se conserva, labrado en todas sus caras y con las armas de los Manzanedos en el testero, sirve de abrevadero á los ganados de la casa. Si la Comisión de Monumentos de Palencia hubiera tenido medios suficientes para instalar un pequeño museo provincial, hace ya mucho tiempo que éstos y otros muchos curiosísimos vestigios estarían debidamente conservados en la capital. Tenía en todo este país mucha veneración, en lo antiguo, una reliquia, que con todo lujo y acatamiento se guardaba en este Monasterio, y era: «un brazo entero, del codo á la mano, con dedos y uñas y carne harto fresca de San Torcuato, uno de los siete verdaderos Apóstoles de España, que San Pedro y San Pablo enviaron acá desde Roma.» Así lo dice Ambrosio de Morales en su *Viaje*.

Al otro lado del Carrión destácase sobre el cielo la recordada silueta del pueblo de La Serna, y en la despejada loma

se esconden Baillo, con sus revoltosos músicos y sus vestigios de raras antigüedades, y Villamorco, Gozón y Villaproviano. A la izquierda de la carretera quedan Santillana de la Vega y los términos despoblados de Casares y Albalá. Ya desde hace largo rato viene descubriéndose el castillo de Saldaña, que se destaca blanco y fantástico en una cortadura que hacen los rojizos derrumbaderos, alzados en la orilla izquierda del río. A su pie se oculta la villa, entre el abundante y hermoso arbolado de sus huertas y de sus alrededores. Déjanse atrás á Renedo y á Moslares, cruzando multitud de riachuelos, que enlazan unos cauces con otros, y que mantienen el perpetuo verdor del suelo; distínguese á Velillas del Duque al otro lado del río, y se entra en la hermosa Vega de Saldaña, al pasar el recodo de la carretera, junto á la robusta torre de Gañinas, almendrada de cantos rodados, y en cuya iglesia la nave quedó sin unir al presbiterio en la primitiva construcción.

En las orillas de los cauces, al Poniente, los macizos de chopos, que forman como pequeños oasis aislados en la extensión de la planicie, indican el asiento de varios pueblecitos como Lagunilla, Bustillo, Pedrosa de la Vega y Villarrodrigo. Todo el terreno que venimos atravesando es de regadío; los arroyos y sus derivaciones lo surcan por doquier, y conforme nos aproximamos á Saldaña los sembrados toman el aspecto de verdaderas huertas, tanto por los setos y linderas vivas que los circundan, como por las labores de la distribución de las aguas, como por la vegetación y por los productos.

Lobera, en el encuentro de un cauce con el río, es el último pueblo del camino, más allá del cual, sobre el Carrión, forman los cortes de la loma desnudados y barridos por la acción de los temporales, un curioso conjunto de múltiples socavaciones, mogotes, picos y cárcabos, que al recibir con alguna inclinación la luz del sol, destacan sus caprichosos relieves sobre irregulares fondos de sombra, constituyendo un artístico detalle del paisaje, tan original como sorprendente.

Por entre los claros de los chopos se empieza á descubrir

á Saldaña. La loma está como quebrada en este punto, en el alto de Relea, y replegada hacia el camino de Villalafuente, volviendo á avanzar después á la línea del río, en lo alto de la Mortera. En esa quebradura ó repliegue, en la orilla izquierda del Carrión, al pie del mogote de San Román, que sostiene al castillo, está emplazada la villa. Crúzase el río, muy desviado hacia su margen derecha, por un notable, aunque estrecho puente de piedra de 23 arcos, y á los pocos pasos, siguiendo la carretera, se penetra en Saldaña por la calle Zapatería.

Desde la cabeza del puente ofrece la vista de la población y de sus cercanías pintoresco asunto para los apuntes del artista, y su contemplación trae á la memoria del curioso los tradicionales recuerdos de los primeros siglos de la reconquista, durante los cuales, refugiada en estas estribaciones de las grandes sierras mucha parte de la población cristiana, dió gran vida é importancia á puntos tan estratégicos como este, que llegaron á reunir considerable vecindario, apiñado en numerosas viviendas, que entonces fueron poderosos centros de acción, de los que partieron los gloriosos conquistadores de las dos Castillas. De aquellas épocas datan las leyendas más ó menos verosímiles á que va unido el nombre de Saldaña, el cual, con toda su pacífica y retirada tierra, quedó ya en adelante, si no en el olvido, evocado tan sólo en los honoríficos timbres de diversas casas señoriales.

II

LA VILLA

Saldaña es una de esas poblaciones, que en cuanto se observa donde están asentadas, demuestran que debieron su fundación á las especiales condiciones topográficas de su suelo, y que por lo mismo se eligieron para mansión predilecta de un vecindario, desde los primeros tiempos del establecimien-

to de los habitantes de la comarca. En efecto, siendo los ríos y las lomas ó altas riberas que les avecinan límites naturales de los territorios, suelen tener á lo largo de su curso pasos ó portillos naturales, que sirven como de llave á la defensa de los mismos, y mucho más si á la cabeza del paso ó en el portillo mismo brinda el relieve del terreno algún asiento apropiado para una fortaleza. Tales son las condiciones que Saldaña presenta. No rodean al río en este punto ni planas orillas, ni dilatadas llanuras por ambos lados, como sucede de Carrión en adelante, ni van sus aguas encajadas entre dobles derrumbaderos, como ocurre en la parte alta del país. La Vega, tierra, campo y páramos, que desde su orilla derecha se extienden hasta la provincia de León y más allá, son muy diversas en aspecto y altura, de las lomas, valles y hondonadas que arrancan desde la opuesta, y es Saldaña,alzada al pie y dentro de la loma, como un paso, guarda y defensa de la parte alta, frente á la tierra llana. No es, pues, de extrañar que en la época de la Edad Media, cuando Castilla y León peleaban, fuese Saldaña frontera, y así lo dice el desconocido juglar autor de la *Crónica rimada*, hablando de los tiempos de Diego Lainez:

«Aviendo guerra con el rey de Leon e con Leoneses el menor de Layn Calvo, qual dixieron Diego Laynes, este ovo á Saldaña por frontera.»

Y es paso, porque la loma está quebrada, y deja abierto un callejón seguro desde lo alto al río, y desde las alturas á las vegas; y es defensa, porque tiene una anchurosa y robusta colina sobre el paso, que puede perfectamente defenderlo.

Si de las cualidades estratégicas de tal emplazamiento pasamos á las del clima, tan necesarias para el arraigo y prosperidad de un pueblo y tan fáciles de apreciar cuando se ven, salta á la vista con sólo mirar á Saldaña, que, recogida en aquel repliegue, que hace la loma, y defendida por ésta de los vientos del Norte, Nordeste y Este, temibles hasta lo sumo en nuestra región, regada por algunos arroyos y extendida en la ribera al sol del mediodía y de la tarde, era aquel punto el necesariamente indicado para la edificación de un pueblo.

Debió ser, pues, de los primeros que se alzaron en la región septentrional de la Celtiberia, y hasta su nombre, Saldania ó Saldaña, así lo indica, porque el vocablo es muy anterior al latín, y tal vez se derive de la voz ibérica *Zai, Zaidia*, que significa *guarda* ó *puesto de guardia*, con cuya radical empiezan también otros diversos nombres que aún se conservan, y que fueron en lo antiguo conocidas fortalezas. La terminación *nia, ña*, es local, propia de sitio, lugar ó comarca, de modo que de *Zaidaña, Saidania*, bien pudo, al través de los siglos, formarse el nombre actual. *Saldania* se llamaba en la época romana, á juzgar por la lápida tantas veces citada de «Lollio Materno Saldaniesi,» que se halló en la ciudad de León.

Al visitar á Saldaña, la atención del curioso se fija en sus dos principales componentes: en la villa y en el castillo. Al tratar de éste hilvanaré el conjunto histórico que á ambos atañe, y que no sin trabajo y en largo tiempo he ido apuntando, por lo cual describiré ahora aquélla tal cual al presente aparece.

Pasado el puente del Carrión, la carretera desvía hacia la izquierda, al pie de las cuestas de Ralea, en cuya desnuda pendiente se coloca el mercado de ganados durante las ferias. Este detalle hará comprender al lector que no hay mucho sitio llano, ni en la villa ni en sus cercanías de la orilla izquierda. Es de muy poca área, en efecto, la planicie que sirve de asiento á la villa, comprendida entre el río y las huertas, el pie del castillo y la carretera de Cervera.

Penetra ésta, como queda dicho, por la calle Zapatería, formada por una fila de casas á la izquierda y por paredones de huertas, que terminan en la notable y moderna de los Herreros por la derecha, en cuyo punto ensánchase una plaza en tres direcciones distintas: la del mercado de cereales, que sube hacia la casa de los Gutiérrez; la de la Plaza Nueva, que partiendo desde el tradicional portal de Mansilla, sigue por las líneas de comercios, soportales y posadas, que la encuadran con la iglesia parroquia de San Miguel, situada entre esta plaza y la anterior, y la que va á las Puentecillas, á la Plaza Vieja y á Saldaña, la vieja también, cruzando un

arroyo, no muy limpio, que viene de Villares, y que tal vez en los antiguos tiempos sirvió de límite meridional á la primitiva población.

Desde luego, al mirar en esta última dirección excita la curiosidad el típico conjunto que forma una especie de vetusta casa señorial, con torre, armas y enverjados huecos, y con dos avenidas laterales sobre otros dos puentecillos. Este edificio es hoy la cárcel del partido, como fué en su fundación la casa de los Condes de Saldaña, de apellido *Mendoza*. Su escudo de armas, aceptado como propio por la villa, y que es el que usa, se compone de cuatro partes, en aspa ó sotuer, y tiene en las de arriba y abajo la banda colorada listada de oro en campo verde, que es Mendoza de Alava, y á derecha é izquierda, en campo de oro, el *Ave María, Gratia plena*, de los Lasos de la Vega, de Asturias, de Santillana, Santander. No acierto por qué en las armas de hoy la banda se ha cambiado en barra, ya que no recuerdo que hubiera bastardía en la sucesión del condado. De éste y de los Mendozas me ocuparé al tratar de la historia del castillo, que es la historia de la villa.

Pasadas las Puentecillas se encuentra la Plaza Vieja, de reducido ámbito, triste, silenciosa, con estrechos soportales de postes de madera y pavimento de canto. Al frente se ve la casa de Ayuntamiento; á la izquierda las casas de los Barbas y de los Aldacas, y á la derecha el paso, entre múltiples postes, á la travesía de D.^a Jimena, donde está la casa de los Osorios. Curiosos son los restos del palacio ojival, utilizados en la puerta y adornos laterales de este edificio, de más reciente construcción. Rústicos tenantes, hombres de armas, sostienen el escudo central en el que campean los timbres de los Santander y Osorio-Orenses, y no deja de llamar la atención, en su relieve lateral, el emblema de la lucha de los señores contra las behetrías ó pueblos realengos libres, que lleva en este sentido su expresiva inscripción.

El nombre de esta travesía nos recuerda que Saldaña ha procurado, con plausible intención por cierto, perpetuar la memoria de las antiguas tradiciones que á ella se refieren, dando á sus calles títulos que recuerdan á algunos de sus per-

sonajes. Al lado de la calle de *D.^a Jimena*, detrás de la plaza, está la de *Bernardo del Carpio*, su hijo; no muy lejos se encuentra la ronda de *D. Sancho*, su esposo ó amante; y allí inmediata, está también la calle de *D.^a Urraca*, que trae á la imaginación el nombre de la infortunada Reina, muerta, según algunos historiadores, en esta villa.

El caserío en general es bueno, construído de ladrillo en los edificios de alguna importancia, muchos de los cuales llevan sendos escudos de armas; y, alzado de adobe, con blanqueadas puertas y ventanas, en las viviendas humildes. El paso más animado y común de la villa es la carretera, que después de atravesar las referidas primeras plazuelas, por delante de la iglesia de San Miguel, continúa por la calle de San Francisco, donde se ve la casa de los Erasos y Cartajenas, y por la de Labradores cambia á la izquierda en el punto en que arranca el empinado camino de Villalafuente, cruza el arroyo, sube hasta el ángulo donde estuvo la destruída parroquia de Santa María del Castillo y avanza en dirección de la Virgen del Valle.

La parroquia de San Miguel (y de Nuestra Señora de Valfrío) tiene muy pobre aspecto en su exterior, y nada ofrece de particular en el estilo indeterminado y lleno de reparaciones de sus tres naves interiores. Sólo excitan la curiosidad en ella, las capillas sepulcrales de Osorio-Orense, y la de los Calderones-Santander, situadas, la primera en la de San Antonio en la nave del Evangelio, y la segunda en la capilla de la Piedad. Consta aquélla de un soberbio túmulo, en el que se ven tres estatuas yacentes de tamaño natural, la de un caballero en medio, y las de dos damas á sus lados, ataviadas con vestimentas del siglo XVI, y sostenidas por rico lecho mortuorio con pomposa ornamentación y aristocráticos timbres. El acuartelado escudo del frente tiene las aspas de San Andrés (Santander) y águilas y castillos; el de la izquierda medias lunas y cinco estrellas, y el de la derecha, también en cuarteles, castillo, lis, nueve estrellas y un oso ó lobo atado. El altar de esta curiosa capilla es del Renacimiento.

La de la Piedad es la del trazado gótico, y su altar plateresco muy lindo y notable. En las paredes laterales hay dos

tumbas que primitivamente estuvieron juntas, formando una sola, en medio de la capilla, como en la de San Antonio. Á la izquierda se ve la estatua yacente de un caballero de la época de los Reyes Católicos, con ancha gorra de levantados vuelos, rizadas guedejas, limpio rostro, garnacha, cota, loriga, cíngulo atado delante, gran espada, canilleras y el perro á los pies. En la caja sepulcral, cuya ornamentación es de red y rosetones, se ve en el frente al crucificado entre las dos Marías, y en el testero aparece el escudo de cinco calderas y un castillo, á cuyo pie hay un lobo sujeto. La parte de inscripción que corresponde á esta urna dice: *Aquí están sepultados los Sres. D. Gutiérrez Calderón é Beatriz de Santander...*

Esta es la señora representada en la estatua del otro sepulcro, en que aparece con tocas en la cabeza, vestida de tabardo, brial y con el rosario en la mano. En el frente está esculpida la escena de la Anunciación, y el escudo de armas del testero es el de los Santander, el mismo que el central de San Antonio. La inscripción complementaria, en parte, de la anterior dice: *Santander, que en gloria sea; el cual Santander hizo esta capilla.*

Fué D.^a Beatriz señora de San Pedro de Cornon, cuyo señorío era, en 1350, de los hijos de Rui García y de Juan Rodríguez de Cisneros.

Al otro lado de la población, cerca del pie del castillo está la parroquia de San Pedro (y Santa María del Castillo en ella refundida). Tampoco ofrece nada de particular en la arquitectura de sus tres naves y de su sencilla cúpula. Consérvase en ella un altar con tablas góticas; un arco del Renacimiento con dos retratos (Santiago Martínez y Felipa Gómez, que lo hicieron construir y fundaron la misa de alba), una capilla de San Andrés abandonada, del Renacimiento también, fundada por Lope de Cartajena; dos enterramientos de un caballero señorial y de su esposa, muy deteriorados, á la izquierda de la puerta; un buen cuadro al óleo de la Crucifixión y una capilla de la Pasión, de la que debieron desaparecer muchos conocidos detalles, porque así lo exige la formalidad del culto. En la plaza de la iglesia se ve la antigua casa-palacio de los Gallos, donde hoy están el juzgado y las escuelas.

Desde esta parroquia parte un camino que conduce al hospital, situado entre las huertas, y desde el que otro sendero conduce al cementerio, recientemente arreglado con lujo y buen gusto en su exterior, por lo cual reclama algún cuidado y esmero en su decoración interior. Detrás de las casas que avecinan á San Pedro hasta la carretera, hasta el pie del castillo y hasta el postigo de San Juan, hay numerosas huertas que ocupan el área de la antigua Saldaña, y que bien guardadas de los aires fríos producen excelentes frutas y ricas y abundantes hortalizas. También toman gran extensión las huertas desde dicho postigo á la *Ronda de Don García* hasta la orilla del Carrión, constituyendo una buena riqueza, un regalo inapreciable y una distracción para muchos vecinos del pueblo. El arbolado de estas plantaciones da pintoresco aspecto á la villa, y contribuye con el de toda su dilatada vega á mantener en el aire una humedad excesiva y en ciertas estaciones muy perjudicial.

Cuenta Saldaña entre sus 1.450 habitantes: 31 propietarios, 66 labradores-propietarios, colonos y arrendatarios; 113 braceros; 23 hortelanos; 36 jornaleros; 71 sirvientes de ambos sexos; 47 dedicados á la industria fabril; 22 establecimientos de comercio; 122 niños en las escuelas; 4 médicos; 3 farmacéuticos; 2 veterinarios; 5 escribanos y notarios; 6 procuradores y 7 abogados; 3 posadas y 42 maestros, oficiales y aprendices de oficios. Tal es hoy la población en que arraigaron y figuraron los Gallos, Erasos, Cartajenas, Urizar de Aldaca, Osorios, Barbas, Pozas, Gómez de Salazar, Gutiérrez y otras familias distinguidas y muy nombradas en toda la comarca.

Merecen visitarse fuera de la villa, la ermita de la venerada Virgen del Valle, donde se celebra una de las más concurridas romerías de estas tierras, no poco famosa, entre otros detalles, por las atléticas peleas de los luchadores, que brazo á brazo y en medio del gran corro que forma el numeroso concurso de gentes, pelean agarrados hasta derribarse, combatiendo generalmente los de la *loma* contra los de la *vega*, uno á uno, y en medio de la expectación general del público, que asiste entusiasmado á estas tradicionales luchas. La posesión

de recreo de Villaires de los Osorios. La fábrica de harinas *La Saldañesa*, y el barrio de San Martín Obispo, que forma parte de la villa, situado á la orilla de un cauce, en la fresca y frondosa vega y que tiene en su iglesia la capilla de los Gallos y un notable altar del Renacimiento.

Según pude deducir de mis investigaciones en la villa, hace bastante tiempo aparecieron entre algunas monedas romanas, dos de plata acuñadas en Saldaña, en cuyo reverso se leía perfectamente la palabra SAI ó ZAI, cuyo dato viene á confirmar plenamente mi suposición de que el origen del nombre de la villa se debe al vocablo euskaro ó ibérico *Zai*, fortaleza ó guardia.

III

EL CASTILLO

Cuantos más castillos van desapareciendo á los golpes de la piqueta utilitaria, tanto mayor valor histórico y artístico adquieren los que quedan en pie, y tanto más excitan la curiosidad. Del de Saldaña sólo resta la parte alta y central, ya que el doble recinto de antiquísimos muros, que á diversas alturas circundaba el cerro en que se asienta y le defendía, ha desaparecido casi por completo.

Simétrico y sencillo aspecto ofrece, ya se le mire desde Poniente, orillas del Carrión, ya se contemple desde el opuesto lado, desde el camino del valle; y se compone de un cuerpo central, desmochado de almenas, con tres grandes ventanas de arco rebajado, correspondientes á lo que fué piso principal, y de una doble fila de miras ó aspilleras en el bajo, al cual limitan dos torreones cuadrados; uno al Norte, casi entero, y otro al Mediodía, destrozado y hendido en toda su altura. Ya desde luego, según se estudia en la arqueología, el observador ilustrado deduce que la época de su construcción es anterior al siglo XVI, porque el estar edificado en alto, el no tener torres cilíndricas y sí cuadradas, y

el aparecer éstas, no en el centro, sino adosadas al muro, así lo indica claramente. Pero desde el XIV al XVI inclusive, se alzaron muchos castillos; ¿quién construyó este de Saldaña? Antes de observarlo de cerca, tenía yo perdida la esperanza de saberlo, porque si se prescinde de las tradiciones de Sancho Díaz y de doña Urraca, sólo cuentan los apuntes impresos que cuentan más, que la villa y su fortaleza pertenecieron á los Mendozas, Duques del Infantado, desde fines del siglo XV, y en la memoria de algunas personas curiosas del país consérvase el dato de que fué antes propiedad de un Arzobispo de Toledo. Y nada más.

Tal vez los detalles particulares de su edificación y adorno pudieran darme alguna luz para aclarar la historia de esta fortaleza, como en otras diversas me ha sucedido; y animado por esta consideración, trepé á derecho por la empinada cuesta de la colina, y fuí á dar precisamente con la firma, el nombre y el apellido del autor de la obra. Mi satisfacción fué muy grande, no he de ocultarlo.

Flanqueando una larga y estrecha aspillera cuyo arco cobija una cabeza de león, y en el mismo sillar en que aquél está abierto, hay un precioso escudo en relieve sobre hueca y abultada orla, que ostenta cinco estrellas. Las armas eran, pues, de los Rojas ó de los Fonseca; de los primeros seguramente, porque tuvieron señorío en esta provincia.

El castillo de Saldaña, como después tuve ocasión de comprobarlo estudiando las genealogías de Castilla, fué edificado por el Obispo de Palencia, D. Sancho de Rojas, después Arzobispo de Toledo, hacia el 1415. Entonces revolví con la memoria los recuerdos de aquella época memorable y de aquel prelado famoso, al cual, y á San Vicente Ferrer, debió D. Fernando, el de Antequera, la corona de Aragón.

Es el castillo de planta rectangular, de unos veinte metros de largo por ocho de anchura, flanqueado por dos torres, como queda dicho. No tiene almenas ni matacanes, y en su interior está hueco, quedando sólo las paredes de hermosa sillería y los asientos de la viguería del piso principal. Las torres no tenían puerta al exterior, y daban entrada á ellas los compartimientos extremos del piso alto.

Tenía el piso bajo tres ventanas aspilleras á cada lado, además de la mira del escudo hacia la villa, anchas por dentro, muy estrechas al exterior, y diversas en el adorno de sus arcos, ojivales dos, dos rebajados y dos trilobados. Daban luz á este cuerpo tres pares de altas claraboyas, de trilobada y elegante curva en el exterior. En el piso principal se abren también tres grandes ventanas de arco rebajado en cada muro, y otras tres estrechas claraboyas. Entre la primera y la segunda del Poniente hay una escalerita de caracol, de acceso á las almenas. No encontré en los sillares signo lapidario alguno de los que tanto abundan en otras construcciones.

La fortaleza, como se ve por sus dimensiones, era pequeña, y más podía representar un señorío ó dominio, que servir para una poderosa defensa, en la época en que se construyó; si bien la que debió haber antes, con su doble recinto pudo ser muy respetable, en los siglos en que aún no se quemaba pólvora.

Con el dato que había descubierto pude, registrando nobiliarios y libros viejos, y poniendo en orden cronológico datos y apuntes recogidos hace mucho tiempo, bosquejar una historia de la vieja y de la nueva fortaleza, que es la historia de la villa y cuya indicación ligera voy á exponer, ya que no cabe mayor desarrollo en artículos como estos.

De la celtibérica y romana *Saldania*, ningún recuerdo hay en la época visigoda. Invadida por la irrupción árabe, fué uno de los primeros pueblos reconquistados por Alfonso I, así como Mave, Amaya y otros, y debió servir de lugar de refugio seguramente entonces á muchos de los cristianos que habían acudido á las montañas. En este período pudo la villa, como sucedió con casi todos los pueblos fuertes de esta comarca, adquirir gran vecindario y desarrollo, y de seguro se poblaron, no sólo los alrededores del castillo, sino la ribera que le avecina y las cuestas y la cumbre de La Mortera. En todos estos puntos aparecen restos de derruídas viviendas y evidentes señales de habitabilidad, por lo que en Saldaña corre por muy cierto que en la cima frontera al castillo se alzó la ciudad de La Mortera. En aquellos días también sirvió de refugio el famoso monasterio de Valcabado, no lejos de esta

villa, á muchos de los cristianos clérigos y gente de iglesia de Castilla.

Ninguna crónica, ni aun las de los historiadores árabes, indican si Saldaña y demás fortalezas de esta región cayeron ó no en poder de los infieles, en las famosas expediciones que hicieron hacia esta parte de España las tropas del califa Hescham en 791 y 92 y las del walí Abdel Kerins en 794.

Si se da crédito á las tradiciones de ese tiempo, entonces era Conde de Saldaña el famoso Sancho Díaz, que enamorado de la hermana del Rey Alfonso II el Casto, se casó con ella clandestinamente, naciendo del matrimonio el heroico Bernardo del Carpio. Los romances que á tales hechos se refieren hicieron muy popular el nombre de esta villa, y así la citan, ya como mansión del padre, ya como punto de partida de las correrías del hijo contra la comarca leonesa.

«Bernardo entonces se fué
para Saldaña enojado,
y luego Vasco Meléndez
que en sangre le era llegado,
y también Suero Velázquez
que era su deudo cercano
.....
.....
fuéronse para Saldaña,
con Bernardo se han juntado.
Bernardo comenzó entonces
á hacer grand mal y daño,
corrió tierra de León
hizo en ella gran estrago,
.....
..... etc.»

He repetido que la villa, con los nombres de sus calles, las gentes con su memoria y los romances con sus detalles conservan vivo el recuerdo de estas tradiciones, sean ó no verdícas. No lejos de Saldaña, al N. O., está Becerril *del Carpio*; y en Aguilar, frente al convento, aparece el Sepulcro de Bernardo y de su alférez Fernando Gallo.

Durante los siglos IX y X fué esta villa punto importante

de la frontera entre Castilla y León. En la *Crónica rimada*, que ya he citado, se recuerda además de la guerra entre Diego Láynez y los leoneses, que emplazado por Sancho el Gordo, Rey de León, el Conde Fernán González, en 958, se verificó en este punto la entrevista de ambos:

«E á los treynta días contados fué el Conde al plaso.
El plaso fué en Saldaña, é commencole á preguntarlo...»

después de la cual, acudió el Conde á León y se verificó la tradicional venta del azor y del caballo, que suponen fué el principio de la independencia castellana. No se sabe si Saldaña cayó ó no en poder de Mohamed, *Almanzor*, en sus grandes expediciones desde el 976 á 1002 ó si resistió sus iras, como los castillos de Alba, Gordón y Luna en las montañas leonesas:

Durante el siglo XI, cuando se crearon tantos señoríos y condados en toda la región castellana, y se fundaron tantos pueblos importantes, estuvo desde el 1020 al 1074 unido el condado de Saldaña al de Carrión, bajo el poder de los Condes de Carrión, fundadores de la abadía de San Zoil, Gómez Díaz y Fernando Gómez, partidarios del Rey D. Sancho II, en aquella época famosa del Cid, en que fué vencido Alonso VI en Golpejar, hoy Villaverde, y hecho prisionero en Carrión. Desde 1074, habiendo triunfado Alonso VI, fué nombrado Conde de Carrión, Saldaña, Husillos, Liébana y Monzón, el fundador de Valladolid, D. Pedro Ansúrez, partidario y decidido sostenedor de este Monarca, é hijo de Asur Díaz, que ya se llamaba Conde de estos territorios en contra de D. Sancho.

En el siglo XII, durante las guerras de la Reina doña Urraca con su marido Alfonso de Aragón, éste poseyó siempre la fortaleza de Carrión, y los de D.^a Urraca la de Saldaña. En su castillo estaba la infeliz Reina en los últimos años de su vida, en 1125, enferma, pero soberana, al amparo de su hijo Alonso VII, cuando recibió á los emisarios del Arzobispo de Santiago, que acudieron á ella en demanda de una restitución. Sabido es cuanto se ha debatido acerca del punto

en que murió la Reina, y que la Crónica de Compostela, escrita en contra de ella, dice «*apud castrum Saldania in partu adulterini filii vitam infelicem finivit.*» Es sí lo probable que muriera en este castillo, aunque no de la desdichada manera que supusieron sus enemigos (1126).

Enterráronla con sus tocas á *la vizcaína*, en memoria de su larga estancia en las montañas de Alava, donde se crió su hijo Fernando Furtado, cuyas tocas usó hasta su muerte. Véase mi *Romancero alavés*.

Su hijo Alonso VII, el Emperador, distinguió á Saldaña sobremanera, y en esta villa celebró sus bodas con D.^a Berenguela, hija del Conde de Barcelona, en 1128.

En el siglo XIII el señorío de estas comarcas se dividió más y más; y en él vemos aparecer importantes afortunados señores, caudillos guerreros, amigos de los Reyes, que dividen entre sí el dominio de los pueblos. Llevan el nombre de la villa Fernán González de Saldaña, partidario del Infante D. Felipe contra Alonso X; y más adelante Rodrigo Rodríguez de Saldaña, cortesano del Monarca sabio. En las revueltas de D. Juan Núñez de Lara contra Fernando IV, siguió partido del rebelde el Sr. Fernando Ruiz de Saldaña, siendo el más principal de sus sostenedores, como ayudó después á la Reina D.^a María en la menor edad de Alonso XI. Figura también á principios del siglo XIV Ruy González de Saldaña su hijo. Desaparecen estos caballeros cuando se levanta la famosa figura de D. Juan Alonso de Alburquerque, ayo de D. Pedro el Cruel, y uno de los personajes más poderosos é importantes de su tiempo, quien según el *Becerro* de las behetrías de Castilla, era señor de Saldaña y de todas sus aldeas, á mediados del siglo XIV. La merindad de que era cabeza Saldaña en este tiempo comprendía 85 pueblos, y entre ellos algunos tan importantes como Cea, Guardo, Respenda, Sahagún y Tabanera, en un espacio de muchas leguas. Además de Alburquerque aparecen como señores de pueblos en la Vega de Saldaña y sus cercanías: el Infante D. Tello, Juan Rodríguez de Cisneros, Rui García el caballero, Garci Laso de la Vega, el abad de San Zoil, el de Sahagún y Rui Fernández Manrique.

D. Juan Alfonso de Alburquerque casó con D.^a Isabel de Meneses, hija de D. Tello de Meneses de Campos, y fué también señor de Montealegre, Ampudia, Meneses y Villalba (1360).

Al morir el Rey D. Pedro, su hermano el Rey D. Enrique hizo Conde de Alburquerque, con el señorío de todos los estados de esta casa, á su hermano el Infante D. Sancho de Castilla. Tuvo éste una hija heredera, D.^a Leonor, que casó en 1397 con el Infante D. Fernando el de Antequera, después Rey de Aragón. D.^a Leonor, señora de Saldaña, dió el señorío al Obispo de Palencia, después Arzobispo de Toledo, D. Sancho de Rojas, cuyas armas, como he dicho, se conservan aún.

La antigua fortaleza, dispuesta para armas y acometidas, ya en desuso, y tal vez abandonada por los Alburqueres, fué reformada por completo por el Obispo Rojas, que así impuso el sello de su gran poderío en esta tierra. No solo él se distinguió en el servicio del Rey D. Fernando de Aragón, sino también su sobrino Diego Gómez de Sandoval, hijo de su hermana D.^a Inés de Rojas. Del Prelado y del guerrero evoca grandes recuerdos la fortaleza de Saldaña, porque al contemplarla vienen sin querer á la memoria aquellas tenaces campañas que los castellanos sostuvieron en Aragón, Valencia, Cataluña y Nápoles, en defensa del nuevo Rey don Fernando.

Diego Gómez de Sandoval era Mariscal de los ejércitos á los veintitres años (1407), y peleando por el pretendiente Príncipe castellano se cubrió de gloria en Setenil, Ayamonte, Ximena y otros puntos. Fué adelantado mayor de Castilla y Canciller de Juan II. Venció al Conde de Urgel en 1412. Quedó con su tío de Gobernador de Castilla cuando D. Fernando marchó á coronarse á Aragón. La Reina D.^a Leonor le dió en premio de sus servicios, en Valencia en 1415, el señorío de Saldaña, con la condición de que no sucediera en él hasta la muerte del Arzobispo, quien renunció este derecho en él, en Tordesillas en Setiembre de 1416. Fué después Diego Gómez, señor de Agosta en Sicilia, de Moderuelo, Portillo, Osorno y Cea en Castilla; de Balaguer y Borja en Ara-

gón, y además Conde de Denia y de Castrojeriz. Su madre D.^a Inés, señora de Ampudia, por donación del Arzobispo, casó después de viuda con Hernán García de Herrera, señor de Pedraza.

Diego Gómez de Sandoval, señor de Saldaña, nieto del anterior Marqués de Denia, casó con D.^a Catalina de *Mendoza*, hija de D. Iñigo López de Mendoza, Conde de Tendilla, y el señorío pasó á la casa de los Mendozas, sin duda por contratos ó compras entre ambas familias, como entonces era muy común. En esta época, 1491, aparece, en efecto, que D. Iñigo López de Mendoza, segundo Duque del *Infantado*, Marqués de Santillana y Conde del Real, primo de D.^a Catalina de Mendoza y de Diego Gómez, se denomina *Conde de Saldaña*, título que conservan siempre los primogénitos de la casa del Infantado, y cuyas armas tomó la villa para sí. Los Sandovalos entraron de nuevo en la categoría de señores, cuando en 1610, la primogénita D.^a Luisa de Mendoza y Mendoza, sétima Duquesa, casó con Diego Gómez de Sandoval, Comendador mayor de Calatrava. El título, aunque ya no el señorío, porque la Constitución de 1812 acabó con ellos, es hoy propio de la casa de Osuna.

También se llamaron *Señores de Saldaña* y *Saldañuela* en el siglo XV los Álvarez Osorios, Condes de Trastámara y Marqueses de Astorga.

Alzó, pues, la fortaleza que contemplamos en esta villa, aquel varón insigne (compañero de embajadas del caballero alavés Pedro López de Ayala, señor de Salvatierra), que fué Obispo de Palencia de 1403 á 1415; el que, á la cabeza de los palentinos, y llevando su pendón el arcipreste de Astudillo, Fernán Gutiérrez de los Barrios, tomó frente á Antequera el otero, que desde entonces se llama *del Obispo* (1410); y por cuyo servicio elevó el Rey á la dignidad de Conde el título de señores de Pernia, que tenían los Obispos palentinos. De él conserva Palencia la magnífica sillería del coro de su iglesia catedral, que mandó construir el maestro Centellas, y cuya admirable silla episcopal lleva en su memoria el mismo escudo de armas que conserva el castillo de Saldaña.

Cuando caigan una tras otra las piedras del castillo, de-

be tener especial cuidado el Ayuntamiento de la villa en recoger y conservar el sillar en que están esculpidas las cinco estrellas de aquel prelado:

«In Mauros rigidus, animosus; sique ferendis
Consiliis quædam pulchra, et præfulgida Stella.»

ya que tales armas, tan llenas de esplendor también en la gran capilla mayor de San Pablo, de Palencia, son dignas de que Saldaña las ponga al lado de las de los Mendozas y Lasos de la Vega, que ostenta como suyas.

A estos atractivos que brinda el castillo de Saldaña para el curioso, se añaden en aquella altura los del soberbio panorama de la Vega, que desde allí se descubre, que es, sin duda, uno de los más pintorescos y dilatados del Norte de España, y en el cual, entre el verdor perpetuo de los campos y de los arbolados, de los pueblos, molinos y calzadas, serpertean brillando al sol, en sus múltiples y anchurosos cauces, las transparentes aguas del Carrión.

RICARDO BECERRO DE BENGUA.





CATEGORÍA

y

EXCELENCIAS DEL ARTE BARROCO

HEREGÍAS ARTÍSTICAS



ODOS cuantos han escrito sobre bellas artes, desde el siglo pasado en el que comenzaron á desarrollarse los estudios críticos, han estado conformes en reconocer las excelencias del arte griego, exagerando tanto su importancia, que le han consagrado como prototipo de la belleza. Si con sus discursos hubieran logrado someter y fijar las aspiraciones inquietas del sentimiento, la belleza, indudablemente, hubiera quedado fijada de una vez para siempre. Entonces nada más fácil que señalar el grado de bondad de cada obra, y de cada modo de ser de los diversos que el arte ha tomado. Pero no ha sucedido esto; el sentimiento se ha revelado siempre contra todas las teorías, y ni los críticos, ni la intervención del Estado creando Academias compuestas de hombres que supone depositarios de las *reglas y tradiciones del buen gusto*, han conseguido nada; las bellas artes no han seguido el camino que se las trazaba, y lo que es aún más extraño, ni los mismos encargados de trazarle le siguieron tampoco.

Aunque parezca que esta unanimidad de los críticos ha de

tener gran fuerza, y osado el no tomarla como garantía de la verdad, se ofrecen á cada paso ejemplos de lo fácil que es propagar y sostener por mucho tiempo un error, por ir copiando y repitiéndose unos autores á otros sin saber, ó sin querer discurrir por cuenta propia. Sobre el arte se ha teorizado, y se teoriza, prescindiendo de los hechos; y es más fácil suponer la superioridad del arte griego, cuya sencillez, ordenamiento y ponderación se prestan tanto á los cálculos del raciocinio, que conceder iguales méritos á otras formas que por su mayor complicación se prestan menos á una explicación racional.

Dada una fórmula de la belleza, y averiguado que el arte de los antiguos griegos es el que perfectamente la interpreta, naturalmente que las diversas trasformaciones que el arte ha experimentado han de considerarse como degeneraciones más ó menos lamentables, según se acercan ó apartan del tipo consagrado. La crítica genuinamente clásica es lógica al prescindir, como indignas de examen, de todas las manifestaciones anteriores á la que llena su ideal, y al lamentar después la obcecación de los artistas romanos, bizantinos, góticos, del renacimiento, barrocos, y hasta de los académicos; acusando á unos de falta de pureza, á otros de absurdos y bárbaros, á otros de complicados y de mal gusto; pero sin aducir más razón para tales recriminaciones que la comparación con el eterno griego.

Fenómeno admirable sería, si tales críticos no estuvieran en error, el que existiendo en el hombre la aspiración á la realización de la belleza, sólo se hubiera logrado la aproximación á la realidad de este ideal en una época remota y de civilización atrasada, con respecto á la civilización posterior; y no menos extraño el que si el arte llegó á satisfacer las exigencias del gusto y de la razón, una vez llegado á este punto no se hubiese estacionado y conservado á perpetuidad, sino que, por el contrario, siempre ha continuado sufriendo trasformaciones para no volver á repetirse jamás.

La belleza, en el hombre, dicen, consiste en comprender las leyes de la creación, y extraer de ellas las formas que son absolutamente bellas; ó sea las que están más conformes con

los designios del Creador. Esto produce un ideal absoluto, frío é inanimado, puesto que carece de individualidad, que es uno de los caracteres de vida y variedad que nos presenta la naturaleza; así, pues, ha habido que crear bellezas individuales, de aquí la Minerva, el Apolo, el Hércules, la Venus, etc. Wínckelman sostiene que para comprender el mérito del Apolo del Belvedere es menester «que el espíritu se eleve hasta la esfera de la belleza incorpórea, y se esfuerce en imaginar una naturaleza celeste, porque no hay en ella nada de material.» ¡Elevarse es! Por eso sin duda, comprendiendo que no todos se hallan dispuestos á esas ascensiones, se mide la frente, la nariz y las pantorrillas de las estatuas más ideales, para deducir de su correspondiente proporción por qué nos producen la impresión de la belleza. Aunque más práctico, no es más convincente el argumento; por lo que Mengs, que no sólo era sectario de las ideas Wínckelman, sino que las practicaba, ó no sabía hacerlo, ó la belleza no consistía en lo que ellos se figuraban, puesto que resultaba cosa muy distinta traducida al alemán.

Con la arquitectura siguieron igual criterio; midieron todas las partes en sus más mínimos detalles, buscaron el acuerdo que reinaba entre ellas, y de aquí dedujeron el secreto de la emoción estética que producían. Son benignos con sus manías los admiradores exclusivistas del arte griego, como los exclusivistas de todas las escuelas; se encuentran con columnas cortas y gruesas, como las del templo de Postum ¡hermoso!, no tienen basa ¡mejor que mejor!; pero las del templo de la Victoria Apta son esbeltas y la tienen ¡Magnífico! Que en vez de columnas son cariátides como las del templo de Pandrosium ¡eso es lo bueno! ¡prueba de variedad y libertad de pensamiento! Y todo lo miden, y todo se lo explican, y todo les complace.

Sostienen muchos críticos que en la impresión que causa la belleza toma tanta ó mayor parte la inteligencia que el sentimiento, y ponen como ejemplos: «Si entráis en un salón cuya decoración viva y alegre os *contenta y seduce*, y os figuráis que es un salón de baile, mas luego sabéis que es un tribunal, la idea del contrasentido viene á perjudicar en vues-

tro espíritu el placer que la vista quería gozar. Lo mismo sucedería con un comedor cuya ornamentación tuviese la gravedad que conviene á una iglesia. Del mismo modo que una construcción que no fuese sólida, ó aunque siéndolo no lo pareciera, perturbaría nuestra imaginación con la idea del peligro y nos impediría apreciar su encanto decorativo. Para que un monumento despierte y mantenga en nuestro espíritu la idea de la belleza, es, pues, preciso que reúna las tres condiciones de conveniencia, solidez y encanto óptico.» (René Menard.) Charles Blanc, en su *Gramática de las artes del dibujo*, emite la idea de que «la belleza no puede concebirse fuera de ciertas leyes de orden, de proporción y de armonía;» pero se guarda muy bien de determinar estas leyes. Algunos filósofos creen que la belleza es obra puramente del espíritu, que comparando seres imperfectos y suprimiendo los defectos de cada uno, se eleva al conocimiento de una perfección absoluta. Otros, que la belleza es una reminiscencia secreta de la gracia primitiva del género humano, perdida por el pecado original. Algo más debe ser, porque el pecado original se relaciona sólo con el hombre, y no es sólo en él donde queremos buscar y encontramos belleza; si no fuera así, el arte no tendría más medio de manifestación que la escultura, y la arquitectura, la pintura y la música, estarían de más.

Sin embargo, la crítica, que por mucho tiempo fue exclusiva é intransigente, empezó á comprender que el arte griego no era tan absolutamente original como creyó al principio, y que el egipcio había tenido influencia en su formación. Estudió el arte de los romanos y empezó á distinguirle bien del griego, cosa que no había sabido hacer antes, y vió que no sólo los griegos, sino también los etruscos, habían contribuído á su desarrollo. Estudiando después el arte egipcio, el fenicio y el asirio, encontró excelencias que no había encontrado antes, si bien la fué más difícil hallar la correspondencia exacta en las medidas y proporciones que tan fácilmente había comprobado en el arte griego, que, aunque no con tanta intransigencia, continuó siendo venerado como el arca santa. Una vez admitido que podía haber belleza, siquiera no fuese tan pura, en otras formas del arte, fué menos difícil

comprender que el bizantino, el románico y el gótico ú oji-val, podían también tenerla; pero para esto, sobre todo tratándose del gótico, había que hacer grandes esfuerzos para no demostrar contradicción, y explicar, razonar, medir y sujetar á un canon este arte tan caprichoso y esencialmente diferente del griego, que se resiste á ser medido con compás. Entonces hubo que admitir que la belleza podía provenir, no sólo de la pureza, de la forma y de la reunión en un solo individuo de todas las perfecciones reunidas en varios, sino también de la bondad de la idea que con ellas se quería explicar, y una parte de los críticos, no todos, comenzaron un coro de alabanzas en pro de lo que hasta allí se había tenido por abominable y bárbaro. Los teóricos ponderaron la perfecta relación entre la idea que engendró aquel arte y los medios empleados para realizarle; los prácticos encontraron la invención y solución de difíciles y complicados problemas de construcción hasta entonces no pensados, en los que hasta allí no se había visto más que incapacidad y atraso. Se hizo la justicia de no exigir á la escultura y la pintura condiciones que ni pretendían ni necesitaban tener, y se las trató de defender con exageración juzgándolas independientes, como lo habían sido antes, cuando en realidad su valor y su justificación estaban en haber quedado reducidas á ornamentales y completamente subordinadas á la arquitectura.

El arte gótico sufrió las trasformaciones que todas las formas del arte; la pintura y la escultura se volvieron á hacer independientes; la arquitectura, inspirándose en el arte antiguo mal comprendido, dió lugar á una forma nueva que la crítica clásica tachó de bastarda, pero que el eclecticismo moderno acoge con aplauso. Era natural, porque si para justificar todas las formas que diferían del griego había habido que transigir con muchas trasgresiones cometidas con el orden, la proporción y la armonía de los antiguos, no había por qué no transigir con una forma que las quebrantaba menos. Hay más; si los verdaderos clásicos tuvieron reparos y lamentaciones para la arquitectura, aceptaron con menos reservas la pintura, porque tenían muy poco ó nada en lo antiguo con que compararla.

Pero el arte, como sucede siempre, no permaneció estacionario, buscó nuevos horizontes y se fué trasformando hasta encontrar otra forma, no menos lógica, ni menos bella, que, como todas, se fué desarrollando hasta llegar á sus naturales consecuencias.

La crítica es gruñona y descontentadiza de suyo, no se satisface con estar siempre haciendo alabanzas incondicionales, ni poner ligeros reparos; respira y goza cuando tiene en quien desahogarse, y por eso se ha reservado la forma que acabo de indicar, que denomina, según los países *barroca* ó *barrominesca*, en Italia; *rococó*, en Francia; *churrigueresca*, en España; no se ha dignado siquiera bautizarla con un nombre serio. Para ella ha reservado todo el vocabulario de injurias é improperios; corrupción en el gusto, apocamiento en las formas, extravagancia en los conceptos, pompa ridícula en el ornato; más hinchazón que grandeza, amaneramiento, lastimosa decadencia, prácticas viciosas y mil otras frases y palabrotas que no resisten á un ¿por qué? pues ni aunque la crítica clásica, ni la ecléctica se devanen la mollera, podrán justificar nada de esto, más que por comparación con otras formas del arte que no tienen las condiciones que suponen, á no ser porque han convenido en atribuírselas.

De todos modos, los críticos clásicos, consecuentes con sus principios, se comprende que anatematicen todo lo que no se ajusta á su ideal, y no acierten á ver la belleza más que bajo una forma; pero los que comprenden que puede hallarse en varias, no tienen autoridad para desechar ninguna, y si lo hacen, es contradiciéndose y volviendo siempre al terreno de los clásicos puros, en el que siempre conservaron un pie.

No podemos, es verdad, decir que sea necesario para sostener un arquivado ó un frontón, valerse de una columna de la que están colgados melones ó alcachofas, ó bien cubierta con un manto roto ó la piel de un león; pero tampoco que la inutilidad de estos adornos quita belleza, porque entonces las columnas estriadas y los capiteles corintios, serían menos bellos que las lisas y los capiteles dóricos. Los haces de columnas góticos serían horribles, y la ornamentación vegetal y ani-

mal, tan empleada en el Renacimiento, no podría aplaudirse, sino condenarse más bien como nimia y menos decorativa y graciosa que la de los barrocos.

Si todo quiere explicarse, y decimos que las estrías de las columnas griegas representan haces de troncos delgados y los filetes al rededor del capitel ligaduras, que los toros y escocias del pedestal son producto de la presión y ligaduras, ó, como dice Charles Blanc, que todas estas formas, más que *constructivas* son *expresivas*, es decir, que representan, sin necesidad de hacerlo, el origen, cuando las construcciones eran de madera; si este recuerdo aumenta la belleza, no hay gran dificultad en buscar una aplicación análoga á todos los adornos y caprichos del barroco más complicado. Yo he visto el tronco de un árbol sobre el que había caído una chispa eléctrica, dejando trazada en su corteza una honda franja espiral, que le convertía en una columna salomónica. Es de suponer que esto habrá sucedido muchas veces, como sucede también que la presión ejercida por algunas plantas enredaderas, aumentada por la hinchazón y crecimiento del tronco que sujetan, deja en éste una huella que le convierte en una perfecta columna espiral. El tronco de la vid es naturalmente espiral muchas veces, de modo que con suponer que en vez de un tronco ordinario se ha empleado alguno de éstos torcidos, tenemos una aplicación tan satisfactoria como la de los haces y las ligaduras; pues aquellos troncos, mientras conserven vertical su eje, son tan apropósito para la construcción como otro cualquiera. Si el capitel corintio representa un cesto de mimbres, alrededor del que crecieron algunas hojas de acanto, el buen sentido rechazaría que se colocase encima del fuste de la columna; porque la razón se hallaría frustrada, al ver que el arquitrave, friso y frontón no le aplastaban; no son, pues, más lógicos los griegos al colocar en tal sitio cosa tan frágil, que los barrocos, al suponer que los trabajadores dejaron colgadas las capas y la merienda en las columnas que levantaban, que muy bien pueden explicarse así ciertos adornos. Queriendo buscar una explicación, la imaginación es bastante fecunda para encontrarla á todo; pero la belleza no está en la justificación de las formas;

como no está tampoco en la mayor ó menor concordancia que pueda tener con la idea que representa. Una iglesia podrá parecer un salón de baile, podrá no ser una iglesia, pero no por esto dejar de ser bella.

¿Si oímos una obra del músico más eminente, y nos extasia y encanta, sin saber á qué idea determinada ha querido referirse, nos gustará menos, será menos bella porque después sepamos que era un afecto triste el que había querido expresar, con cadencias alegres y vivas? ¡No! Será lo mismo que era, la contradicción afectará á la razón, pero no al sentimiento, que es al que atañen todas las manifestaciones del arte. Por eso, cuando antes cité á René Menard, en su historia de las bellas artes, y copié el párrafo que dice: «Si entráis en un salón cuya decoración viva y alegre os *contenta y seduce*, y os figuráis que es un salón de baile, mas luego sabéis que es un tribunal, etc.» tuve buen cuidado de subrayar el *os contenta y seduce*, porque si esto se verifica, todo lo que se reflexione después no lo desvirtúa. Tampoco es más cierto que la idea de solidez contribuya en nada á la belleza arquitectónica; cuando se entra en una de esas inmensas cavernas formadas de estaláctitas, la impresión de su hermosura y belleza se sobrepone al riesgo eminente que se corre. No hay clave ni arco ninguno que inspire la suficiente confianza al que no tiene ideas de construcción; hay escaleras, balcones, saledizos cuya estabilidad no se comprende, y no por eso la ilusión que producen se destruye.

Si quieren relacionar siempre las trasformaciones sufridas por el arte de una manera inmediata á los cambios políticos y sociales. La sustitución del arte bizantino y el románico al antiguo, no se atribuye tanto á un cambio en las ideas religiosas, como á la destrucción que trajo consigo por todas partes la invasión de los *bárbaros*, y al embrutecimiento y miseria de las masas mezcladas con hordas salvajes que hablaban lenguas diferentes. Las artes y las ciencias, dicen, se refugiaron en los monasterios, cuya misión no fué la de innovar, sino conservar. Mientras la historia, tanto de las bellas artes como social, se trate de este modo; mientras no se estudie con mejor criterio, y los escritores continúen repitiendo

las vulgaridades que dijeron los anteriores; mientras se tengan por buenas pruebas documentos contemporáneos á los sucesos, casi siempre dictados por la ignorancia, la pasión ó el interés, no se adelantará gran cosa. Todas cuantas declaraciones se funden en la *barbarie* de los invasores del Norte, se basan en un error que procede de los clamores de los vencidos lamentando la pérdida de los intereses creados; de las costumbres y la religión establecidas, que se resentían de ser holladas. Todo pueblo conquistado ha llamado bárbaros á sus conquistadores, cuando el hecho mismo de la conquista hace suponer lo contrario. Sería curioso saber lo que dicen de los europeos los modernos escritores chinos; de seguro que no seremos mejor tratados que lo fueron de los romanos, los vándalos y los godos. Los tan llamados bárbaros, profesaban en gran parte la doctrina de Jesucristo, muy superior por todos conceptos al politeísmo antiguo; sus leyes, la consideración dada á la mujer, las ideas de la familia y la propiedad se fundaban en bases más racionales. Todos estos trastornos producirían males sin cuento individuales y parciales; pero la generalidad, lejos de aumentar su embrutecimiento y su miseria, debió mejorar su condición en todos sentidos. No querer ver en los monumentos y demás manifestaciones del arte una forma nueva que va surgiendo paulatinamente de la antigua, sino torpeza de ingenio é inhabilidad material sobrevenidas de golpe y repentinamente, es un absurdo. No hay conquista, no hay revolución que no tarde mucho en imponerse completamente.

Al cabo de diez y nueve siglos conservamos mil costumbres y preocupaciones paganas; los vencedores no lograron borrar el lenguaje de los vencidos.

Si los edificios románicos y bizantinos no tienen la solidez que los romanos, es porque éstos eran producto de muchos siglos, y la nueva religión y las nuevas costumbres tuvieron que improvisarlos. Como condiciones estéticas nada tenían que envidiarse; las científicas cada vez revelan más conocimientos é ingenio, y los medios mecánicos con seguridad adelantaron también.

Tampoco la escultura y la pintura cambiaron repentina-

mente, sino por grados hasta llegar á quedar supeditadas á la arquitectura. Y para que se vea lo imposible de explicar, aunque exista, la correspondencia entre las trasformaciones del arte y de la sociedad, que los críticos han creído ver tan clara y sencilla, haré observar que hasta después de doce siglos de iniciada no llegó á verificarse radicalmente la separación de la arquitectura cristiana y la pagana. Desde entonces estas dos creaciones agotaron todos los recursos de originalidad, y los cambios posteriores se basan en uno de los dos sistemas, consistiendo más sus diferencias en la ornamentación que en la esencia. Además, hay que observar que muchas veces el arte cambia de forma en un país, y de él se trasmite aquella forma á otros países cuyo estado no es exactamente el mismo; ó por el contrario, ciertas formas han tenido más desarrollo en unos países que en otros, pensando todos de igual manera. Italia, tan cristiana, y más católica que ningún otro estado de Europa, apenas acepta el arte ojival, y cuando en ella nace y se desarrolla el Renacimiento, le impone á todos los demás que en literatura, religión ó ciencia, no siempre piensan como ella. Pues si queremos buscar el fomento de las artes en la riqueza de las naciones, nos encontramos en nuestra España, que jamás han dado más muestras de vida que en los siglos XVII y XVIII durante nuestros mayores desastres y penurias.

En este corto espacio, no sólo se llenó el país de nuevas construcciones, sino que, más que nunca se destruyeron y remendaron las antiguas, con creaciones de la nueva escuela; imperdonable heregía que en todas las épocas se ha cometido.

De cualquier modo que se quiera fijar y establecer la relación entre la belleza y las formas, por medio de las que se la representa, entre éstas y las creencias y estado de civilización que las dieron el ser, jamás se encontrará una explicación satisfactoria. La misma idea cristiana que dejó casi reducida á un símbolo la representación de la figura humana, más adelante se enamoró de ella, y estudió al hombre de una manera más sensual que lo habían hecho los paganos. Aunque supongamos que el Renacimiento no se inspiró ya

en la idea religiosa, sino que fué hijo de la admiración producida en los artistas por la poesía y el arte antiguo, siempre será muy extraño que esta admiración se sobrepusiera á todo, é hiciera que las mundanales Vírgenes de Rafael se admirasen como tipos de belleza celestial y pura en Italia, cuando en Alemania, influída por la Reforma, Alberto Dürero y sus secuaces, continuaban aún las primitivas tradiciones.

Más adelante, el arte italiano se propagó por todas partes, y sin embargo, ni las creencias, ni el estado de los diversos países era el mismo. Esto parece demostrar que el arte tiene una independencia mayor que se cree, y que de unas formas van derivándose otras, sin que sea fácil decir dónde se halla el punto de contacto ó la dependencia con los demás órdenes de ideas.

Como la belleza absoluta no existe, como no existe más que la aspiración individual del sentimiento, desde el momento en que un hombre es capaz de expresar exteriormente esta aspiración, los demás la apreciarán cada uno á su manera.

Pero aunque cada cual tenga su modo de sentir particular, no hay tanta discordancia, que el que no es capaz de crear no pueda aceptar la forma encontrada por otro y complacerse con ella, y hasta por reflexión penetrarse del sentimiento ajeno. El que tiene la facultad más potente para manifestar su sentimiento, es artista; le siguen otros de menos iniciativa, y se constituye una escuela; la multitud, que siente, pero que no es capaz de crear, se deja guiar por ellos. Estas pequeñas diferencias en el sentimiento de cada artista, van haciendo que el arte se modifique lentamente, hasta que, suficientemente preparada la evolución, ésta se manifiesta completamente realizada por algún artista superior, continuando el arte siempre su marcha sin saber á dónde va, pero siempre derivándose de sí mismo, siguiendo un encadenamiento misterioso y fatal, sin roturas ni saltos. El artista para crear, no reflexiona; siente, busca lo que le *hace bien*; lo traza y lo borra hasta que lo encuentra; pero ni sabe por qué le *hace bien*, ni parte de una base fija, aunque, falto

de iniciativa suficiente, se guíe por las obras de otro (1).

Indudablemente que las transformaciones que el arte sufrirá no dependerán sólo de que el sentimiento no sea exactamente igual en todos los individuos; las ideas también influirán. Podremos decir que las formas humanas se estudiarán con más ó menos exactitud, según demos más importancia al cuerpo que al espíritu, ó al espíritu que al cuerpo; pero, fuera de esto, ¿qué relación sabremos encontrar entre la idea y la forma? Sin tener conocimiento de las ideas que han sugerido los monumentos, ¿podríamos presumirlas? No; porque no podemos encontrar la relación por más que se dispare, como se disparata, para demostrarla. Si esta relación fuese tan íntima, sería imposible que gozáramos del arte que no fuera el de nuestro tiempo, y precisamente es lo contrario de lo que los críticos sostienen.

El crítico sabe menos que el artista, y tiene más pretensiones. Incapaz de crear, tiene sin embargo sentimiento propio, y señala en que este sentimiento se acomoda ó se aparta del artista; hasta aquí no hace nada que no sea natural; pero se embrolla y extravía cuando quiere justificarle é imponerle á los demás; cuando quiere fijar el cómo y el por qué se llegaría al imposible de aunar el sentimiento de todos. Si fuera artista y ejecutara obras, se encontraría con la más terrible decepción. Ya cité á Mengs, admirador de los griegos,

(1) El gran Quevedo, en las *Zahurdas de Plutón*, explica con mucha sal cómo al artista sólo le preocupa y arrastra la forma, cuando dice:

«Dije que una señora era absoluta,
y siendo más honesta que Lucrecia,
por dar fin al cuarteto la hice p....
Forzóme el consonante á llamar necia
á la de más talento y mayor brío: ,
¡Oh, ley de consonantes dura y recial
Habiendo en un terceto dicho lío,
un hidalgo afrenté tan solamente,
porque el verso acabó bien en judío.
A Herodes otra vez llamé inocente;
mil veces á lo dulce dije amargo,
y llamé al apacible impertinente; etc.»

que por una idea, concebible sólo en cabeza alemana, fué destinado por su padre, desde el nacer, á reunir en una sola pieza las excelencias de Rafael, Corregio y Ticiano, bautizándole con los nombres de Antonio Rafael; y ahora citaré á nuestro D. Antonio Ponz, el más furioso enemigo de lo barroco, que teniendo afición á la pintura, no pudo sustraerse á la atmósfera en que vivía, y no fué más que un barroco muy malo. No conozco de él más que copias, pero en las que se pierde el carácter de los originales para sustituirle con el que había aprendido y tanto decía que odiaba. No pudo sustraerse á las influencias que le rodeaban, porque, aun cuando trató de dominar su sentimiento con la razón, si se hubiera estudiado interiormente hubiera visto que sólo las convenciones y preocupaciones adquiridas eran las que empañaban el goce que de otro modo le hubiera producido aquello que decía era tan detestable.

La crítica nació cuando el período barroco estaba en su auge; y había dos causas para que se hiciese clásica; la primera, el que ninguna forma del arte estaba aún estudiada más que la de los griegos y romanos, que había tenido por admiradores á los artistas del Renacimiento; y la segunda, que necesitaba algo que poner como modelo, algo que la sirviera de base, porque si no, no hay crítica posible. Fué impotente, sin embargo, pues aunque ejerciera algún débil influjo en la arquitectura, haciéndola despojarse de algunos ornatos barrocos, en la pintura y la escultura no logró hacer mella. Para desviar á estas últimas un momento no más de su camino, fué necesario un hecho tan grande como la revolución francesa. Entonces se verificó un fenómeno que no se había visto antes nunca; la voluntad de David torció el curso del arte repentinamente, sin preparación anterior, y no ejerció sólo en Francia su influencia, sino en Europa toda; hasta en España, tan refractaria á las ideas que habían producido aquella manifestación. Véase otra prueba de cómo no puede por las bellas artes formarse idea del estado y modo de pensar de un pueblo. Aquella forma del arte se aproximó más á la de los antiguos que quería imitar que lo que se había aproximado al Renacimiento, y sin embargo, para des-

ventura de los clásicos, duró muy poco; pronto se realizó una reacción que hizo volver al arte á su cauce natural.

Creer algunos que es en David y su escuela donde comienza el movimiento moderno de la pintura; pero me parece que no es así, que aquel período fué un fenómeno en la historia del arte, que por lo mismo que estuvo muy relacionado con la historia social y política, no tuvo un alcance trascendental. Si aquella escuela no hubiera existido, la pintura hubiera venido siempre al terreno que ha venido. El romanticismo tuvo que batir á los clásicos, porque se encontró con aquel obstáculo, pero no nació por efecto de una reacción. Era el desarrollo interrumpido de la pintura del siglo anterior. Goya (1746 — 1828), contemporáneo de David (1748 — 1825), realiza todos los ideales y las prácticas de la escuela romántica, que no había soñado en nacer; no intentando oponerse á las prácticas dominantes, sino siendo el continuador del desenvolvimiento de la pintura anterior. Proudhon, que sufrió menos que otros la influencia entonces en boga, prueba lo mismo, pues demuestra que la tendencia era á abandonar la senda puramente decorativa que la pintura había tomado, no para ir al clasicismo, sino para volver al estudio del natural, como se había comprendido en España y en los Países Bajos en el siglo XVII, buscando recursos que se habían abandonado en el claro-oscuro y el colorido, en el movimiento y la vida.

La crítica clásica quiso elevarse á ciencia y se dió el nombre de *Estética*; en vez de prescindir de ella ó de negarla y romperla, cada nueva escuela ha tratado de mantenerla y ensancharla á su gusto, sin atreverse á declarar francamente que la belleza se siente y no se explica, como no se explican otras muchas cosas. Ninguna religión tiene tan demostrados sus misterios que no necesite acudir á la fe como término de sus investigaciones, es decir, á detener á la razón, á poner un límite á su curiosidad, en el convencimiento íntimo de que más allá no encontrará más que contradicciones y absurdos. Pero en el arte no hay necesidad de dogma ni de fe, no hay dificultad en que cada uno tenga su gusto ó su creencia. Si el Mesías era ó no el verdadero, si el papado era de

institución divina, y muchas otras dudas, han dado lugar á horrendas y sangrientas luchas; pero en el mundo no ha pasado nada porque el arte haya adoptado esta ó la otra forma; la civilización no ha andado más ó menos deprisa ni despacio. Nadie ha sostenido que el día del Juicio final los artistas serán llamados á capítulo para dar cuenta de por qué infringieron las reglas verdaderas que los estéticos les dieron, ni que se tomará en cuenta á las generaciones el que se dejaron seducir por los caprichos de algunos ignorantes ó extraviados. Si esto sucediese, tendría que ver el entrar en el cielo de rondón á los politeístas paganos, acompañados de los críticos, al paso que las puertas del palacio de Plutón se abrían para los buenos creyentes, y muy especialmente para aquellos barrocos de peluca de estopa que creyeron ganar la gloria no perdonando misa, sermón, ni auto de fe, rezando las oraciones y acostándose temprano.

Así, pues, no habiendo inconveniente en ello, ha debido declararse hace mucho tiempo, y se declarará algún día, que la estética no constituye ciencia alguna. Es una simple manifestación del instinto investigador del hombre que llega hasta querer explicar lo inexplicable, á querer sobreponerse á su destino, y que, cuando se dirige mal, quiere suprimir lo que llama imperfecciones de la naturaleza, trata de variarlo todo; si pudiera, suprimiría la muerte, á la que tiene miedo; y cree complacer y venerar al Creador poniendo defectos y renegando de su obra. No es que yo lamente la existencia de este instinto; puesto que existe, bueno y necesario será, como lo es cuanto hay en la naturaleza; pero es decir que aplicado á esferas á que no alcanza, dará resultados siempre negativos.

No creo que la estética tenga fundamento alguno, porque si la belleza absoluta ó relativa fuese demostrable y se hubiera demostrado, habría que admitir que su apreciación era en el hombre una cualidad fortuita, pues se manifiesta en unos períodos sí y en otros no. Sería más fácil comprender que hubiera períodos en que desapareciera por completo la aspiración á buscar la belleza, que no el que existiendo, en unos tiempos se lograra realizar en las obras del arte y en

otros no, y que estas alzas y bajas afectasen á un tiempo á todos los países.

La experiencia nos hace ver que en la música, una sucesión de ruidos sin orden ni medida, discordantes é incoherentes, ó no nos producen efecto, ó nos le producen muy desagradable. Para que encontremos agrado se necesita cierta coordinación y compás. Sabemos también que los aires vivos y sonidos agudos nos predisponen al contento, y los pausados y graves á la melancolía. La monotonía nos molesta; pero no sabemos la razón de todo esto, ni cuál es el mejor compás, ó el tono más apropiado, para que la obra sea mejor. Con todos pueden hacerse obras maestras. Este orden, este enlace, esta cadencia que en la música se ven tan claros, corresponden á cualidades análogas que requieren también las artes gráficas; aunque, como en aquélla, haya en estas reglas una latitud infinita, pues no sabemos cuál es el orden, la armonía, ni el conjunto mejores. Fuera de estos principios vagos, no tenemos ningún otro. Ni en la arquitectura, ni en la escultura, ni en la pintura, lo que se llama carácter, es un distintivo ni cualidad de la belleza. A nadie se le ha ocurrido decir que el *Juicio final*, de Miguel Ángel, no sea hermoso, porque aquellas figuras no den idea de Dios, ni de la Virgen, los ángeles, los santos, ni los demonios; siendo todos ellos unos atletas desesperados.

No teniendo una norma á qué ajustarnos, no podremos nunca establecer comparación justa ni racional entre dos escuelas distintas. ¿Es la arquitectura india mejor que la griega? ¿Rafael mejor que Velázquez? ¿Velázquez superior á Rúbens? ¿Cualquiera de estos dos vale más que Maçatta, Jordán ó Tiépolo? No, no y no. Podremos decir que Velázquez es mejor que Carreño, ó Claudio Coello; que Rafael es superior á Perugino, su maestro, ó á Penni y Julio Romano, sus discípulos, y aun á los Carracís, que, aun de lejos, intentan seguir sus huellas; pero cuando el fin y los medios han cambiado ya por completo, no hay término ni posibilidad de comparación.

Si el Renacimiento no hubiera creado, apesar suyo, una forma nueva, tanto en arquitectura como en escultura y

pintura, lejos de ser tal renacimiento, sería decadencia, porque se le podría comparar con el arte romano, que fué al que quiso volver, y no pudo. En la arquitectura adoptó lo que no podía menos, si había de apartarse del gótico, porque ya dije que el arte antiguo y el ojival habían agotado los recursos esenciales, no quedando más libre que el ornato para la diferenciación, que es en el que el Renacimiento y el barroco difieren del arte antiguo. En la escultura se agotaron los recursos al mismo tiempo que en la arquitectura; en la pintura hubo aún nuevos horizontes hasta el siglo XVII; hasta entonces se había empleado el idealismo de la forma y el del espíritu; faltaba para concluir emplear el naturalismo, para apurar todos los medios.

Sentadas estas bases, veamos en qué consiste el arte barroco, y cómo, lejos de merecer los improperios que se le han prodigado, tiene tantos derechos á la estimación y respeto como otro cualquiera. También observaremos cómo sigue hoy ejerciendo influencia, apesar de todos los esfuerzos de la crítica y de la estética.

La arquitectura barroca no se diferencia esencialmente de la del Renacimiento; una y otra tienen por base la de los antiguos romanos; el arco y la bóveda de medio punto, son sus elementos principales. Naturalmente que, como las costumbres y las necesidades eran muy diferentes en el siglo XVI que en la antigüedad, tanto la arquitectura civil como la religiosa tuvieron que acomodarse á planos muy diferentes de los antiguos, y aun cuando empleasen las proporciones de los órdenes admitidos, tuvieron que combinarlos de un modo nuevo, adecuado á la mayor complicación de los edificios.

No había nada en los restos de las antiguas construcciones griegas ni romanas, que ofreciese la variedad que en los nuevos palacios y templos. Los grandes patios, las escaleras, las luces, eran problemas que la Edad Media había ido resolviendo á su manera, y el Renacimiento tuvo que continuar el camino. Por otra parte, tenía demasiado cerca los prodigios de ornamentación de las iglesias y catedrales para que no extrañase demasiado una severidad exagerada; y como los romanos ofrecían también en sus columnas y arcos triunfales mo-

delos de ornatos fastuosos, no hubo reparo en adoptarlos y emplearlos con más profusión que ellos lo habían hecho. Esta mayor riqueza en el ornato trajo consigo en muchas ocasiones la deformación del fuste de las columnas, la invención de caprichosos capiteles, y otras variantes que constituyen lo que nosotros los españoles llamamos estilo *plateresco*, que se desarrolló á la par de aquel otro más severo empleado en San Pedro de Roma, y más pobremente después en el Escorial. Este estilo plateresco aunque obedezca á los mismos principios y tenga grandes semejanzas, ofrece más grandiosidad en Italia, más sencillez en Francia y mayor complicación de detalles en España; diferencias que se acentúan mucho más cuando el arte del Renacimiento se va trasformando en el barroco, cuyo distintivo especial consiste en buscar el efecto por medio de mayores salientes en los detalles; y plantas que ofrezcan más accidentes; un relieve más acentuado en el ornato, y predominio en éste de las líneas curvas; buscando y consiguiendo con esto, fausto, aparato y grandiosidad. Introduce el arte barroco en la arquitectura dos elementos que hasta entonces no habían tenido tanta importancia: el claro-oscuro y el movimiento.

Tanto el barroco italiano, como el francés, se mantienen dentro de límites inatacables; constituyen un modo de ser del arte, tan excelente, tan respetable, tan bello como cualquiera otro; pero el español, muchas veces se hace exagerado. Podemos formular esta crítica porque tenemos una base, tenemos un principio que nos sirva para establecer comparación; no la establecemos con el griego ó con el gótico, sino con el barroco mismo. No es precisamente en los principios generales donde el barroco español es más débil, sino solamente en algunos detalles.

En Madrid, por ejemplo, el edificio del Hospicio ofrece un extraño contraste entre su complicada portada y la sencillez, grandiosidad y buena proporción de toda la fachada; verdad es que lo tosco de la talla contribuye á que parezca la portada más pesada que en realidad es. No son tampoco dignas de gran aplauso las portadas de la iglesia de Santo Tomás; pero el convento adjunto tenía un patio rodeado de

claustro bajo y galería principal, así como una escalera, que harían honor á cualquier arquitectura. Es de sentir que al derribarse, hace muy poco, no haya habido corporación ó particular que lo comprase para volverlo á restablecer en otra parte. La casa del Ayuntamiento en la plaza de la Villa es excelente, en sus dos fachadas; y multitud de moradas de grandes y títulos, muchas iglesias y otros edificios, tienen preciosas portadas que prueban que no siempre se apartaron del buen camino, apesar de que los tallistas nunca, ó muy rara vez, contribuyeron con su trabajo á dar realce, sino á perjudicar la concepción. Otro modelo de este extraviado y especial camino del barroco español, era la fuente que se quitó de la plaza de Antón Martín, que por ser típica, será una estupidez censurable no se restablezca en el Parque de Madrid ú otro sitio conveniente, y se deje perder, como sucedió con la preciosa puerta de Recoletos. No fué tanto en los edificios como en los retablos de madera de las iglesias, donde las fantasías del barroco español alcanzaron mayor desarrollo. El famoso trasparente de la catedral de Toledo nos ofrece en mármoles y bronces la más insigne muestra; en su esmerada ejecución se ve lo que ésta contribuye al buen efecto. No seré yo quien aplauda el que en un edificio de una época se adosen cuerpos postizos de otro gusto y otro carácter; pero en todos tiempos se ha hecho. Hoy mismo, el malogrado arquitecto que tanta gloria alcanzó con la restauración de la catedral de León, había antes restaurado la iglesia de las Calatravas, de Madrid, cubriéndola de panecillos de San Antón y otras zarandajas de un pseudo Renacimiento, muy ajeno al carácter del edificio.

Tenemos muestras del barroco italiano en el Palacio Real y la puerta de Alcalá; y del francés en las Salesas Reales y San Justo, y por consiguiente medios de establecer comparaciones.

Si bien ya he dicho que creo igual en bondad al arte barroco que á cualquier otra forma, tiene una especialidad en que las supera á todas, que es la disposición y ornato de los jardines.

Ni el antiguo ni el Renacimiento, que se ocupó también

mucho en este ramo, hicieron nada semejante á Versalles, Caserta ó la Granja (1).

Mucho antes de que la arquitectura y la pintura emprendieran resueltamente el camino del barroquismo, le había seguido la escultura. Los griegos agotaron los recursos de la idealidad de la forma humana, los romanos la del naturalismo; la Edad Media la dejó reducida á un símbolo, así es que al separarse la escultura otra vez de la arquitectura, y recobrar su independencia, no la quedaba otro recurso que volver al idealismo, ó al naturalismo. Optó por esto último, pero el naturalismo romano había forzosamente de convertirse en barroco desde el momento en que adquiriera condiciones de vida y movimiento que le faltaban, y esto sucedió; así es que entre Miguel Angel, Juan de Bolonia y sus sucesores, más adelante, no hubo más diferencia que el mérito respectivo de cada artista; por lo demás, la tendencia á la grandiosidad, á la acción, al movimiento y todas las aspiraciones generales, lo mismo se manifiestan en ellos, que después en Bernini, ó Pouget. En España la escultura siguió el mismo camino; si bien se ocupó en obras de menor importancia, pues, por lo general, desde los tiempos de Becerra y Berruguete, se redujo á tallar figuras para retablos, y hacer imágenes de devoción pintadas y estofadas; tarea en la que sobresalieron algunos artistas.

En la pintura, el paso del Renacimiento al barroco se desenvuelve más lentamente; va poco á poco con los Carraci y sus secuaces abandonando el idealismo especial creado por los artistas que estudiaron el arte antiguo, se va haciendo naturalista, para apartarse después de esta senda y venir á parar á un modo de ser esencialmente grandioso y decorativo. Cuando triunfaba ya completamente en España el barroco en la arquitectura y la escultura, la pintura se mantenía dentro del naturalismo puro; y aunque antes ya los Rizi habían pre-

(1) Por no permitirlo las dimensiones de este trabajo no entro en un examen de la riquísima y elegante indumentaria; de los muebles, de las porcelanas, de los tapices, de la joyería, de todas las aplicaciones del arte á la industria, que en ningún tiempo han sido más felices.

parado el terreno, puede decirse que el barroquismo en la pintura fué introducido por Jordán á principios del siglo pasado, para no concluir hasta nuestros días con D. Vicente López, que con Bayén y Maella resistió á la intrusión de la escuela de David.

Aquí es donde el barroco ejerció su influencia hasta más tarde, quizás porque empezó más tarde también, pues cuando en Italia, Pedro de Cortona (1596—1669), y en Francia, Charles le Brun (1619—1690), alcanzaban mayor fama, Velázquez (1599—1660), y Murillo (1618—1682) no habían dejado aún penetrar la nueva escuela; al paso que más adelante, cuando Mengs, Pons, Llaguno y Cean Bermúdez se esforzaban con sus escritos por restablecer el clasicismo, la Academia lanzaba á los González Velázquez, y los citados Bayén y Maella, é innumerables falanges de discípulos continuadores de las tradiciones de Jordán, apenas modificadas.

Los mismos que sólo encuentran alabanzas para aquellos paños mojados de la escultura griega, bajo los que se muestra el desnudo hasta señalarse las rótulas, los pezones y el ombligo, motejan de amanerados los plegados por masas de los paños barrocos. No hay más que admiración para las contorsiones del Laoconte, los escorgos de Miguel Angel, ó las figuras retorcidas y descoyuntadas que se ven en algunas obras de Rafael, y se tacha de afectados á los barrocos porque se valen de los mismos recursos para buscar la gracia ó el efecto.

Si el barroco en la pintura consistiese sólo el forzar los movimientos de las figuras, y en el amaneramiento en los paños, á nadie podría con tanta razón llamarse el fundador como á Miguel Angel, que aunque efectivamente puede decirse que inicia la escuela, y la continúan sus imitadores, con especialidad los flamencos y holandeses, no logran, sin embargo, desarrollarla por completo hasta más adelante.

El barroquismo no es la corrupción de un principio admitido, es un principio nuevo que consiste en aplicar el arte completamente á la decoración; lejos de ver un amontonamiento de detalles inconexos de mejor ó peor gusto, es todo lo contrario, es la supresión de todo detalle mezquino que

no concurra á la grandiosidad del aspecto. Por eso, el ornato de la arquitectura desecha todas las minuciosidades del gótico y del Renacimiento que sólo tienen valor aisladas, hace que la talla sea más grande y abultada, al relieve sustituye la estatua. Se hacen cornisas, cuerpos, y alas salientes en los edificios, que contribuyan al efecto por medio del claro oscuro. No se procede en la pintura al distribuir las composiciones por grupos y masas aisladas, sino que se subordina todo al conjunto y al aspecto; en los paños se procede por masas y planos, en vez de cuidarse de acusar el desnudo, ó emplear *cañones* y *boquillas* que distraigan; en el color, antes que de la realidad, se cuida de la armonía y brillantez que favorezcan al conjunto siempre; pues éste, la gracia y el movimiento ó la vida son su constante preocupación.

Tiene el barroco sus principios, sus reglas, su fin, no es un caos, no es un engendro del capricho, ni un producto del mal gusto, el atraso y la incapacidad de una época, como quiere suponerse; la prueba está en que apesar de querer oponérsele trabas como jamás á ninguna forma del arte se impusieron, continuó su marcha, y sigue ejerciendo su influencia. ¿Qué significan los lamentos que lanzan alguna vez los críticos más clásicos, al reconocer talento y grandes cualidades desaprovechadas á algunos de aquellos artistas? Pues significan que sus obras les imponen, y seducen, y agradan apesar de querer ahogar con teorías preconcebidas los impulsos de su libre sentimiento.

Hasta el advenimiento de la crítica, el arte se había ido desarrollando sin obstáculos al impulso sólo de los artistas; creyó hacer grandes cosas metiéndose donde no la llamaban, y logró muy poco. A España llegó retrasada, como llega todo, y cuando fundó la Academia para contrarrestar los daños que decía habían hecho los discípulos de Borromino, Bernini y Jordán, encargó el remedio á los Hovasse, los Vanloó, procedentes de la Academia de Francia, y nuestro González Ruiz, barrocos todos de menos talento y saber que los que querían combatir. Mengs viene más tarde, pero como no practica las teorías que profesa, tampoco logra desviar el arte de su senda.

Suponiendo por un momento que el arte barroco no sea más que una perturbación del gusto de los artistas y del público, se comprendería que existiese mientras durara la ceguera; pero cuando multitud de filósofos y críticos se congregaban para combatir el mal; cuando los magnates y los Gobiernos los apoyaban, no se comprende que la aberración continuara. Sólo se aplica esto porque los impulsos del sentimiento son cosa muy distinta de los cálculos de la razón, y aquella forma denigrada satisfacía las aspiraciones de su tiempo, y éstas no pueden variarse ni por reflexión ni por capricho de unos cuantos señores.

Si el arte se apreciara por reflexión, cada forma de las que ha adoptado correspondería perfectamente á una idea, y el artista tendría muchos estilos acomodados al asunto que quisiera representar; no se hubiera visto querer apropiarse como buena la forma de los tiempos paganos á los templos cristianos, ni á Rafael trazar las Venus de la Farnesina, con arreglo á las mismas máximas que sus Vírgenes, ó que el Calvario.

Primatice y Rosso pintan en Francia los triunfos de Diana y los lúbricos amores de los dioses, inspirándose en las formas que emplearon Miguel Angel y Rafael; y más tarde bienen á España Tibaldi y Cincinato, sucesores de la misma escuela, á trazar escenas del Nuevo Testamento y Pasión de Cristo, mereciendo unos y otros gran aplauso. Si no fuera posible á un mismo artista adoptar distintas formas, cada uno adoptaría la que más se acomodase á la índole de su genio, no ejecutaría obras más que relacionadas con una clase de ideas; pero no ha sido así, sino que en cada época todos han obedecido á un principio, fuese el que quisiese el género que cada uno cultivase.

Las artes gráficas se han preocupado siempre de la forma por encima de todo; pero aun en esto mismo había habido un punto que necesitaba su completo desarrollo, y que no le tuvo hasta que llegó el barroco: era el conjunto. Tanto los artistas de la antigüedad como los de la Edad Media y el Renacimiento, habían procedido en la ornamentación de la arquitectura de una manera que era preciso apreciarla en

detalle. Con la pintura sucedió lo mismo: véanse, por ejemplo, los techos de la capilla sixtina, ó de la biblioteca del Escorial, y se observará que no se ha tratado de buscar unidad; que para apreciarlos hay que considerar aisladamente cada cuadro, cada moldura que le rodea, casi cada figura. No me parece mal, ni lo critico, como no criticaré nada que obedeciendo á un principio le cumple; señalo el hecho para hacer ver que el arte barroco obedece á un principio distinto, cual es el de subordinar todo al conjunto, y que dos cosas diferentes no se pueden comparar. El aspecto del conjunto es la preocupación constante de Borromino, de Bernino y de Cortona; la gracia y el movimiento les seducen también; pero estas dos últimas condiciones ya los artistas del Renacimiento las habían buscado en la pintura y la escultura; faltaba dárselas á la arquitectura, y se las dieron. La arquitectura barroca es grandiosa, y aparece sencilla, por muy complicadas que sean sus plantas ó sus ornatos, porque todo está subordinado á la unidad. Cuando no reúne estas circunstancias, que rara vez sucede, más que en algunos retablos españoles, es barroco malo, puesto que falta á sus principios. Se necesita toda la obcecación que proporciona una teoría preconcebida para que los clásicos no vean esto. Nunca se advierte mejor el mérito y el gusto de los barrocos que cuando se comparan sus obras con las de aquellos artistas que, queriendo complacer á los críticos, sin completo convencimiento, privaron al barroco de lo que llamaban sus defectos, para seguir siéndolo sin gracia, sin efecto y sin grandiosidad. Compárense en España las obras desde Churriguera hasta Sabattini, con las que se hicieron después en el reinado de Carlos IV, que ni son griegas, ni romanas, ni barrocas, ni tampoco originales y nuevas; que no obedecen á otro principio ni otra idea que el temor de ser tachadas con el dictado de churrigueristas. Obras que pueden calificarse malas, tanto por el ningún efecto que producen, cuanto porque queriendo remedar el antiguo arte romano, le remedan mal. Cuando hay un modelo, cuando hay una norma, las obras se pueden criticar. En pintura, ¿quién no preferirá las producciones de Jordán, Corrado ó Tiépolo, á las eruditas y alambicadas de

Mengs? Así lo hicieron sus discípulos, y, á mucha honra, continuaron siendo barrocos.

Aunque hoy en todos los ramos del arte reina, al parecer, el más lato eclecticismo, y se construyen edificios queriendo imitar á todos los estilos conocidos, tiene el barroco muchas preferencias, sobre todo en Francia. En medio de esta aparente anarquía y falta de un principio fijo, el arte moderno presenta caracteres determinados. Todos los estilos se quieren imitar, es verdad, porque se cree que hay correspondencia entre la forma y la idea que les dió ser; pero, apesar de tanto como se ha predicado, no es lo clásico lo que merece más preferencia. Se imita el estilo románico; el gótico del siglo XIII, no el del XV; el Renacimiento italiano, no el plateresco; el barroco francés, no el de Churriguera; es decir, que en cada estilo se escoge la época de mayor sencillez, de más fácil comprensión, tratando de hacer entrar todo en esa unidad y conjunto, principio primordial de los barrocos. Esto hace que las imitaciones de hoy no sean completamente tales, y que tengan cierto parentesco unas con otras, que no tenían los estilos originales, lo cual, aunque muchos no lo vean y nos tachen de infecundos, constituye un estilo propio bastante bien definido, que la posteridad distinguirá con más claridad.

Otro tanto sucede con la pintura; ni los imitadores de los pintores cristianos anteriores á Rafael, ni los que pretenden seguir la escuela de éste, ni los seducidos por el color de los venecianos y flamencos, recorren el camino francamente; todos reforman á sus modelos en el sentido de un realismo mayor.

Esto hicieron Oberveck, con Beato Angelico; Ingres, con Rafael; Cornelius, con Miguel Angel; los románticos, con Ticiano y Rubens. Los realistas é impresionistas quieren no deber nada más que al natural; pero apesar de esto, apesar del auxilio de la fotografía, ven un natural convencional semejante al que vieron los pequeños flamencos y holandeses del siglo XVII; cuando pintan cuadros de costumbres, y cuando hacen grandes obras religiosas é históricas, se aproximan más á los Carracie ó Dominiquino que á Velázquez ó

Ribera, modelos tales, sobre todo Velázquez, que aunque no se hayan visto sus obras, el que logre copiar bien el natural se ha de confundir con él; no hay más camino.

Por más que otra cosa parezca, hay entre los idealistas y los naturalistas modernos tantos puntos de contacto como entre los arquitectos que adoptan diferentes estilos. El antagonismo no es tan grande como se cree; todas las diferentes sectas se encuentran en una aspiración á lo grandioso, brillante y decorativo que dimana de la fecunda semilla de los barrocos.

He calificado este estudio de *heregías artísticas*, no porque crea lo sean las proposiciones que siento, sino porque supongo lo han de parecer á los más. Alguna indulgencia merece, sin embargo, el que sabiendo, como sé, lo cómodo, fácil y provechoso que es contentar á las gentes repitiendo lo ya dicho y halagando sus preocupaciones, tiene el valor de ofrecerse en pasto á la maledicencia por creer un deber procurar el descubrimiento de la verdad cuando se encuentra oscurecida ú oculta por las preocupaciones.

CEFERINO ARAUJO SÁNCHEZ.

10 de Setiembre de 1885.





CARTAS DE PARÍS ⁽¹⁾

Señor director de la REVISTA CONTEMPORÁNEA.



I muy querido amigo: Me pide V. *unas cuartillas*, y me las pide V. tan finamente y mostrándose tan agradecido por *ese favor*, que no puedo dejar de complacerlo aunque ignore si son cuartillas gratis ó cuartillas pagadas las que V. solicita. Pues si bien, en cuestión de intereses, soy más liberal que el mismo Gonzalo Fernández de Córdoba, que de ello ganó fama, en esto de cuartillas soy bastante roñoso por consideraciones á *mis hermanos en letras*.

Con efecto, es creencia más arraigada que encina de cien años, que el literato se mantiene de higos chumbos y agua fresca, y si se le pagan al zapatero las botas y al sombrerero el hongo, no se le pagan al escritor las cuartillas como no se

(1) Deseosos de dar la mayor variedad posible á nuestra REVISTA, hemos gestionado y conseguido que el Sr. D. Leopoldo García Ramón, distinguido literato español que reside hace bastantes años en París, nos envíe quincenal ó mensualmente—según lo exijan las circunstancias—una reseña en que se dé idea de las principales novedades que en literatura, ciencias, etc., haya en la vecina República. Creemos que nuestros suscritores nos agradecerán la mejora como nosotros agradecemos al Sr. García Ramón su valiosísima y graciosa colaboración.

le pagan al mar sus mareas, ni al Vesubio sus erupciones. Como quiera que esa creencia es falsa, téngalo V. por averiguado, comete un crimen, sin más ni más, el que contribuye á confirmarla con el ejemplo; yo no quiero ser criminal ni quitar el pan á nadie, y si alguna vez he escrito de balde ha sido por meterle un panecillo en la boca á algún editor medio tronado que suplicaba *le ayudase* con un artículo.

A este respecto, permítame V. un recuerdo, un *documento humano*, que diría Zola; en cierta ocasión, un caballero que firma con un adjetivo algo torcido y un sustantivo muy llano, publicó unas cuartillas mías; recibí los números de su periódico, lo que no tiene nada de particular; pero, pasados que fueron tres meses, *recibí el recibo de mi suscripción*, y esto ya me pareció *muy especial*, pues escribir *per amore*; vaya en gracia si es para hacer favor; pero además de... *aquello*, apaleado, se queda para los Edgardos y Alfredos que cuentan sus triunfos á la prensa musical de Italia, y con la copia alargan el valor de la composición de todo el diario. A quien se hace de miel, el editor se lo come.

Apesar de los pesares, yo quiero complacerle á V., lo repito, que por algo es V. amigo mío; pero francamente, su petición me pone en apurado trance y no me ocurre qué pueda decir que á V. y al público les satisfaga, teniendo, como tengo, malísima condición para escribir en una Revista.

¿Será uno de esos articulazos graves, amazacotados, difusos y confusos, presentuosos, de la familia de las papaveráceas, que sudan—yo no admito que los hagan sin sudar—Scherer en Francia, y alguien que yo me sé en España? Pues yo no sirvo para semejante guisado, y confieso mi inutilidad á fuer de sincero y sintiéndolo muchísimo; pues si con eso basta para ser académico, diputado, Ministro, etc., yo no haría otra cosa de la noche á la mañana, y de la mañana á la noche. Pero no sirvo; no soy amigo de frases sonoras y explosibles, caso raro, siendo... (sepa V. que al escribir este gerundio casi siempre me desmayo de horror, y ahora con el paréntesis hay que repetirlo), *siendo* andaluz. Yo adoro á los que escriben con naturalidad y claridad, y vierten ideas, y no se entusiasman con vana palabrería, con *música*; para eso

dirigirse á Mr. Brunetiere, sobre todo cuando trata de autores españoles.

¿Será un estudio filosófico, histórico, religioso, como los que tan admirablemente compone Renán, y mejor que Renán, para mi gusto, el sabroso y elegante y correcto Marcelino Menéndez Pelayo? Pues tampoco para eso sirvo, y ahora la confesión es más dolorosa; yo no soy ni tan siquiera bachiller, no he frecuentado las aulas, no puedo decir: estudié con Periquito ó con Manolito, y esto viene á significar que no he estudiado con nadie. Yo no sé nada, no tengo erudición, no estoy muy seguro de haber comprendido bien los libros que he leído, procurando instruirme y ser menos zoquete que antes de leerlos; mi cerebro es dispéptico y se asimila poca parte de los alimentos intelectuales que yo le sirvo. Y esto no es modestia, es la verdad moronda—¡fea verdad!

No tengo tampoco la autoridad de un nombre presentable; usted ya ve: llamarse *García* es lo mismo que llamarse *D. Nadie*, es de lo más vulgar, y en Madrid sólo, pasan de quinientos los Garcías; *Ramón*, ya es algo más original, como nombre convertido en apellido; pero es también muy plebeyo; los franceses llaman así á las escobas de ramiza, y en España es un apellido que se come el ganado.

Tal vez me pregunte V. ahora por qué escribo. Pues por lo mismo; los que no sabemos nada nos atrevemos á todo, y en el *palenque literario* hay muchísimos que se encuentran en mi caso, y escriben, y no se les cae la cara de vergüenza, y comen y toman café. Escribía yo á los doce años—¡los andaluces como tan precoces!—y he seguido escribiendo sin poderme contener. En cuanto á publicar, es diferente; había vivido ya treinta y cinco años cuando publiqué mi primer libro, porque me lo aconsejaron voces amigas—que también tengo yo *Voces*, sin ser Juana de Arco.—El que siguió—el libro segundo—me ha valido la aprobación de esas voces; si una de ellas me hubiese dicho: «Basta de disparates,» seguiría escribiendo, ya que es en mí enfermedad incurable, una como tisis cefálica, pero no hubiera, habría ó hubiese publicado una línea más. Ventaja llevo en esto á los otros ignorantes como yo,

que no se callan aunque les tape la boca el mismísimo Clarín. Y á propósito del valiente y simpático Clarín—y no tome usted el elogio por hábil táctica para atraerme la benevolencia de ese mi amigo, pues Alas me llamaría cien veces inepto, y cien veces le llamaría yo á él entendido y simpático.

¿Será un artículo de crítica lo que le mande á V.? Vamos á cuentas. En primer lugar, yo no soy crítico; tengo buena-mente en las venas una menudísima gota de aquella sangre de Hazlitt, Pope ó Jeffrey, de la que habla Sainte-Beuve en su artículo sobre *Madame Bovary*, y es materia imposible que no escriba lo que me parecen los libros que leo; me entra tal hormiguillo en los dedos, que se me desgastarían si no les diese gusto; pero no afirmaré si digo grandes cosas ó cosas medianas en esos desahogos que me permito; sólo aseguraré que digo cuanto siento con cabal franqueza.

La cual sonrío á todo el mundo cuando es amable, y sabe á rejalgar si es algo dura. Según me han dicho personas bien informadas, esa dama—la franqueza—no se aviene con los escritores españoles, muy delicados de epidermis, ni se aviene con la prensa madrileña, que la cultiva poco, y aun entonces muy enmascarada y un tanto dulzona. Me aseguran que de ciertos autores nunca dice nada la prensa, porque existe «la conspiración del silencio» contra ellos; dicho sea de paso, semejante *conspiración*, si existe, es una pequeñez, una ruindad, y si yo fuese crítico y Alarcón publicase un libro, diría al momento que era muy malo, ó mediano, ó excelente; diría lo que fuese, pero no me callaría aunque Alarcón no sea de los míos; esas conspiraciones no son propias de una prensa independiente. Y á quien le pique, rásquese.

Me aseguran también que existe otra conspiración, y es la del bombo perpetuo, no menos ridícula que la precedente; porque si el escritor es hombre de mollera sana—hablo por mí,—el bombo no le producirá ningún efecto, como no podría causárselo un artículo laudatorio que escribiese él mismo sobre su obra; si es un tonto, se lo creerá todo; pero no veo la necesidad de pasar la vida dando satisfacciones á los escritores tontos. Yo me ofendería si un gacetillero ó un crítico, aunque fuese Clarín, me llamase ladrón ó cobarde; de

que me apellidase pesado, sandio, mal zurcador de frases, detestable escritor, no me ofendería, aunque fuese injusto, lo que no le sucede amenudo, pues él tendría sus razones para decirme todo eso, como yo tengo las mías para admirarle á él.

Soy por manera rotundo en esto. Así es que la aparente conmiseración con que Bremón hablaba de ellas apropósito de la primera conferencia del autor de *La Regenta* en el Ateneo, me hizo sangre, y en cambio me recrea que Alas critique á Bremón; ¿por qué?... Más vale no explicarlo para no echarlo á perder. Quiero yo fraternalmente á los franceses, y aunque Wagner dijo pestes de ellos, no dejo de aplaudir á Wagner, más aún que por lo que ha hecho—y ya es suficiente,—por lo que ha pensado y ha de dar su fruto. En suma, que para los buenos autores el bombo es inútil y para los malos funesto, pues si se creen el elogio, y les incita á escribir novelas ó poesías con fecundidad extraordinaria, será cosa de perecer ahogados en *paja*, y algo de esto va pasando en París.

Lo que el escritor necesita es una crítica sagaz, sincera, seria, aunque sea cómica en la forma; para tenerla es indispensable un crítico y ahí está Clarín dispuesto; Clarín, de quien ha dicho alguien—tal vez soy yo—que es un Saint-Beuve con estilo correcto y sal cervantina; pero Clarín no debería andar, como anda, llevando sus cuartillas de acá para allá. Yo, que de ser Rey, habría tenido muchas tiranías, y habría decretado obligatoria para todo español la adquisición, por lo menos, de una novela de Galdós, y habría encerrado al que me leyese un libro prestado y al que lo prestó, yo habría llamado al director de... á cualquier director, y en su presencia habría dicho á Leopoldo Alas: «Amigo mío, V. va á pasar la vida como lo desea, leyendo las obras de los maestros antiguos y modernos, desde el *Ramayana* y la *Iliada* hasta *Germinal* y las obras póstumas de Víctor Hugo, y este caballero le pagará á V. 60.000 reales al año, á condición de que le dé V. ocho columnas de folletín todas las semanas, teniendo V. plena libertad para espetarle *las del barquero*, como V. dice, al lucero del alba, empezando por mí si me da por escribir.»

Pues V. convendrá conmigo en que es triste y aun deshonoroso para todo español, que un hombre así, tan hombre, no tenga lo que Saint-Beuve tuvo en el *Constitucional* y en el *Monitor Universal*; y para esto y cosas por el estilo sí comprendería yo una *conspiración* y cien conspiraciones; pues si los periódicos no prosperan, si los editores no saben su oficio, si no se venden cuantos libros se deberían vender, la culpa es de los escritores y de los periodistas; y esto no es una paradoja, las abomino, es una verdad que demostraré en momento oportuno.

En éste diré lo que ya me ha pasado en esa villa y corte: PRIMERA TENTATIVA. Envié, á quien poco importa, un estudio acerca de los *Episodios Nacionales*, de Galdós, y me contestaron *que era muy largo*. SEGUNDA TENTATIVA. Escribí y remití un artículo acerca del saladísimo *Pedro Sánchez*, de Pereda, y me respondieron *que era muy largo*. TERCERA TENTATIVA. Otro artículo, sobre *La Regenta*; ¡mire V. que es desgracia la mía! El periódico había hablado ya del libro. CUARTA Y ÚLTIMA TENTATIVA. De ella fué causa el *Guante*, de D. Luis Alfonso. Puedo asegurarle á V. que yo escribí aquel artículo con mucha formalidad; pero á la gente le dió por reirse, por tomar el rábano por las hojas, como si yo me burlase del Sr. Alfonso al presentarlo como *realista*, y después de mucho andar de redacción en redacción, el artículo se perdió, y sólo me llegó esta respuesta: «No podemos publicarlo. Tenemos el compromiso de hablar bien del *Guante*.» Y repito que yo no hablaba mal, pues no es hablar mal de Sócrates, v. gr., decir que era muy feo.

Conque, amigo mío: si V. es de ellos, si unas veces mi artículo se ha de quedar por corto, otras por largo, ó bien porque llegue tarde ó porque haya *compromiso*—¡mardito sean lo inconveniente! decía el gitano de Franquelo,—me voy á ver apuradísimo si me meto á criticar. Pongamos otro ejemplo, para que la carta salga ejemplar: En el número 25 de la *Ilustración Española y Americana* leo la siguiente *presentación*: «UN
»CRIMEN LEGAL, novela por D. Alejandro Sawa, que no podemos recomendar á nuestros lectores por la libertad de su lenguaje y atrevimientos que el autor se permite, estropeando

«sus dotes de escritor y su innegable fantasía por seguir caminos vedados é impropios de su talento.» Suponga V. ahora que yo leo esa novela, que me gusta, y no sólo puedo, sino debo recomendarla; pues ¿por qué pasaré yo,—y esto *pase*, que por ello no *paso* penas,—pero, ¿por qué pasará su acreditada REVISTA de V.?

En fin, V. me leerá con un lápiz azul en la mano. Que don Roque puede ofenderse... tachón; que D. Ruperto va á dejar la suscripción por lo que digo del libro de su pariente... tachón; y tachar y cantar, reemplazando con puntos suspensivos la palabra ó la frase borradas. Tal vez llegue día—y llegará si hablo de poetas,—en que toda mi carta se reduzca al título, la firma y siete páginas de puntos. Ni las calcetas de Pantagruel! A no ser que considere V. más digno de V. y de mí dejarme libertad absoluta, y acostumar á mis paisanos á la lógica. ¡Todo el mundo sabe aquí que la responsabilidad de un artículo firmado incumbe al firmante y no á la redacción del periódico! ¿Por qué no han de saberlo ahí?... ¿Y qué mal hay, en suma, en que yo diga lo que siento?...

Si bien en esto de sentir tengo ridículas tendencias, siento á veces especies estrambóticas. Me dejo resbalar muy voluptuosamente por el declive del *egotismo* sin duda por ser el *yo* lo que más concienzudamente observo. ¡Y se me ocurren unas cosas! Contar, pongo por caso, que sin estar muy lavado, peinado y lustroso no puedo yo embarcar el tazón de leche migada del primer desayuno; que siempre escribo delante de un espejo para tener un testigo y comportarme en su presencia con igual finura y pulcritud que si estuviese entre señoras, etc... Y ya calcula V. lo que esto importa tratándose de un pobre pelagatos como yo, que si lo dijese un Montaigne, éstas y otras menudencias serían interesantísimas. V. me dispensará, por consiguiente, cuando me convierta en mi propio saca-vidas, saca-palabras, *reporter*, *interviewer* ó como se llame esa calamidad de moda, que es de lo más cargante, y durará, pues explota el eterno y universal deseo del relumbrón.

Sobre este punto podría filosofar y presentar á V., como todo hijo de vecino, un riquísimo caudal de lugares comunes;

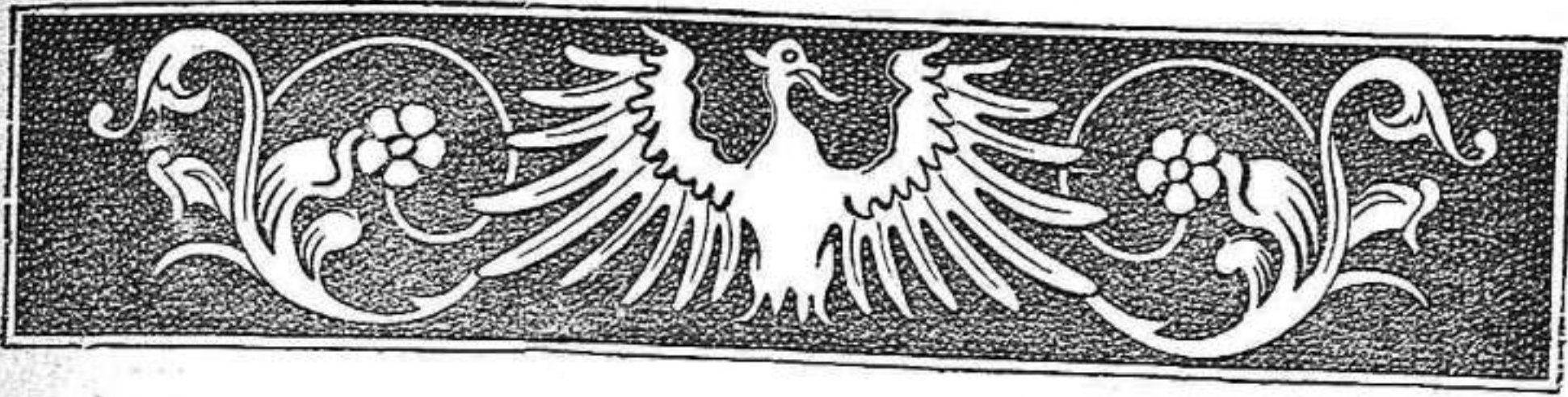
pero le pido á V. permiso para darle las buenas noches y meterme un la cama y sudar. Porque, sépalo V., y sírvame de pretexto y disculpa para las roturas y descosidos de esta carta: tengo aposentado en el cráneo un terrible resfriado, y todo mi pobrecito cuerpo tiembla de calentura, y cuando no se puede más... forzoso es terminar de cualquier modo, sin imitar á los articulistas del género añejo que buscan y reservan para el final lo más luminoso, chispeante y fulminante, como si fuesen polvoristas.

Soy de V. buen amigo,

LEOPOLDO GARCÍA RAMON.

París, 20 de Agosto de 1886.





REVISTA CONTEMPORÁNEA

PARÍS. — NANCY. — ALEMANIA. — BUDA. — SUIZA. — ITALIA



L eminente sabio Mr. Pasteur, cuya gloria llena todos los ámbitos del mundo, no sólo cura la rabia, sino que la difunde. En la capital de Francia, en los departamentos, en muchas ciudades, villas y villorrios del extranjero se ha levantado una cruzada de sabios más ó menos auténticos, de médicos sublimes, de fisiólogos de vecindad y de curanderos de campanario en contra de los estudios y procedimientos del ilustre vencedor de los microbios, lanzándose contra él toda clase de insultos y de excomuniones. Es una manera como otra cualquiera de darse importancia y de procurarse la gloria propia á expensas de la ajena. Tal manía degenera ya en verdadera rabia: la hidrofobia cunde en periódicos, meetings, tertulias y comunicaciones. El gran Pasteur, acostumbrado á tratarla muy de cerca, se alza de hombros y se sonríe cuando le dan cuenta de los ataques de que es objeto. Cree firmemente, como todos los genios, que esta es una de las consecuencias naturales de sus triunfos, porque la emulación ruin y desenfrenada se levanta siempre á espaldas del mérito, y porque es ya muy sabido entre los hombres, que á la gloria, tras de sus

luminosos resplandores acompañan siempre, doquiera que fulgura y que encuentra obstáculos, las negras y profundas sombras de la envidia.

Estos hidrófobos de la sabiduría callejera, doctores y emplasteros en su mayor parte, son tratados por los ayudantes de Mr. Pasteur por el mismo procedimiento con que tratan á los desgraciados mordidos por los animales rabiosos. No hay más que inocularles unas pocas cifras, deducidas de las experiencias efectuadas en los laboratorios, que expresen la relación que existe entre los atacados y los curados, y ponerles después á la vista las que representan los estragos que antes de ahora causaba el terrible mal, y de rabiosos se convierten en una especie de idiotas, en sistemáticos y convencidos incrédulos. Así lo ha hecho en estos días un catedrático muy distinguido de la Escuela de Medicina de París, el Dr. Grancher, discípulo de Pasteur. Su conferencia ha resultado ser una demostración evidente, irrefutable de lo eficaz del método curativo. Van tratados hasta ahora en las clínicas del insigne sabio mil ciento tres individuos, positivamente mordidos por animales hidrófobos, y entre ellos cuarenta y ocho mordidos por lobos. Hasta el descubrimiento de la inoculación anti-rábica morían el 160 por 1.000 de los mordidos por perros, y el 67 á 82 por 100 de los mordidos por lobos. Hoy sólo perecen, después de inoculados, el 7 por 1.000 de los primeros y el 14 por 100 de éstos. Contra estos datos no hay hidrofobia científica que valga.

Que no se curan todos; que la vacunación anti-rábica no es infalible. Claro está; no hay remedio alguno, de los más acreditados, ni sistema terapéutico, de los más seguros, que salven á todos los enfermos. Ni Mr. Pasteur, ni nadie, han dicho jamás que su procedimiento tuviera una eficacia absoluta. Pero véase aún cuán curiosos son los datos de estas curaciones de la rabia comparados con otros, deducidos de sistemas curativos análogos. Antes del descubrimiento de la vacuna morían el 500 por 1.000 de los atacados de viruela, y, según los profesores veterinarios, antes del empleo de las inoculaciones perecían de carbunco el 120 por 1.000 de los animales. Ahora bien; la eficacia preservadora

de la vacunación en las tres dolencias, deducida de los números que se han apuntado, es esta: para la viruela, el 21,70 por 100; para el carbunco, el 24, y para la hidrofobia, el 22,85. ¿Hay algún padre de familia que deje de vacunar á sus hijos? ¿Hay algún ganadero que tema al carbunco? ¿Es lógico ya, con los datos que la ciencia suministra, dejar de tener la misma fe en la inoculación curativa de Mr. Pasteur? En nuestro siglo positivista «Obras son amores,» y de éstas se deducen que, ante los aparatos de inyección, son vanos, estériles y ridículos todos los discursos y razonamientos del amor propio y de la emulación ignorante de los que por poseer un título cualquiera duermen sobre sus polvorientos laureles, asegurando que ya tienen hecha profesión de sabios.

La fe en su procedimiento es cada día más universal. apesar de algunos casos, que como se ha dicho, no responden á la eficacia del mismo. Jamás sabio alguno fué tan honrado y auxiliado en sus estudios como lo está siendo Mr. Pasteur. Las suscripciones realizadas para llevarlos adelante, ascienden á 150.000 francos, y en estos mismos días, el Czar de Rusia le ha remitido 100.000, animándole en expresiva comunicación á que persevere con ánimo en su gloriosa y humanitaria tarea.

¡Ojalá que tuviesen tan feliz éxito las experiencias que con verdadero empeño se vienen haciendo para disminuir los estragos de otra dolencia, no tan horrorosa al parecer, pero mucho más terrible por el número de víctimas que causa! La tuberculosis, la tisis con su espantoso carácter de contagio perfectamente determinado ya, mata en los centros populosos mucha más gente que ninguna otra enfermedad. De cada cinco personas que fallecen en París, una es por la tisis. Al cabo del año lleva este azote al cementerio 10.000 individuos en aquella metrópoli.

Respirando el aire ya respirado por los tuberculosos, poniéndose en contacto con los objetos que ellos usan, alimentándose con carnes y leches de animales tísicos, se adquiere con facilidad el mal cuando no se trae ya heredado de los padres, ó cuando no se adquiere por los vicios. Esta última causa es la que produce el mayor número de víctimas. Por

el amor nacemos, y por el abuso del amor llena la tisis los cementerios. El vino y el alcohol de los licores engendran el idiotismo, las neuralgias mortales, las parálisis y otras calamidades, pero rara vez la tuberculosis. Esto también en cuanto al abuso. El uso prudente del alcohol diluído en el zumo de los racimos y en los licores más ó menos aristocráticos, es de gran provecho para la alimentación y reparación de las pérdidas.

Un fisiólogo y médico distinguido, Mr. Fournier de Flaix, acaba de demostrar en un detenido estudio comparativo y estadístico que en las comarcas donde se consume poco alcohol, el número de nacimientos es menor y la mortalidad más grande, así como la criminalidad, y especialmente el de suicidios, que en aquellas donde se hace mayor consumo, relativamente. Esta relación hace referencia lo mismo á las provincias de una misma nación, que á naciones diversas. «Los pueblos más viriles, más ricos y más morales son los que consumen más alcohol»—dice Mr. Fournier.—«El clima—añade—es la ley del alcohol; el alcoholismo es el abuso, el uso poco inteligente de un alimento necesario, pero difícil de regularizar. Él sostiene á los mineros, renueva las fuerzas de los músculos de los trabajadores, da energía á los marinos y ánimo á los soldados. Se usa en muchas dolencias con tan conocido éxito como la quinina y el opio. Es indispensable en la mesa de estudio del gabinete de los sabios. Pit y Fox jamás hablaron en el Parlamento sino después de beber un vaso de Oporto. Thiers tomaba cada día dos ó tres copas vasos de Málaga. Lord Gladstone toma diariamente dos copas de clarete en el almuerzo y dos en la comida, además de otra de Oporto. Su consumo alcohólico ha sido evaluado por su hijo en siete gallones anuales—cada gallón tiene 4,54 litros—tres veces más que el que se consume por cabeza y por año en Inglaterra, dos veces y media la de Francia y cuatro y media la de Europa en general.» Respecto al uso de los alcoholes industriales, dice: «¿Cómo se hubieran cubierto tantas necesidades si los alcoholes industriales no hubieran venido á suplir á los de los del vino, que escasean tanto? Lejos de anatematizarlos, hay que felicitarse de su introducción

en el consumo. Gracias á los progresos generales de nuestra época, todo se repara y todo se armoniza.»

Algo más discutibles que las teorías ya victoriosas de Mr. Pasteur son las conclusiones de este apologista del alcohol. Dejémosle con la responsabilidad de ellas, y volvamos á los trabajos actuales de los grandes hombres.

El genio, único soberano de nuestros tiempos, se impone siempre contra todos los obstáculos y sobre todas las personalidades y muchedumbres. Se impuso Mr. Pasteur, tan combatido, y se ha impuesto Mr. Lesseps, tan criticado, tan ensalzado ayer, tan perseguido por la emulación internacional hoy y tan victorioso en estos mismos momentos.

No importa que un día rompiese el istmo de Suez, y que se supiera imponer á la oposición de potencias y de gentes poderosas. Aquello era muy sencillo; cualquiera lo hubiera realizado. «Lo aventurado, lo imprudente—dicen sus émulos—es querer secundar esa campaña en un proyecto imposible, partiendo los Andes, que, con su masa colosal, han resistido siempre el embate de los dos Océanos más grandes del planeta; unir dos inmensos mares que tienen diverso nivel (!!!) y antagónicas, irresistibles corrientes, ejecutando las obras en un clima mortífero, que cuesta un hombre por cada metro cúbico de material que se remueve. En Panamá ha de sepultar Lesseps la gloria que conquistó en Suez, y los capitales de muchos incautos, además del suyo.» Y á estas inocentes indicaciones y pronósticos, se agregan otros y otros de carácter diplomático, y de ponderación económica y de concepto humanitario y hasta cósmico, geológico marítimo.

«Las obras—añaden—están detenidas; no hay confianza alguna en el éxito; no hay elementos, y en prueba de ello, ahí está la urgente demanda de un cuantioso empréstito nuevo, que seguramente fracasará en todas partes.»

En efecto, Mr. Lesseps convoca á junta general en París hace muy pocos días á la Compañía del Canal Inter-oceánico de Panamá. Asisten unos 600 socios, que representan 89.000 acciones. Al entrar en el salón el grande hombre se ponen en pie y le aclaman frenéticamente, á cuya manifestación contesta agradecido, diciendo: «¡He aquí la prueba de

que nuestros adversarios son nuestros mejores auxiliares!» Presenta después el estado económico de la Compañía; se da cuenta de la situación en que se hallan las obras, y el mismo Mr. Lesseps lee con sereno y enérgico acento la Memoria redactada por el consejo de administración. La junta interrumpe á cada momento la lectura para multiplicar sus aplausos, y el entusiasmo llega á su límite cuando el glorioso viejo, rebosando salud, añade: «Se ha repetido, en daño de todos, que vuestro presidente padecía una grave enfermedad, y, ya lo veis, me parece que, hoy por hoy, no se encuentra tan mal.»

Anuncia la emisión de *obligaciones nuevas*, asegurando que se tomarán todas, y aun más, y al terminar su discurso se acuerda por unanimidad un voto de absoluta confianza en la obra emprendida, y de respetuosa simpatía para Mr. Lesseps.

«¡Con accionistas como vosotros—exclama éste conmovido,—se puede triunfar de toda clase de dificultades!»

El entusiasmo de la junta de París se extiende por toda la Francia y por otros pueblos, y el empréstito se cubre vez y media. Los amigos del gran ingeniero universal creen que de esta vez para siempre habrán enmudecido sus adversarios. La gran maravilla de nuestro siglo, la ruptura del Istmo de Panamá, será un hecho antes de poco.

Pero Mr. Lesseps no se detiene en esto. Hay otro proyecto colosal; el de la formación de un mar interior en Africa, en los desiertos que ocupan el Mediodía de Túnez y de Trípoli. Un hombre eminente, el malogrado coronel Rou-daire, concibió esta idea, hizo grandes estudios, y murió cuando se acercaba la realización. Su colaborador y ayudante, el comandante Landas, decidido á llevarla adelante, está en Africa hace años trabajando, ha abierto inmensos pozos artesianos, ha fertilizado parte de la vía del desierto, y no tiene en Francia más segura providencia que la del gran Lesseps. Este ha aceptado la tutela del proyecto con grande empeño; se ocupa sin cesar de ella, y en estos días ha dado cuenta á la Academia de Ciencias de los notables trabajos de su protegido, que confía en emprender sin vacilación y con éxito seguro la grandiosa obra de unir en su día el puer-

to de Gabes por el curso del río Ouad-Malah con el abrasador territorio que se ha de convertir en mar.

Otro nombre ilustre corre de boca en boca en estos momentos por la Francia y por la Europa sabia: el del gran físico electricista Mr. Marcel Deprez, triunfante en el difícilísimo y trascendental problema de la trasmisión de las fuerzas á grandes distancias por medio de las corrientes eléctricas. El éxito más completo ha coronado sus experiencias, efectuadas entre Creil y París, á una distancia de 60 kilómetros, trasportando del uno al otro punto por los hilos metálicos conductores, con una pérdida relativamente pequeña, una fuerza de 100 caballos. Resuelto, de hecho, el problema, el tiempo tomará el encargo de generalizarlo con todas sus grandes, sus increíbles ventajas. Mr. Mauricio Levy ha dado cuenta de este gran triunfo en la Academia de Ciencias. En el mundo industrial está llamado á producir una verdadera revolución. La invención del vapor trasfiguró en breve tiempo las condiciones y la vida del trabajo: el trasporte de la fuerza hará más, muchísimo más en este sentido. Los grandes talleres y fábricas de vapor han matado las industrias pequeñas; la trasmisión de la fuerza motriz las resucitará como por encanto. Se alzarán establecimientos donde quiera que puedan utilizarse las fuerzas naturales que hoy se pierden, y éstas se transmitirán en hilos, y en todas direcciones á los talleres, á los almacenes, á las fábricas pequeñas y grandes, á las casas particulares, para ser utilizadas de nuevo en forma de trabajo, ó de luz.

Renacerán de nuevo, en efecto, las industrias pequeñas, independientes, artísticas, originales y á la revolución industrial seguirá sin remedio la artista, la moral, la revolución social, la trasformación del trabajo y de los trabajadores tal vez. La canalización y distribución de la fuerza se hará como se hacen hoy la del gas, la del agua ó la telefónica, convirtiéndose en un servicio público ordinario, cumpliéndose de nuevo, en este asunto, la ley de la solidaridad colectiva. Se utilizarán las corrientes de los ríos, los saltos, las presas y las cascadas. En Baleze han creado ya una sociedad para aprovechar la fuerza motriz del Rhin. Los yankees no cejan en sus colosales propósitos de sacar partido de la energía del Niága-

ra. Nuestro siglo está llamado á ser aún testigo de incomprendibles maravillas. ¡Feliz el que pudiera contemplarlas, siquiera en su mayor parte, disfrutando del incomparable don de vivir largos años!

Tal suerte ha tenido, como poquísimos en nuestro tiempo, el sabio químico francés Mr. Chevreul, á quien mañana, cuando esta REVISTA llegue á manos de mis lectores, honrará y festejará todo París por haber llegado á cumplir los cien años de edad. Este insigne maestro de tantas generaciones disfrutará en vida de su apoteosis gloriosa, como le sucedió á Víctor Hugo. El Gobierno, los hombres de ciencia, los banqueros, los estudiantes principalmente, todas las clases de París han contribuído con su óbolo cariñoso á que se celebre con gran solemnidad la fiesta en honor de este viejo maravilloso, que, «apesar de su siglo,» aún trabaja en su laboratorio y en su cátedra.

Mañana, día 31, se inaugurará su estatua en la sala principal del *Museum*, teatro obligado de sus trabajos y triunfos científicos, honrándole en vida los Ministros, las delegaciones de las facultades, de las Academias, de los cuerpos sabios y de las Sociedades científicas nacionales y extranjeras. Después, en el Hotel de Ville, en la sala de Saint-Jean y en el patio central, convertidos en jardines, se dará un banquete grandioso, y por la noche los boulevares de la capital presencián el desfile de las músicas de la guarnición en una gran retreta *aux flambeaux* hecha también en su obsequio.

¡Cuán hermoso es el espectáculo de un pueblo culto y agradecido que convierte en un día de fiesta nacional el del cumpleaños de un modesto catedrático á quien deben tantos progresos y beneficios la humanidad y la ciencia!

El espíritu científico de Francia, que honra en estos momentos á Pasteur, á Lesseps, á Chevreul y á Deprez, acaba de celebrar su Congreso y reunión anual de verano en Nancy. Las vacaciones permiten á muchísimos hombres eminentes asistir á estas grandes asambleas de la inteligencia, en las que se resumen los adelantos del año entero, sintetizándolos en especiales estudios. Sus enseñanzas son una luminosa guía para las muchísimas gentes cultas que se preocupan hoy

en Europa del estado de las ciencias puras y aplicadas. La Asociación francesa para el progreso de la ciencia se ha dividido en Nancy en diez y siete secciones, correspondientes á otras tantas órdenes particulares de conocimientos, y en cada una de ellas se ha discutido y dicho lo bastante para publicar un tomo de especiales investigaciones y resultados. Dignas de leerse, sobre todo para nuestros propietarios españoles, son las que se refieren á las actuales condiciones de vida de la agricultura francesa, en cuyos trabajos han tomado parte en el Congreso los sabios catedráticos Dehérain y Grandeau, los economistas Levasseur y Alglave, los diputados y publicistas Frederic Passy é Ives Guyot, el sabio diputado del Reichstag alemán Ch. Grads, y en fin, hombres tan respetados en estos conocimientos como Durand-Cloye, Raffalovich, André Saguier y otros.

El eminente Dehérain, que tantos discípulos, hoy grandes ingenieros, ha educado en Grignon y en el Jardín de las Plantas, ocupándose de la producción y derechos del trigo, ha dado muy notables conferencias. Con su acostumbrada sencillez, tan difícil en la cátedra y en la oratoria, aunque parezca lo contrario, ha expresado en esta fórmula los elementos del producto neto del cultivo, indicando los que modifican el resultado definitivo:

$$P = RV - (E + L)$$

que dice: el producto líquido es igual al producto de la venta en bruto de la cosecha (RV), menos los gastos del abono (E), menos los gastos fijos de contribución y cultivo (L). Para aumentar el producto neto, es necesario aumentar el término positivo, la cosecha; ó disminuir los negativos, los gastos. Esto último no es, ni muy fácil, ni de grandes resultados. Hay que pensar en el aumento del producto bruto, para lo cual existen dos caminos: ó producir mayor número de quintales, ó aumentar el precio de la venta. Del segundo, que es el que los labradores buscan, provocando el aumento de los precios por el de los derechos protectores, apenas se obtiene una parte muy pequeña de este aumento artificial. Es preferible seguir el primero, según lo demuestran

las experiencias agrícolas. Empleando mayores cantidades de abono para clases especiales de trigo, que, como el rojo de Escocia, el sholey y el browick, tienen mucha resistencia, se han obtenido en Grignon de 35 á 40 quintales métricos de trigo por hectárea, con 60 á 80 quintales de paja. En el cultivo ordinario el producto por hectárea no pasa de 500 francos, y con ese procedimiento se eleva á 900 y á 1.100. Los resultados de los departamentos del Norte han sido aún más satisfactorios, pues que se han obtenido de 45 á 50 quintales; es decir, doble del producto que se saca de las tierras de primera calidad de Francia.

Otros miembros del Congreso se han ocupado en esta sección del «terror del día,» del trigo de la India. La producción crece en aquel país proporcionalmente al desarrollo de los ferrocarriles. En 1876 había 12.000 kilómetros de vías férreas y un millón y medio de hectáreas de cultivo de trigo. En 1883 17.000 kilómetros y de 6 á 7 millones de hectáreas; actualmente hay 30.000 kilómetros y 12 millones de hectáreas cultivadas. La comarca del Pendjab, la provincia de Ouda y las del Noroeste, siembran 5 millones de hectáreas; pero allí el consumo indígena absorbe las siete octavas partes de esta producción. En la India Central, donde la población se alimenta de arroz, se exporta casi todo el trigo que se produce, dirigiéndose á Europa desde los puertos de Bombay, Calcuta y Kurruchae. Según la opinión de los sábios, las exportaciones van á continuar en aumento, y por consiguiente, es casi seguro que hemos de asistir antes de pocos años á grandes crisis y trasformaciones en el cultivo, en los mercados y en las condiciones de la vida de nuestras comarcas agrícolas. En la economía política, en la legislación, en la historia, en la antropología, en las ciencias naturales, en casi todos los ramos del saber ha sido fecunda la Asamblea de Nancy, y los hombres estudiosos podrán, de seguro, ocupar largas horas en agradable y útil entretenimiento, cuando se enteren de estos trabajos en los periódicos especiales que en el mundo culto ven la luz.

En sus excursiones de costumbre, los individuos del Congreso han sufrido algunas sorpresas. Una de ellas ha podi-

do tener verdadero carácter de conflicto internacional, porque deseando los sabios visitar una montaña muy curiosa para las investigaciones geológicas é históricas, que se halla situada no lejos de Nancy, en el territorio anexionado por Alemania, se vieron detenidos por una ruda prohibición militar al intentarla, y hubo necesidad de demostrar al jefe que impedía el paso, que la ciencia es cosmopolita, inocente en sus propósitos de guerra y provechosa á todos, y que, así como el Congreso había admitido en su seno á dignos miembros alemanes, nada tenía de particular que Alemania admitiera á los sabios en su país para que estudiasen las maravillas y recuerdos de la naturaleza.

Por lo demás, bien sabe Alemania que desde hace quince años, á despecho suyo, viene siendo estudiada y analizada en todos los detalles de su vida política y social, aunque no en lo más íntimo de su existencia militar, cerrada con verdaderas murallas de hierro á las extrañas investigaciones.

En estos momentos en que las clases obreras de Francia y Bélgica sufren una profunda crisis, y en que vuelve á asomar de nuevo en el horizonte el problema social, los hombres prácticos fijan sus ojos en Alemania, para estudiar, como remedio, las instituciones de crédito mutuo, las sociedades cooperativas, que tanto bien han producido en el pueblo alemán. Todos ellos recuerdan lo que recíprocamente ha sucedido. El celeberrimo juez de partido, el apóstol y economista Schülze-Delitzsch, diputado de la Asamblea prusiana en 1848, al conocer el profundo malestar de millares de industriales, comerciantes y agricultores, que por falta de crédito vivían casi en la inercia y morían de hambre, formuló un proyecto de asociación y solidaridad entre ellos para que mutuamente pudieran ayudarse. Fundó este grande hombre todo su sistema un aquellas máximas de: «*Ayúdate á tí mismo.*» «*La unión es la fuerza,*» predicando la bondad de la unión y de la cooperación á unos pobres zapateros, vecinos suyos, allá en su aldea de Delitzsch en 1850, los cuales aceptaron sus sabios consejos constituyendo la primera asociación, y cuyo ejemplo siguieron en seguida muchos gremios y muchos pueblos. Tuvieron los sostenedores del pensamiento sus enemi-

gos, sus grandes obstáculos, sus momentos de grave peligro y sus consiguientes amarguras; pero se impusieron al fin, en términos tales, que en 1883 había constituídas en Alemania 2.000 sociedades cooperativas, de las cuales sólo 922 contaban con 466.575 socios, pequeños industriales, comerciantes y agricultores todos, con un fondo especial de 155 millones de francos, una suma de empréstitos de 330 millones de estas sociedades á banqueros y otra de préstamos de las mismas á sus asociados 1.867 millones de francos.

Schülze, que perseguido por el Gobierno y enfermo, se había retirado desde el destierro á su pueblo, se encontró pobre al principio de su propaganda, y sobrevivió mientras contribuía con sus consejos y con su actividad á redimir de la pobreza á sus compatriotas, hasta que, reconocidos estos á sus grandes favores y á sus sacrificios, determinaron reunir por suscripción pública, en toda la Alemania, los fondos necesarios para que viviese dignamente.

Muy pronto se recogió, en donativos de sus admiradores, la cantidad de 185.000 francos, que en un día solemne, y en medio de una manifestación entusiasta, le entregó en Postdam el Presidente del Tribunal de Cuentas, el ilustre Lette, por encargo de la Alemania reconocida. El principio de la cooperación salvó en aquel país á millares de las familias más pobres de la clase media y á muchos obreros. «¿Por qué no nos aprovechamos de esa institución tan beneficiosa y grande—dicen hoy muchos hombres públicos de Francia,—ya que no costará á los que la promuevan é instalen más que el trabajo de imitarla?» ¿Qué importa que el procedimiento sea alemán si es bueno? El beneficio debe aceptarse, venga de donde venga, sin perjuicio de que la guerra intelectual de pueblo á pueblo continúe más implacable cada día, como en efecto acontece. Los alemanes estudian y describen la Francia á su gusto, y los franceses no les van en zaga.

En todas las manos anda en estos días un libro de Mr. Saint-Cère, titulado *Allemagne telle qu'elle est*. Su autor, después de haber vivido muchos años en el nuevo Imperio, hace un detenido estudio de los grandes personajes, de los militares, de los artistas, de los profesores, de los estudiantes, de los pe-

riodistas, de las damas, de las sociedades, de los criados y de todo el mundo teutónico en fin.

«La Alemania es un cuartel inmenso—dice,—y el alemán, sencillamente un soldado. Para él no hay más que militarismo y jerarquía; las dos bases fundamentales del colosal edificio alzado por Mr. de Bismarck. La disciplina y la obediencia; he aquí la característica de los alemanes.....» Este militarismo produce en su contra el socialismo, cuyo aumento marcha en una progresión espantosa. En 1875 había en Berlín 2.058 electores socialistas; en 1885, según la estadística oficial, se han contado 62.579. Alemania caerá, al fin y al cabo, bajo poder de los socialistas, y sin embargo, un poco de libertad en el presente evitaría seguramente esa catástrofe para el porvenir..... Las familias se ocupan exclusivamente de la instrucción de sus hijos, pero muy poco ó nada de la educación. El maestro es dueño y señor absoluto en su escuela; nadie acude á ella á hacerle observaciones ni á imponérsele; ni el alcalde, ni el cura, ni el inspector. Tiene el derecho de corregir y castigar, pero jamás abusa de él. Es respetado en todas partes el señor maestro—*Herr Lehrer*,—por los niños y por los padres, y se le habla siempre con el sombrero en la mano, lo mismo en los pueblos que en las aldeas. Él es el que prepara la generación militar que forme la base del poderío de Alemania, lo que ha permitido poder repetir que «el maestro de escuela es el que venció en Sadowa.»

Este carácter autoritario, disciplinado, orgulloso y militar se echa de ver en todos los actos públicos y en todas las fiestas; y, dígase lo que se quiera, ha eclipsado recientemente á las letras en las solemnidades del centenario de Heidelberg, donde la Alemania militar ha dejado atrás en sus tendencias y manifestaciones á la Alemania académica. Y ha repasado las fronteras y ha hecho exclusivamente militares á los franceses, á los rusos y á los austriacos. Hoy, todas las grandes solemnidades son guerreras, ó en todas ellas se hacen alardes de exagerado militarismo.

En los momentos actuales celebra la populosa y afamada metrópoli de Buda el segundo centenario de su reconquista, de su emancipación del poder de los turcos, cuyo re-

cuerto tiene todos los caracteres de una fantástica leyenda.

Allí, la flor y nata de la aguerrida juventud, que es, en suma, casi toda la de Buda-Pesth, ha invertido grandes cantidades de ingenio y de dinero en preparar la maravillosa cabalgata-recuerdo de la toma de la ciudad por los cristianos. Han desfilado en ella con grandes galas el heroico vencedor Duque de Lorena, seguido de los suavos, francones y brandemburgueses, entre los cuales figuraba el mayor Bismarck, bisabuelo del Canciller alemán; el Príncipe Eugenio de Saboya con sus dragones; el elector de Baviera; un tren de 200 cañones; el vencido Abdurrahaman Pachá; los combatientes de Stuhlweissenburgo; los cuerpos aventureros castellanos, italianos y franceses y la representación completa de cuantos tomaron parte en el sitio y asaltos de la gran llave guerrera del Danubio.

Los periódicos austro-húngaros vienen llenos en estos días de curiosos y múltiples detalles de tales fiestas. En todos ellos se desborda la ostentación de las aficiones militares, aristocráticas y de gran tono que caracterizan á los elementos más salientes de las naciones centrales de nuestro viejo mundo europeo. El semanario satírico *Pesti-Hírlap* ridiculiza en un cuentecillo alegre la pomposa manía de los apellidos, aunque á estilo portugués, se engríen los jóvenes novatos, aristócratas del ejército.

Un soldado de infantería solicita del capitán de su compañía que le permita salir por la noche á presenciar las fiestas, diciéndole:

—El granadero Pedro Kalmaniczay de Goergetet, Kis y Navagilabod, Bydesfa y Kalmaniczay pide á V. permiso para estar fuera del cuartel hasta media noche.

—¡Cómo se entiende!—contesta furioso el capitán—salir Kalmaniczay y además Georgetet, y también Kis y con él Navagilabod y luego... ¡qué sé yo cuántos más! Es decir, casi la compañía entera... ¿Se habrá visto atrevimiento semejante?... Nadie saldrá esta noche del cuartel.

Consérvanse, en efecto, con gran empeño en mucha parte del imperio austro-húngaro, apesar de la avalancha de ideas modernas, las tradiciones genealógicas, las aficiones heráldi-

cas, y por cierto, más fuertes cada día las tradiciones de la fe católica. Harto ruido ha metido en esta quincena entre los turistas de Suiza y del Mediodía de Francia la peregrinación austriaca al santuario de Lourdes. Presidíala el Conde Lippe, bajo la dirección religiosa del padre Macarius, é iban en ella, entre algunos centenares de peregrinos, la Condesa Szapary con sus tres hijas, el consejero imperial Zschokke y el célebre comerciante de imágenes Heind'ly. La bandera que llevaban, y que como recuerdo votivo han dejado en Lourdes, es un prodigio de paciencia y de trabajo. Lleva bordados en sedas y oro, formando una cruz de medallones, los trece santos patronos de los Estados de Austria, cuya rica labor ha sido ejecutada en diversos conventos de monjas del imperio.

Su paso por Berna en Suiza, fué un verdadero acontecimiento de curiosidad, produciéndose en la estación gran tumulto á consecuencia de que los vendedores de bebidas y refrescos se negaban á aceptar los kreutzers y otras monedas austriacas con que los peregrinos quisieron pagar el gasto hecho.

Es asombroso el número de viajeros que han llegado á recorrer la Suiza en este verano. Las ganancias de los hoteles son mayores que nunca. Sobre todo en Lucerna y alrededor del lago de los Cuatro Cantones, la afluencia de gentes es admirable. En Vitznan, donde se toma el famoso ferrocarril del Rigi, parecen la población y sus alrededores una feria permanente. Con decir que, por ejemplo, en los días 22 y 24 han hecho la ascensión del inolvidable *Regina Montium*, desde dicho pueblo á Rigi-Kulm de 48 á 52 trenes con un total de 2.500 visitantes, está hecha toda la ponderación necesaria.

No todos los turistas hacen los viajes á las nevadas cimas de los Alpes en el cómodo departamento de un tren de vapor. La mayoría de los excursionistas de buena raza continúa corriendo grandes riesgos por escalar las cumbres colosales de la cordillera. Las catástrofes se repiten, y una de las que más han conmovido la atención de este mundo de animosos aficionados á «encaramarse en los más altos puestos de Eu-

ropa,» ha sido la que ha ocurrido en el Monte Cervino, que los alemanes llaman Pico del Matterhorn, y de Monte Silvio los italianos. El Monte Cervino está situado entre las grandes cimas del Gran San Bernardo y el Monte Rosa, en la sierra meridional que separa al cantón suizo de Valais del Piamonte. Tiene 4.482 metros de altura, y fué escalado por primera vez por el ilustre profesor inglés J. Tyndall. Subieron á él en 1865 los ingleses Hudson, Lord Douglas, Hadow y Whymper con tres guías, y perecieron todos ellos menos el último y dos guías, al derrumbarse en un precipicio de 1.300 metros de profundidad.

Hace muy pocos días ascendieron hasta la cumbre, con felicidad, el profesor Frederick Bourckhardat, con otros dos ingleses, dos holandeses y siete guías, y al descender se vieron sorprendidos por una nevada que duró treinta y seis horas, y que les aisló completamente. A fuerza de grandes socorros pudieron salvarse casi todos ellos, aunque la mayoría con las manos y los pies helados, que después perdieron por la amputación; pero Mr. Bouckhardat pereció en medio de las avalanchas de nieve, sin que la expedición de salvamento pudiera llegar adonde se encontraba. En el pueblecito de Zermat, que es de donde parten los expedicionarios, hay más de 20 tumbas de personas notables que han perecido en pocos años en las ascensiones al Cervino, al Fiudelen, al Riffelhorn, al Zisckam, al Joderhornli y otras alturas de la grandiosa cordillera, que es una de las verdaderas *estaciones de verano* donde se disfruta de bastante fresco en esta ardiente temporada.

Allí en la famosa república, lo mismo en los bordes del lago de Ginebra, que en las cercanías del Rigi, que en el Oberland y en Interlaken, que en los Alpes, que el país de los Grisones, es donde se encuentran los tipos de los verdaderos turistas, que reúnen las tres grandes condiciones del viajero moderno: talento, dinero y valor. La mayor parte de ellos han visitado el mundo entero, y han escrito interesantes volúmenes de estudios curiosos y de impresiones propias.

Desde jóvenes aprendieron aquellos preceptos de:

«*Qui songe á voyager
Doit savoir écouter,
D'un pas egal marcher,
Ne point trop se charger.
Dés l'aube se leber.
Et soucis oublier,*»

y modificándolos ú olvidándolos con arreglo á las circunstancias, gustan de ese envidiable pasatiempo, del gran placer de los placeres, para las personas cultas: del viajar.

¿Hay nada más placentero después, que el eco de esas ilustradas correrías, esparcido á todos vientos por la prensa en forma de narraciones personales? Según los gustos del narrador, así nos pinta el mundo moderno que acaba de ver, haciéndolo desfilarse ante nuestra contemplación como en un panorama fotográfico, ó descubre el mundo de los recuerdos, la vida del pasado, que ha logrado descifrar y estudiar, presentándolo á nuestro entendimiento como magistralmente colocado en un museo.

Buena muestra de ello son, por ejemplo, el precioso libro que acaba de publicar Mistress Howard Vincent, con el título de: *Forty thousand miles over land and water*: «Diez y seis mil leguas por tierra y por mar,» y que ha escrito durante su luna de miel, visitando los Estados Unidos, Sandwich, So-moa, Nueva Zelanda, Java, la India inglesa y otras regiones; ó el que el ilustre Charles Iriarte acaba de dar á la estampa, para regocijo de los amantes de las artes, con primorosos y admirables grabados, y que se titula *Matteo Civitali*.

Iriarte, el insigne autor de las conocidas obras: *Vic d'un patricien de Venise*, *Rinci* y *Malatesta*, ha hecho una verdadera revelación al sacar del olvido el nombre y las obras del escultor Civitali, hijo de Luca, cerca de Florencia, que brilló á fines del siglo XV. Para ello, ha viajado de nuevo, como peritísimo conocedor del arte, por toda Italia, en busca de las obras que se conservan de este genio florentino; las ha estudiado en Sarzana, en Génova y Carrara, ha registrado numerosos archivos, ha hecho fotografiar cuanto queda de sus trabajos y ha enriquecido la historia de la escultura con la del

inspirado maestro, cuyo nombre irá en adelante unido al de sus contemporáneos Mino di Fiesole, Verocchio, Donatello, los Rossellini y Luca de la Robbia.

¡Dichosos aquellos que viajan, no gozando tan sólo con los atractivos de la mesa, de la sociedad, de los espectáculos y de la satisfacción constante de la propia vanidad que se esfuerza en rendir culto á la moda, sino contando con el caudal suficiente de inteligencia y de buen gusto para sentir los elevados placeres que producen la contemplación de las maravillas del arte, de los recuerdos de la historia y de la poesía de la naturaleza! Por estos atractivos, Italia reúne bajo su hermoso cielo la flor de los turistas cultos, aun en estos meses de ardiente temperatura. Tanto más verdadero resulta, cuanto más se repite, el que allí todo es arte y poesía. Los trabajadores de los talleres de Florencia, Frosinove y Avelino, son tan inspirados, aunque populares vates, como los montañeses labradores de Aguila de Campobasso y de Potenza, como los pescadores de Anconce, de Terracina, de Foggia y de Tarento. Se improvisan y recitan cantares en la aldea, en torno de los montones de trigo y de los lagares donde la vid se pisa, lo mismo que en las academias y en los palacios. El Papa mismo dedica sus ocios, si es que puede tener algunos, á cultivar el arte divino de la inspiración. Recientemente se ha impreso un notable volumen de sus obras. Entre ellas, no estará seguramente ésta, que compuso en los primeros meses de su pontificado, en ocasión en que algunos artistas, amigos suyos, hacían bellos trabajos fotográficos en los jardines del Vaticano:

«ARS PHOTOGRAPHICA.

*¡Expressa solis speculo
Nitens imago, quam bene
Frontis decus, vim luminum
Refert et ores gratiam!
¡O mira virtus ingenii!
¡Novumque monstrum! imaginem
Natura Apelles æmulus
Non pulchriorem pingeret.»*

Cuya traducción dice: «El arte fotográfico. La imagen brillante del sol, reproducida en el espejo, ¡con cuánta exactitud representa la dignidad de la frente, la energía de la vista y la gracia del semblante! ¡Oh, poder admirable del ingenio! ¡Oh nuevo portento! Apeles, fiel imitador de la naturaleza, no pintaría retrato más precioso.»

Como Carlos Iriarte, el historiador de los artistas, ha explorado á Italia para resucitar una gloria del genio, que brilló hace cuatrocientos años, otro publicista de raro mérito y de perspicua inteligencia la ha recorrido también en gran parte, para determinar en los lugares escénicos que inmortalizaron con sus versos los grandes genios de la Edad de Oro de las letras romanas, hace ya cerca de nueve siglos. En efecto, Mr. Gastón Boissier, saliendo de Roma por la antigua *Vía Valeria*, dejando atrás la colina aventina y país de los viejos Mursos, llega á Varia entra en los vallecitos que fertiliza el Licenza; y describe el paisaje de Roccagiovine, donde cerca del emplazamiento de una sonora y fresca fuente que jamás deja de correr, se supone que estuvo la casa de Homero, y donde engolfado en sus inspiraciones, no echaba de menos el bullicio y los placeres de la ciudad de los Césares. Y, determinado este punto, va al Mediodía de la Península y á Sicilia, á recorrer el itinerario que resulta marcado por Virgilio en los principales pasajes de la *Eneida*. Como resumen de sus dos viajes, publica un libro de primer orden, titulado: *Nouvelles promenades archéologiques*, que es un verdadero regalo para los espíritus cultos y para los amantes de la antigüedad clásica.

Sin embargo, en materia de placeres de viajes, se cuida muy poco de los de esta índole nuestro moderno mundo positivista, que gasta, en estos momentos, alegremente su dinero. Se busca el placer, no por lo que á lo espiritual eleva, sino por lo que á lo físico agrada. El placer es como el negocio, que se cuida poco de ideales, fantasmagorías relativas, en general, al pasado ó al porvenir. Todo se aprecia según su valor positivo en el presente. Las abstracciones de la inteligencia, ¿en qué mercado ni entre qué gentes de sentido práctico se cotizan? He aquí, para terminar, un sucedido bien elocuente, y de estos mismos días:

En Chioggia, en las cercanías de Venecia, no han faltado viajeros este año, apesar del cólera que se ceba regularmente por aquellos pueblos. Hay en el barrio del puerto un agente, hombre rústico de la playa, que entre otros encargos tiene el de recoger huesos humanos completos, donde quiera que pueda desenterrarlos, y que envía á una casa manufacturera de Viena, que se dedica á la especialidad de armar esqueletos para los gabinetes de estudio. Cómo se las gobierna es cosa que no se sabe, pero él saca de Venecia y de la comarca toda abundante cantidad de vértebras, tibias, cráneos, costillas y demás piezas óseas que le valen, según dice, muy buenas ganancias.

A principios de Agosto, cuando arreciaba la epidemia, llegó á Chioggia el sabio doctor alemán Franz Kugler con su criado Mosch. El doctor era un hombre flaco, pequeño, encogido y un tanto cargado de espaldas; en cambio su ayuda de cámara era un montañés del Hartz, alto como un coloso y rubio como un sol. Bien pronto supimos en Chioggia que el Dr. Kugler tenía fama de ser una de las eminencias médicas de Alemania y que había escrito más de cincuenta volúmenes de obras científicas. ¡Oh qué portento!

En cuanto llegó se dedicó á estudiar el microbio, y en cuanto empezó el estudio se apoderó el microbio de él y lo mató. Su criado Mosch le asistió como un padre y pereció á su lado.

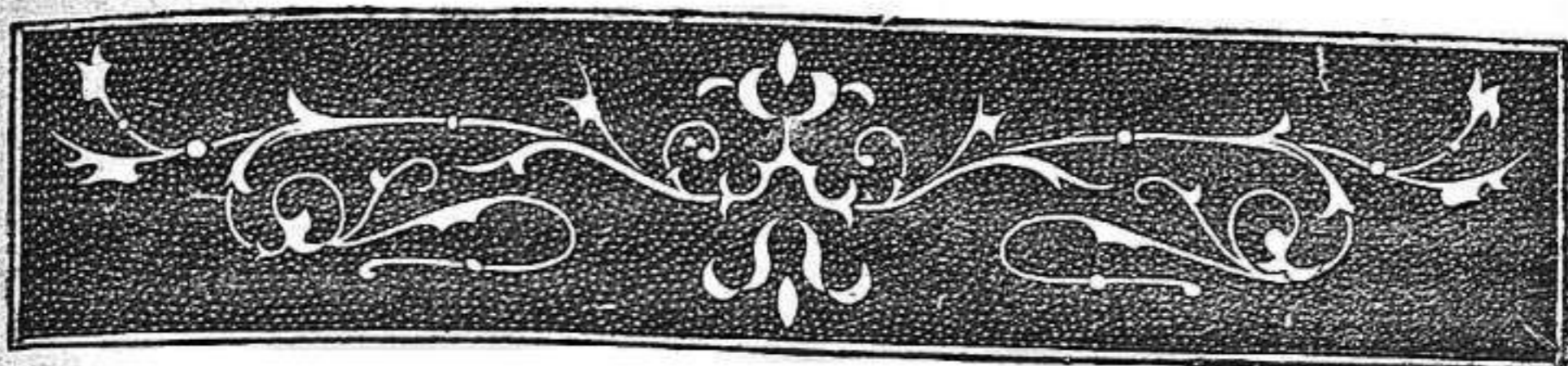
—¡Qué lástima de hombre!—exclamó en coro toda la población.—¡Cuánto valía! ¡qué desgracia tan terrible! ¡qué hombre tan grande!—Y nadie se acordaba del pobre Mosch más que el agente del puerto.

—Vea V. lo que son las aprensiones del mundo—me decía;—yo, *mirando las cosas por el lado práctico*, he creído siempre que el criado valía más que el doctor, y dentro de poco se ha de demostrar lo que digo.

—¿Cómo es eso?—exclamé asombrado de su afirmación.

—Pues nada más sencillo; ¡nadie me querrá comprar el esqueleto de Herr Franz Kugler, y en cambio, de seguro que me vale 200 pesetas el de Mosch! No hay como mirar las cosas por el lado práctico.

MIGUEL BECERRO DE BENGOA.



EL MOSÉN⁽¹⁾

CONTINUACIÓN

CAPÍTULO XI

DECLARACIÓN



RASCURRIERON cuatro días sin que aconteciera algo digno de contarse. Nada se sabía en Cris-
tierna del cuerpo de ejército que mandaba el Mo-
sén: las únicas noticias que hubo no podían ser
más satisfactorias; los conductores de un teniente herido,
declararon que los carlistas habían tenido un victorioso en-
cuentro con los liberales, siendo muy probable que hubiesen
ido en su ataque mucho más lejos del pueblo de Zadorra
donde las tropas del Gobierno acampaban.

Los elogios que con este motivo se hacían del valor mili-
tar y la pericia de Jaime Parolla, tocaban ya los límites de
las más exageradas hipérboles. Mientras, en su casa, reinaba
la calma más completa, tanto por las felices nuevas que del
teatro de la guerra se tenían, como porque Sedini, el médico,
con el objeto de que Augusto recobrase cuanto antes la sa-

(1) Véase el número anterior.

lud, había impuesto un régimen de silencio y de orden que fué rigurosamente obedecido por todos.

La mañana quinta, después de la salida del Mosén, amaneció rica de sol y de alegría.

La casa de Jaime Parolla no contaba aquel día con más de dos habitantes: Augusto Monpavón y la Caspia.

En la alcoba en que dormía Augusto penetraba la luz del sol en figura de un paralelogramo de gusanillos de oro que se movían sin cesar. Estaba, pues, la pieza alumbrada por un vivísimo reflejo, que ya muy cerca de las nueve, hizo despertar al capitán. Y á poco que se observaran sus ojos, su frente, y en general todo su físico, pudiera decirse que despertaba alegre y como satisfecho de su sueño. Contribuía no poco á la complacencia de su rostro, el hallarse mucho mejor de las heridas; hasta el punto de proyectar pedir permiso al amable Sedini en cuanto entrara en la habitación, á la cura ordinaria, que ya que los días anteriores había estado condenado á dieta alimenticia y de conversación, le consintiera, como extraordinario, el levantarse un poco, comer un algo y hablar un mucho. Favores tres, que estaba en la seguridad de conseguir de D. Salvador Sedini, su amigo y consejero.

Y si podía notarse la modificación del exterior de Monpavón, que revelaba una pequeña dosis de ventura en medio del jaroque de su endiablado humor, era porque los días anteriores (que ya hemos dicho pasó casi solo), hizo limpieza general en su espíritu, desempolvando las negras ideas que le atormentaban como garfios, y dejando á todas las que llenaban su cerebro relucientes y claras, cual si fueran de cristal. Pensando y pensando, con el objeto de matar el tiempo, llegó á plantear en el verdadero terreno su anómala situación: y dejando á su razón que hablara claramente y con justicia sobre lo que en él procedía, llegó á deducir unas consecuencias tan optimistas, que le sumergieron en un oasis de felicidades sin término.

—Aquí lo que hay es—se había dicho á sí mismo—que mi amor por la libertad, mi fanatismo por las ideas modernas, son mitos inapreciables al lado del cariño loco que ten-

go á esa muchacha. ¡Parece mentira!... Si á mi madre la hubiesen dicho que yo había de enamorarme alguna vez, se hubiera reído como del mayor disparate que sus oídos escucharan. Yo, que he maldecido contra la sociedad; que he tenido aversión á ese abrazo estúpido del matrimonio, que no sirve más que para hacer de un hombre un papanatas; que me he burlado de todos los amores, desde el divino-hasta el de la lumbre; por un simple encuentro casual, imprevisto, rodeado de detalles novelescos, estoy perdido de cariño por Paz: y el mundo y la sociedad dicen que la hice desgraciada, cuando tal vez al unirla en aquel instante á mí, la encadené para siempre á mi razón, haciendo que ella tenga casi obligación de amarme... ¿Quién no me dice á mí que ahora, con un poco que yo ponga de mi parte, no pudiera amarme María de la Paz?... ¿Quién sabe tampoco si el bienestar de mi inteligencia, que en vano he buscado en aquellos infolios sobre los que tantas horas he meditado; si el horror que me inspira todo esto que dicen hizo Dios, y que en vano también he querido olvidar siguiendo la carrera de las armas, sólo por que su fin es destruir; si este vacío que dentro de mí me ahoga con la falta de algo que piense y sienta como yo; si el malestar en que de continuo mi espíritu zozobra; si todas estas vacilaciones, dudas y temores, pudieran borrarse con el amor de Paz que por un espacio de tiempo me hiciera olvidar todo para que luego, tranquilo y sosegado, con la inteligencia descansada y fresca para raciocinar, volviera como un sér que nace de nuevo á ver y á pensar los problemas, las relaciones y los fenómenos de este caos que ahora me parece el mundo?... ¿Quién me dice que en el mundo no deja de haber alguna felicidad?... ¿Será mi felicidad el amar á María?...

Y después de sentadas estas conclusiones y formuladas estas preguntas, daba media vuelta en el lecho, cambiaba de postura, y trastornando también el orden de sus ideas, negaba cuanto había afirmado; se desdecía de cuanto había dicho; los fantasmas de la filosofía formaban corro ante sus ojos, y tapaban la figura de Paz, que se desvanecía perdida y borrada en los últimos horizontes de su pensamiento, como

cosa muy pequeña y secundaria al lado de ellos, y entonces votaba contra las heridas que como á un preso le tenían allí amarrado con cadenas de hilas empapadas en sangre, estorbándole el correr á predicar entre la oficialidad de su regimiento donde tenía su apostolado, las ideas que como hirviente lava bullían y bullían en su frente, abrasándosela si no las daba salida para que quemaran otros cerebros que el suyo.

—¿Es digno de ti—se preguntaba sumamente nervioso—lo que estás haciendo, Augusto?... Aquí en casa de un fanático reaccionario, ocultando tu nombre como un bandido... Y todo ¿por qué?... Pues porque mi padre hizo fusilar ó arrastrar al suyo. Hizo bien: aplaudo á mi padre. Y porque yo mandaba aquella compañía que en Murguía asaltó la célebre noche de no sé qué mes, la casa de este cacique con solideo, y creo que matamos á su madre. ¡Eh!... Mejor: así la despenamos: de seguro estaba enferma... Y porque á Paz le sucedió la cosa más natural del mundo: porque en la guerra, al que tiene una casa se le quema; al que tiene un caballo se le roba... Pues Paz no tenía más que su honra, y se la quité... Estoy pronto á devolvérsela.

Y en aquel volteo singular de pensamientos y de ideas, resolvió delatarse á sí mismo.

Miró á su cabecera y vió un cordoncillo, del cual tiró para llamar.

Al poco rato la Caspia asomó su fea catadura por el dintel de la puerta.

—Mire V., señora—dijo Augusto en cuanto la vió.—Va usted á hacerme el favor de decir al dueño de esta casa que Augusto Monpavón, fijese V. bien... Augusto Monpavón está aquí y quiere hablarle de sus antiguas amistades.

—Sr. D. Julio, eso...—le interrumpió la vieja.

—Déjese de D. Julio—dijo Augusto.—Ese D. Julio es una mentira que el doctor Sedini con la mejor intención del mundo me hizo decir la otra noche. Me llamo Augusto.

—Pues Sr. D. Augusto... el dueño de esta casa no está en ella.

—¿Que no está?

—No señor.

—Pero volverá al instante...

—No sabemos: salió hace seis días muy temprano y dijo que Dios sabe cuándo volvería.

—¿Sí?... ¿Dijo eso?... Pues entonces llame á su hermana... á Paz... dígame que venga... que tengo que hablarla...

—Tampoco está en casa.

—¿Tampoco?... ¿Pues cómo es eso?...

—Todo el tiempo que el Mosén está fuera de Cristierna, vive con el doctor Sedini.

—¡Ah pícaro!—exclamó Augusto.—Mira, mira el beato ¡qué suerte tiene!... ¡vivir con ella!... ¿De suerte que estamos usted y yo solos en la casa?

—Sí señor.

—Vamos.

—¿Se le ofrece á V. alguna cosa?

—Sí.

—Usted dirá.

—Tráigame V. la ropa que está encima de esa silla.

—¿Se va V. á vestir?—dijo la Caspia asombrada.

—Sí: vamos, vamos: deme V. lo que he dicho, y no haga aspavientos.

—Pero...

—¿Pero qué, señora?

—¿Sin permiso del Sr. Sedini?

—Ahí verá V.

—¿Pues no estaba V. tan malo?...

—Eso lo dijo D. Salvador por asustarme: ya no tengo nada. Vamos: repito que me dé V. la ropa; si no, me levanto yo á por ella, y va V. á ver cosas muy feas.

La Caspia, rumiando interjecciones y mascullando varios «*Ave María Purísima*» dió la ropa al capitán, y salió de la alcoba para ponerse en camino sin pérdida de minuto é ir á avisar á Sedini de lo que ocurría.

Mientras tanto Augusto se levantó, y no sin experimentar muchos mareos que le pusieron más de cuatro veces muy cerca del suelo, concluyó de vestirse.

Tambaleándose débilmente, cogió el sable que en un rincón estaba, y empuñándolo para servirse de él como de

una muleta ó un bastón, dió algunos pasos por la alcoba.

Lo primero que examinó, y con mucho detenimiento, fué la Virgen de yeso que sobre la cómoda había.

—Yo te he visto... yo te he visto, otra vez...—decía confirmándose en sus recuerdos.—Te ví, la noche que en Murguía... ¡Bah!—dijo cambiando de tono y volviendo la espalda.—Pues si te ví no me acuerdo... ¡Un espejo!... Veamos qué cara tienes, Augusto: no debe ser de las más á propósito para llevar á cabo conquistas...

Y plantándose ante un pequeño espejo, exclamó:

—¡Canario!... á no estar yo persuadido de que soy yo, no me conocería...

Oyóse entonces llamar al aldabón de la puerta de la calle.

—¡Qué cara más rara tienes, Augusto!...—decía sin cesar de observar su despeinada barba, sus alborotados cabellos y sus demacradas facciones.

Los golpes de la puerta volvieron á sonar.

—De seguro, Augusto Monpavón, que al cambiar tu verdadero nombre, por el falso de Julio Alvarez, no has mentido mucho... ¡eres otro!... Si Quintana te viese tardaría en reconocerte... De cómo un hombre con estar ocho días en cama y haber sufrido unos cuantos coscorriones... (¡qué mareo!)... queda en disposición de que no lo conozca ni su madre... Me choca que María de la Paz me haya recordado: porque lo que el amigo Sedini me ha dicho, es prenda segura de ello... Paz me ha recordado... ¡Pobrecilla!...

Nuevos porrazos se dejaron oír en la puerta.

—¡Canario!... están llamando y la vieja no abre... ¡Voy!... ¡voy!...

Y vacilando por no caer, salió de la alcoba: atravesó el pasillo de entrada, y alzando el picaporte, dejó abrir la puerta.

Era María de la Paz que venía sola.

Por muy inmóvil que se quedara la mujer convertida en estatua de sal que refiere la Biblia, creemos que en punto á quietud, á reposo de alma y de cuerpo, salía gananciosa en la comparación, la hermana del Mosén. No es posible pintar el asombro que se apoderó de aquellas facciones tan hermosas, sólo surcadas por la ojerosa arruga que es camino de las

lágrimas... ni la parálisis absoluta de aquel cuerpo que parecía una escultura.

Y Augusto Monpavón, aunque en diferentes términos, también pareció sorprendido.

Quedaron pues, frente á frente el lobo y la devorada oveja, mirándose, interrogándose con la vista, luchando con sus pensamientos, ignorantes de lo que hacer debían, asustados con los rosetones de la vergüenza que coloreaban las mejillas de María de la Paz, y los fuertes latidos que el remordimiento y el amor daban en el corazón de Augusto; vergüenza y remordimientos que apresando por completo los espíritus, impedían hasta que la lengua balbuceara ni un cortés saludo.

Y eran tan iguales su abstracción mental y el estado de sus almas, que su estupor duró exactamente el mismo tiempo en uno y en otro. Por eso al fin de aquella pausa producida por lo inesperado del encuentro, dijo Augusto:

—¿Viene V. sola?

Y María de la Paz como si no le hubiera oído le preguntó á su vez:

—¿Pero se ha levantado V.?...

Lo que hacía falta era romper el hielo del silencio: una vez roto, la conversación estaba enredada entre aquel hombre y aquella mujer á quien los sortilegios del destino y las combinaciones de la fatalidad designaban obligadamente como esposos.

—Sí—respondió Augusto sin cesar de mirarla, sediento de su hermosura.—Me he levantado, porque sintiéndome bien, estaba violento en el lecho... La cama es poco agradable en el verano.

—Pero... ¿Y sin que el médico lo mande?...—dijo María como temerosa de que las heridas de Augusto se volviesen á abrir con aquella imprudencia.

—Creo que ningún daño me hará—contestóla Monpavón sin saciarse de devorar los divinos ojos de María.

Y daba el sol en la puerta con tal aplomo, que abrasaba el aire, convidando á disfrutar de la fresquísima temperatura que reinaba en el interior. Se ignora si por esto surgió en la

mente del capitán el galante pensamiento de invitar á María á que entrase en su propia casa.

—¿Pero no pasa V.?—la dijo.

—Sí—dijo María dando unos pasos y salvando el dintel.—
¿Pero esa Caspia, por qué no ha salido á abrir, y no que ha
tenido V. que molestarse en...

El golpe que dió la puerta al cerrarse detrás de ella, cortó su frase.

Y andando por el pasillo, dijo Augusto, que seguía á Paz muy despacio y apoyándose en el sable corvo:

—La Caspia no debe estar en casa.

—¿Que no está en casa?—repuso María volviéndose con rapidez.

—No: antes me pareció entender que iba á salir.

—¿Estamos solos entonces?—preguntó la hermana del Mosén...

—Solos—la respondió Augusto.

Paz se hirguió con majestad; frunció ligeramente el ceño, y se dispuso á volver á salir de la casa.

Pero Augusto, comprendiendo el temor de María, apoyó la contera del sable en la pared del pasillo, formando una barrera que hiciera detener en su huída á la huérfana, y dijo con gravedad:

—Alto. Soy un ladrón que no roba dos veces el mismo tesoro.

Y cambiando con ella una mirada, que fué un sello jurado á lo que acababa de decir, prosiguió:

—Y además... Juro que ningún mal recibirá de mí.

María de la Paz se turbó aún más de lo que estaba: la primera frase de Augusto era una alusión velada á su deshonor y una promesa de respeto que la avergonzaron y dieron seguridades á un mismo tiempo. Dudó si marchar ó quedarse allí, y cuando el capitán con vacilantes pasos volvió á andar con dirección á la primera pieza que había á la izquierda del pasillo, tembló como tiembla la luz cuando se mueve el agua en que está reflejada.

Seguida de Augusto, penetró Paz en el comedor, bañado en aquel instante por un sol que caldeaba con sus abrasado-

res rayos cuantos objetos tocaba con el reflejo de su luz.

Augusto, fatigado de estar en pie, se sentó en una silla estirando las piernas lentamente, como si sus coyunturas estuviesen mohosas y pesadas por la falta de uso.

María quedó sin sentarse entretenida en arreglar la jaula de un pintado jilguero que aleteaba en su prisión, olvidado de la libertad.

—María Paz—dijo Augusto sin cesar de mirarla con delectación.—¡Qué dichoso es ese pájaro!...

—¿Por qué?—interrogó la huérfana con trémula voz.

—Porque V. le cuida.

—Ah... Es muy lindo. Aún no canta porque es nuevo. Pero es de buena casta, y cantará... Yo lo confieso: tengo puestos mis ojos en él... Le quiero, y él me quiere á mí.

—Sería un ingrato, si no correspondiese á su cariño de usted... Yo haría lo mismo.

Y es aquí de hacer notar, ya que las últimas palabras de Augusto han hecho callar á Paz y hay un breve espacio de silencio entre los dos, que Augusto no pensaba entonces sino en el primer soliloquio que al principio del capítulo transcribimos; es decir, que en su cerebro sólo ocupaba lugar la figura esbelta, espléndidamente bella, y grandemente desgraciada de Paz: sin que la libertad, la fraternidad, ni las demás zarandajas republicanas, tuviesen un rincón en que turbar el juicio por lo común sensato y claro de aquel arrepentido de su crimen, que según confesión propia, era ladrón que no robaba dos veces el mismo tesoro.

Así, pues, sin temor de decir mentira, pudiera asegurarse que aquel diálogo era de los más venturosos que en su vida entera había sostenido.

Por esto prosiguió:

—Y me ha dicho la Caspia que mientras su hermano de usted no está en Cristierna, vive V. con el... doctor Sedini...

—Sí—contestó débilmente Paz.

—¡Excelente persona!... ¡Me es sumamente simpático!... No es de esos viejos que empalagan: es, por el contrario, de los que consuelan...

—Es buenísimo—expresó María para completar el elogio.

—Es de esos viejo necesarios: de los que corrido ya todo el camino de la vida, se dedican, mientras esperan la muerte, á gritar á los que detrás de ellos vienen por iguales derroteros que ellos siguieron, y cayendo en los mismos baches y tropiezos:—«¡Eh!... ¡cuidado con esa piedra!... ¡cuidado con caer!... ¡derechos!... ¡derechos!»

—Parece—dijo María—que ha hecho V. muchas amistades con él.

—Sí: me ha demostrado afecto; y... y á V. parece que también la estima mucho.

—¡Oh!... mucho. Daría su sangre por mí.

—No lo dudo. Debe ser tan dulce dar la vida por V... Yo haría lo mismo.

—¡Morir por mí!—dijo Paz sumamente turbada con aquella afición que Augusto mostraba á referirse todos sus cariños.

—Sí... Sin vacilación de ningún género. Es lo menos que por V. puede hacerse, amándola...

Entonces recordó de pronto María de la Paz que aquel hombre con quien hablaba era el padre de su Jesús, y un torrente de penas se vertió sobre su alma, haciéndola que le saltaran dos lágrimas.

—¡Llora V.?—la preguntó Augusto.

—No—insistió María.

—Sí... Yo he visto las lágrimas...

—¿Y cree V. que siempre que se vierten lágrimas se llora?...

—No, pero...

—Y al contrario... ¡Cuántas veces lloro yo sin derramar ninguna!

—¿Tiene V. entonces alguna pena?

—¡Alguna!...

—¿Más de una?... ¿Y tiene la culpa algún hombre?... Maldito sea el que sea causa de ellas—dijo Augusto con toda la fe y toda la convicción del que se maldice á sí mismo.

—¡Augusto, por Dios!...—clamó por fin Paz, olvidándose del Julio Alvarez que inventó el doctor Sediní.

—¡Oh!... sí. Infame debe ser, y si tiene un poco de juicio sano, debe correr inmediatamente á deshacer el mal que ha hecho...

El expresivo rostro de Augusto Monpavón se iluminó de honradez y de veracidad...

—Dígame V. el nombre del que amarga esa vida tan preciosa que fluye por sus venas, y antes de que mis heridas me lo consientan, voy á... matarlo.

Casi tenía Paz en la punta de la lengua el responderle «*matése á sí mismo entonces,*» cuando sonó la aldaba de la puerta.

—¡Llaman!—dijo María.—Me voy...

—No—expresó con energía Augusto mientras pugnaba por levantarse.—No, escuche V.

La huérfana, la madre sin esposo, se detuvo. Había visto claramente la emoción que brillaba con luz singular en los azules ojos del herido: y la admiraba tanto, que olvidaba la inmensidad de la suya, alzando turbulenta marejada en el revuelto mar de su alma... y de las dos tenía miedo.

—¿Va V. á abrir?—dijo Augusto dando un incierto paso hacia ella.

—Sí...

—Un momento no más...

Los golpes de la puerta volvieron á sonar.

—Pronto—dijo María.

—¡Oh!... no se vaya V. sin oír una cosa.

—¿Una?...

—Sí—balbuceó con vehemencia y temblando.—Que yo no amo, que yo no adoro á nadie más que á una persona.

—Y...

—Y esa persona es V.

María huyó por el pasillo agitada, nerviosa, sin poder materialmente pronunciar una sola palabra; la cara demudada; el pulso trémulo; débiles las piernas; atontado el cerebro, loca, loca rematada...

Abrió la puerta y apareció Sedini, que venía avisado por la Caspia de que Augusto quería levantarse.

—¿Se ha levantado?—preguntó.

—Sí—le respondió María.

Y mientras el doctor entraba á ver al sublevado enfermo, María subió á encerrarse en su alcoba, gritando para su inte-

rior, gesticulando ahogada y temblona, con el cerebro inundado de alegría, de esperanza, de aliento, de fe en Dios; anegada en el placer de una reparación á su bárbaro atropello, llorando á carcajadas y olvidándose de los odios entre Monpavones y Parollas, como se olvidan todas las penalidades de la travesía al llegar al puerto de arribo, bendiciendo las ondas que besan la playa, las mismas que en espumosa montaña azotaban el casco del buque poniéndole cien veces al borde del abismo...

¡El padre de su hijo la adoraba!...

CAPÍTULO XII

LA ESTATUA DE VÍCTOR HUGO

—Pero, hombre, se necesita estar loco de remate para hacer lo que V. ha hecho—decía Sedini reconviniendo cariñosamente á Augusto.

—Buenos días, amigo—le respondió éste con sequedad, y cual si estuviera preocupado con otras cosas.

—Está V. jugando con la vida—exclamó algo serio el médico,—y no le miento al asegurar que no se encuentra V. aún en estado de hacer proezas como la de levantarse sin más ni más, por un capricho que de pronto le haya asaltado. Es usted incorregible: ¿se puede saber á punto fijo qué le ha movido á V. á hacer esta atrocidad?... Porque indudablemente por algo importante se ha levantado. La criada, que ha ido volando á avisarme de los designios que alentaba, me ha dicho que primero llamó V. al dueño de esta casa: al Mosén. ¿Qué diantre de negocio tiene V. con él?

—¿Negocio?... Ninguno.

—Algo tendría V. que decirle, cuando le llamaba.

—¡Le llamaba!... le llamaba, para deshacer el engaño en

que está: para decirle que el enfermo que tiene en su casa no es D. Julio Alvarez, como le hemos hecho creer, sino Augusto Monpavón.

—¡Hombre!—exclamó Sedini asombrado—¡Magnífico proyecto!... ¿Y qué objeto tenía esta aclaración?...

—Que sepa la verdad, y que no crea que soy un cobarde.

—¡Cobarde!... ¡Ya salió la palabra!...

—Pues sí señor: á seguir la mentira, algún día sabrá su engaño, y entonces... ¿no es seguro que lo primero que murmurarán sus labios será esa palabra que á V. le ha chocado?...

—Que sea: V. ha ocultado su nombre, no por temor, sino porque yo se lo he suplicado en nombre de María de la Paz... Y á propósito: ella vino delante de mí... ¿Se han visto ustedes?

—Sí señor: yo fuí quien la abrió la puerta.

—¿Y han... hablado?...

—También... unas cuantas palabras... muy pocas... porque en seguida vino V.

—Bien, hombre, bien. Pues ahora lo que me parece más prudente es que se vuelva V. al lecho... ¿No lo cree V. así?...

—¡Volverme á acostar!...—dijo Augusto.—Es tan aburrido el estar tumbado, y en este tiempo...

—Vaya, vaya: acuéstese V., que hoy tengo la tarde libre y puedo quedarme á hacerle compañía...

El capitán, con el ceño fruncido, se levantó maquinalmente de donde estaba sentado y comenzó á desnudarse sin hablar una palabra. Mientras tanto el servicial Sedini levantaba las ropas de la cama y mullía las almohadas con solícito empeño de aparecer ante aquel hombre más amable aún de lo que ya era con los demás.

A los pocos minutos, Augusto Monpavón estaba otra vez en cama.

Sedini cogió una silla y se sentó á la cabecera del arrepentido enfermo.

—No creí—le dijo—que siguiera V. mi consejo con tanta puntualidad.

Y como Augusto pareciese muy preocupado y no se dispu-

siese á contestarle, el médico resolvió cambiar de conversación, y encendiendo un cigarrillo, le dijo:

—Acabo de tener carta de Madrid. Me participan que la semana pasada se ha descubierto un complot que tenía por objeto derribar á la República.

—¿Sí?...—exclamó sorprendido Augusto, cuya pasión por la política era mayor que todas las preocupaciones que pudiesen tener cabida en su proceloso espíritu.

—Sí, señor—continuó el médico.—Y me dicen que con este motivo han tenido lugar muchas prisiones. La verdad es que la República en España nunca arraigará. Es un modo de Gobierno anómalo é imposible.

—¡Imposible!... ¡Anómalo!—repitió Augusto.—Si dijese usted que nuestras costumbres políticas no están todo lo perfeccionadas que es necesario para que rija el sistema...

—¡Ah!... No recordaba que V. es republicano de los impenitentes, y que considera la República como el ideal de los sistemas de gobierno.

—Cosa—replicó Monpavón—que V. allá en el fondo de su alma no dejará de creer también.

—¿Yo?... No señor: yo en el fondo del alma creo que á la limitada inteligencia de los hombres aún no ha ocurrido el verdadero y perfecto modo de gobernarse... Y por eso soy absolutista: no se espante V., amigo: soy absolutista porque creo que es lo menos malo de todo. Al fin y al cabo, no hay territorio mejor gobernado que el de la conciencia; y ese... ya sabe V., no lo rige más que Dios... poder absoluto, ante el cual todos los hombres son iguales. ¿Se sonrío V.?... Pues no creo que haya dicho ningún disparate. Voy á admitirle á V. que sea el absolutismo una tiranía, pero al fin y al cabo es la tiranía de «uno solo:» tiranía que respeta «lo tuyo» y «lo mío:» tiranía que lleva ya muchos siglos de experiencias, vengadora de los crímenes, grandiosa, ilustrada, y sobre todo contraria á la tiranía de muchos ignorantes; á la popular é igualitaria que V. sostiene.

—No, no estamos conformes: defiende V. un absurdo: el mayor tal vez de los políticos: comprendería que fuese V. monárquico liberal; mas...

—Mire V.—le interrumpió Sedini.—Más me gusta la Monarquía constitucional que la República... y hasta más que la absoluta si sus principios fuesen muy moderados, muy conservadores. Pero en este modo de gobierno actúa ya como factor de gran fuerza el sistema parlamentario.

—¿Y qué?...

—Que es el absurdo de los absurdos.

—Hombre, no blasfeme V., que le tenía por persona de buen juicio y voy viendo que no es más que un retrógrado de tomo y lomo.

—Lo que V. quiera seré. Pero el sistema parlamentario es un absurdo, en primer lugar porque arranca ó tiene su base en el más sublimemente estúpido y más supremo embuste de este siglo: en la opinión pública.

—¡Qué atrocidad!—exclamaba Augusto cada vez más interesado en la conversación.

—Sí señor, sí; es la mentira del siglo; en cada uno la Historia nos demuestra que ha habido una de marca mayor que ayuda á los espertos á consolarse de las amarguras de la vida, á costa de ese animal imbécil por excelencia que hoy se llama «*ciudadano*» como en otro tiempo se llamó «*pechero*;» para cuyo entretenimiento consintió Dios que vinieran á la tierra los ídolos, las brujas, los duendes, los fantasmas, la alquimia, la pirotecnia, la democracia, y...

—Y la medicina—exclamó Augusto dando al mismo tiempo una carcajada.

—No señor, porque todas esas cosas que he citado son las grandes mentiras, y la medicina es una verdad. Pues bien; el sistema parlamentario, como idea, no es mala; pero como cosa para llevar á la práctica, no puede ser peor. No cito, paso por alto, las infamias, palos y cohechos que sirven para conquistar los votos...

—Eso no es cierto; el sufragio universal...

—¡Bah! El sufragio universal es más disparatado que el restringido: malo es que á una persona de talento y de posición se le compre, eso que V. llamará «*el más precioso derecho del hombre*,» pero aún es peor y más inmoral el ir á sobornar al pueblo ignorante para que entierre votos en la urna; por-

que, amigo, no hay que hacerse ilusiones; el pueblo es del que más da. ¿Y qué diría V. si un trono se sacase á pública subasta?... Pues la poltrona del diputado no es más sino un pequeño trono, que se conquista á fuerza de oro y de palos. En la liberal Inglaterra, país que ponen VV. siempre como un modelo, el voto es un valor público, cotizable en Bolsa. Y en la liberalísima república norte-americana ya es cosa olvidada de puro sabida, que resulta siempre presidente el rico burgués que da más libras esterlinas.

—¡Palabras!... ¡Palabras!... ¡Palabras! que exclamaba Hamlet—dijo Augusto.—El que el sistema esté algo corrompido, no es ningún argumento de fuerza contra el sistema en sí mismo. En cambio pase V. por alto las elecciones, y vea V. el aspecto de aquel supremo tribunal político de la nación...

—¡Qué! ¿va V. á decirme que las Cortes, estéticamente consideradas, son bonitas?... Ya lo creo; es como todo el sistema, lindo de forma y horrible de fondo. ¿Quién duda que aquel anfiteatro, cuna de las leyes, impone respeto? Cuando fuí yo por primera vez al Congreso de Madrid, salí más liberal que Espartero. Aquello es para engañar á cualquiera: el sillón desde donde el presidente regula las discusiones; el Crucifijo que delante de él extiende sus brazos asistiendo á las sesiones; los Evangelios sobre que se jura el cargo de diputado; y luego aquellas tribunas que son los ojos vivos del país por donde el pueblo puede asomarse á juzgar á su representantes... ¿No es esto? Lindo, muy lindo; pero vuelva V. la hoja y dígame si los escaños rojos son más que una escalera de mullidos peldaños para alcanzar altas posiciones, sin poseer más ciencia que el saber hilvanar frases huecas de sentido, de vistoso relumbrón, con que fascinar á un determinado grupo de hombres... Farsa, todo es farsa en el sistema parlamentario; y si algo le faltase para ser idéntica á la farsa del teatro, ahí tiene V. esos ojos vivos del país, esas tribunas, convertidas en palcos desde donde los días de gran función se aplaude con entusiasmo á los oradores que más vocean. Y cuanto más se liberalice la cosa, peor... ¡Cuánto más dignas no eran aquellas Cortes an-

tiguas, de tanto prestigio y tan legítimamente constituídas!... ¡Y cuánto más liberales de verdad!... ¡Cuántas veces negaban á los Reyes su voto para los asuntos que no convenían al país!...

—Dispéñeme V. que le diga, amigo Sedini, que es V. como el célebre personaje del inmortal Moliere, que todo lo sabía sin que nunca hubiese estudiado nada. Ha combatido usted el sistema parlamentario del modo más original que puede concebirse.

—¿Sí?... Pues es una originalidad de que pronto van á participar los españoles todos. Bastaría para desacreditarlo lo que acaba de suceder, y V. que hace poco salió de Madrid lo sabrá mejor que yo: unas Cortes recién nacidas que son disueltas porque al «*tivano*» presidente del embrollo republicano federal, no complacían suficientemente... ¿Es esto mentira?... No: luego el sistema parlamentario es una utopía.

—¡Donosa consecuencia!—dijo Augusto riendo pero malhumorado.—Siga V., siga V. por ese camino y va V. á negar que la República signifique un progreso evidente en todo pueblo.

—Y lo niego, sí señor.

—¡Desde luego!... Aquí lo que debiera hacerse era llamar á su patrón de VV. y que volviésemos á los tiempos de la Inquisición, á la época de los frailes, á tener que guardar el *cubre-fuego*, amordazar el libre pensamiento, aprisionar las conciencias con los grillos de la superstición, tapar las bocas de la prensa y suprimir los ferrocarriles con el objeto de proteger la industria carretera...

—¿Y me quiere V. decir qué vamos ganando con esa porción de frases que acaba V. de pronunciar?... ¿Qué sirven para el verdadero progreso todas esas libertades que se toman cual libertinajes y no hacen más sino precipitarnos más y más en el estado salvaje, en que, á seguir así, pararemos si Dios nuestro Señor no lo remedia?...

—Basta, basta; ya no discuto con V.; me ha convencido; nada, el progreso es una mentira; apáguese las máquinas de vapor, trónchense los postes del telégrafo, ármense hogueras de libros, prohíbese el pensar, arrásense los labora-

torios de la química pisoteando retortas y alambiques, póngase el geólogo de rodillas, suelte la piqueta y empuñe el rosario; dedíquese el buzo á vender medallas y estampitas, ciérrense las fábricas, ó conviértanse en conventos...

—¿Pero quién ha dicho nada de eso?...

—¡Chist!... Déjeme V. hablar, hombre. Hágase todo esto que acabo de enumerar, y calcémonos después guantes y espuelas; suspendamos de nuestros hombros los tahalíes portadores de la vengadora espada, y provistos de celadas y capacetes, vayamos todos montados en mulas á Jerusalem ó á Compostela, ganando indulgencias, matando moros y deshonrando por vía de recreo piadoso á cuantas lindas hijas de posaderos topemos en nuestro camino...

Y Augusto, al concluir su descripción, reía á mandíbula batiente como un loco cuya manía fuese el reír.

Sedini, por el contrario, más serio cuanto más hablaba, decía:

—Esa es una de tantas algarabías con que deslumbran ustedes á las muchedumbres; es V. orador, posee el don de engañar á los tontos. Parece increíble que teniendo sesos en el cráneo diga V. lo que ha dicho. ¿Qué tienen que ver las fábricas y los ferrocarriles con las peregrinaciones de otros tiempos?... Yo no rechazo ningún progreso que sea verdadero; todo lo que al hombre ayude á cumplir sus fines, lo admito y me regocijo al ver á Dios cómo va consintiendo que la inteligencia limitada y corta del hombre vaya descubriendo poco á poco los misterios de la creación.

—¿Es V. entonces positivista en la ciencia?

—Sí, señor; si por positivo admite V. todo lo que sirva para algo: ¿aplaudiría un invento que no sirviese para nada? Después de todo, el *positivismo* que V. dice es la causa matriz de cuanto en el mundo se efectúa. Sin él no habría aliciente ni estímulo para nada. ¿Cree V. que esas locomotoras se construirían por solo el placer de verlas deslizarse majestuosamente sobre sus vías de hierro?... ¿Qué objeto tendrían si no sirvieran para que el hombre se valga de ellas *positiva* y prácticamente para trasladarse con más comodidad y rapidez de un punto á otro?... ¿Ni qué papel desempeñaría el geólo-

go dando martillazos en las rocas, si de sus chispas no se dedujera luego el descubrimiento de algún metal, que siendo más fuerte que el hierro ó más precioso que el oro, se utilizara luego en la construcción de clavos ó cadenas de reloj, por ejemplo?... ¿Qué el químico si de sus procesos misteriosos no saliera el medio de sustituir por sustancias nuevas la fécula de la patata, v. gr., el día en que los elementos vegetales desaparezcan de sobre el globo?... ¿Cree V. que el geólogo termina su misión con vestirse de pieles, colgar la lámpara al cinto, y apoyándose en su bastón de ferrada y aguda punta, bajar con las greñas sudadas y la cara negra á las entrañas de la tierra?... ¿Qué nos importa nada de eso si de su expedición no nos trae nada útil!... El buzo, dentro de su escafandra, será todo lo bonito que V. quiera y demostrará ser hombre de corazón: pero ni él lo hace más que por ganarse el pan que ha de sustentarle, ni nadie le mencionaría si de sus paseos submarinos no trajese ó esponjas para lavarse la cara, ó perlas, nacar y corales para construir zarzillos, sartas y objetos de lujo de buena venta.

—¿Sabe V.—exclamó Augusto en el tono de la más cruda ironía—que ni Pero-grullo dijo verdades tan de á folio?... Entonces será V. monárquico, porque habiendo Rey habrá más estímulo en la cría caballar con la yeguada de Aranjuez... Y será V. partidario del culto divino, porque con él se alimenta la industria cerera...

—No, señor—dijo Sediní levantándose con el rostro sumamente descompuesto.—Soy monárquico, porque en este país es menester serlo para ser persona honrada, y quiero al Rey, porque en España la palabra Rey, al frente del régimen político, es sinónimo de que existe propiedad, honor, familia, orden, justicia y verdadera libertad; soy amante del culto divino, más que nada, porque considero muy caritativo el implorar de la divina clemencia la salvación de los locos que, como V., se creen en su orgullo con inteligencia bastante para juzgar las cosas de Dios; y soy defensor acérrimo de los manicomios, para cura y alivio de los extraviados de razón, como V. es.

—¡Rey!... ¡Dios!...—murmuraba Augusto revolviéndose

en su mefistofélica sonrisa.—En eso de Reyes y de Emperadores, yo opino como Víctor Hugo...

—¿Qué decía ese majadero?...—le preguntó el médico.

—¡Majadero!—dijo Augusto mostrándose asombrado, y continuando, expresó con voz alterada:—Pues ese majadero decía, tratando una vez del Polo Norte, no recuerdo en qué obra, que si hubiese algo capaz de producir el incendio de aquellos eternos hielos, sería á no dudar la chispa que produjera el choque habido al coger á un Rey por los pies, y volteándole, estrellarle el cogote en la nuca de un Emperador...

—¡Qué barbaridad!...

—Comprendo que á V. no le guste; V. hubiera llevado á Víctor Hugo á la Inquisición...

—Nada de eso—dijo Sedini sonriendo.

—¿Nada?

—No señor.

—Pues ¿qué hubiese V. hecho con él, matarle?...

—Tampoco... Al contrario.

—¿Cómo al contrario?...

—Sí, señor. Yo á ese hombre, sólo por ese dicho, á que yo no encuentro chiste, le levantaría una estatua.

—¡Hombre!...

Y Augusto no pudo reprimir una mirada de admiración y de pasmo.

—Sí—concluyó Sedini.—Pero una estatua ecuestre... sin jinete.

ANTONIO VASCÁNO.

(Se continuará.)





CRÓNICA POLÍTICA

INTERIOR

POQUISIMAS novedades suele presentar la política interior durante estos meses en que los hombres públicos de primera línea pueden permitirse el lujo de excursiones á los balnearios de la costa ó del extranjero. Pero como todos los mortales no disponen de igual holgura para disfrutar la larga *villeggiatura* de los más favorecidos; como los diarios políticos necesitan llenar sus columnas y es menester buscar alicientes para no aburrir totalmente á los lectores, condenados á aspirar los caniculares miasmas de la capital de la monarquía, fuerza es inventar y ponderar, mantener la expectativa y hacer que se vislumbren siquiera emociones próximas y fuertes. Así se entretienen esperanzas; así viven planes halagüeños y siguen soñando los que aspiran á modificaciones y cambios.

Sin embargo, poco fecundos han sido los últimos quince días, apesar de las circunstancias realmente anormales que el país atraviesa.

Han seguido dando algún juego las pretensiones é impaciencias de ciertos militares, y aun se han propalado comentarios y rumores de más ó menos efecto, pero desprovistos

siempre del verdadero interés que busca la política palpitante. A falta de asuntos más nuevos y trascendentales, pasemos una ligera revista á lo que se dice.

*
* *

Hay quien aspira, al parecer, aunque con disimulo, á convertir de nuevo la milicia en institución radicalmente política. No hay quien se atreva á manifestar de frente tal intento; pero nadie ha podido ver otra cosa en esa polémica que aún preocupa los animos, en esa triste cuestión que viene llamándose *del militarismo*, y sin ambages y con crudeza ha arrosado la opinión en días pasados.

¿Renació la idea de las jefaturas político-militares de aquel proyecto que se supuso en el Sr. Martínez Campos de preparar un Gabinete relativamente conservador que viniera á sustituir al muy acentuado en sentido democrático que preside el Sr. Sagasta? ¿Fué el ejemplo del Sr. López Domínguez, que preside la izquierda, el que infundió en el General Salamanca el deseo de dirigir una fusión de nuevo cuño? No lo sabemos ni importa averiguarlo; pero es lo cierto que el militarismo ha venido siendo el tema obligado de los más intencionados artículos del periodismo de combate.

Para desvanecer la confianza de los que suponen hoy que la fuerza pública no puede dar más oídos que al deber, que es permanecer siempre fiel á los poderes legalmente constituidos, se recuerdan hechos históricos que nunca menos que ahora debieran haberse recordado. Se nos dice que aun hay sueños parecidos á los que pudo tener Mr. Guizot y su gente ministerial el año 1848 en las veinticuatro horas anteriores á la en que se vió obligado el Rey Luis Felipe de Francia á huir de su palacio y abandonar el Trono, sin encontrar una fuerza que le protegiera cuando no hacía mucho negaba aquel Gobierno la celebración de los proyectados banquetes políticos, considerándose con grande autoridad; sueños de igual índole á los que, concluída una guerra civil de siete años, obtenido ya el triunfo y gozando de las mayores ovaciones po-

pulares, pudo tener al salir de Madrid para Valencia la Reina que fué Regente de España, D.^a María Cristina de Borbón, el año 1840; sueños semejantes á los que tal vez lisongearon en 1854 al Conde de San Luis pocas horas anticipadas al incendio de su morada y de las de los demás Ministros compañeros suyos, y que con él regían los destinos del país, creyéndose muy potentes para conjurar la tormenta política que cayó sobre ellos; sueño, en fin, como los que debieron embargar la mente de González Brabo cuando, muy confiado en la energía de su carácter, se ausentó de Madrid en 1868, dirigiéndose á San Sebastián para acompañar á la Reina Isabel, cuya augusta señora pudo también soñar la perpetua estabilidad de su dinastía, que pocos días después, con el ruidoso estrépito de los cañones de Alcolea, sucumbía sin esperanzas de restauración.....

Se nos recuerda que también el Sr. D. Práxedes Sagasta debió pensar en 1874 que el Ministerio de que fué jefe era fuerte, sin que le amagara ningún peligro la víspera del día en que fué derribado por la insurrección militar de Sagunto, cuando al tener noticia de ella declaraba con arrogancia en la *Gaceta de Madrid* traidor al General Martínez Campos, con quien posteriormente se ha unido para secundarle en sus despropósitos políticos y disposiciones perjudiciales al ejército, disposiciones que son hoy causa del descontento de sus individuos, desde el soldado al General, y factor visible en la cuestión de orden público, como una causa más eficaz que las existentes en otras ocasiones para producir conflictos políticos de inmensa trascendencia.

Dícese que los proyectos de Guerra han de dar mucho juego; que el ejército necesita y quiere grandes reformas; que éste ha abierto sus ojos ante el programa y las promesas del jefe del izquierdismo, y está malamente impresionado con las discusiones recientes del Congreso, el fracaso de la ley de escala de reserva, y la atmósfera creada contra todo lo que *dicen y piensan* el General Jovellar y los que le sostienen.

La reciente actitud del General Salamanca es, en sentir de los que tal opinan, la interpretación práctica del descontento que cunde. De ahí las famosas declaraciones primeras, de

ahí el singular viaje á la Granja para tener una conferencia político-militar con la Reina Regente; de ahí sus prolijas y ruidosas conversaciones con los corresponsales del Real Sitio para probar que nadie debe asustarse con la preponderancia del militarismo; porque, si hay Generales que han medrado con los *pronunciamientos*, son siempre los que menos se expusieron; los que tienen menos dotes militares; los que prefieren el papeleo de la oficina al peligro del campamento, las sinuosidades de la intriga á la franqueza de los actos en que se arrostra responsabilidad y se corren riesgos; los que van por los caminos tortuosos; los que estarían mejor con la sotana del jesuíta, encubridora de intenciones, que con el uniforme de soldado... Y hay, además, craso error, según el ex-director de Administración militar, al suponer que la guerra de Africa dió importancia política al General O'Donnell, y que actos como el de Méjico, y acciones tan brillantes como la de los Castillejos y otras, formaron la situación política del General Prim. La gran importancia política del Duque de Tetuán es anterior, muy anterior á la guerra de Africa; y la del General Prim nace de su iniciativa y cooperación en la revolución de Setiembre. Narváez no hubiera sido nada como político, sin el pronunciamiento del 43; O'Donnell tampoco sin los del 54 y 56, ni Prim sin los del 65, 66 y 68; y en cambio se puede citar un gran número de Generales tan brillantes como éstos bajo el punto de vista militar, que no han pasado á la historia con significación política, como pueden citarse, entre los principales, Castaños, el Duque de Zaragoza, Rodil, Córdoba (D. Luis), San Miguel, Oráa y otros muchos.

Pero ¿á qué viene, preguntamos nosotros, esa extemporánea algazara; pintándonos, á capricho y con cierto tono de amenaza, trozos de historia contemporánea muy poco edificantes por cierto? ¿A qué viene ensalzar de nuevo ese militarismo, fatalísimo siempre y perturbador, cuyo triunfo sería proclamar que el Gobierno y la dirección de la política no tienen más fundamento que la fuerza de que disponga el jefe de una guardia pretoriana? ¿A qué viene regar de nuevo aquella marchita y funesta planta de los *pronunciamientos* que

tantos días de luto y desastres nos trajo en circunstancias anormales, días que tan triste fama nos dieron, que todos hemos condenado y convenimos pasaron para no volver nunca en una tierra ya más experimentada en el mejor modo de defender los políticos derechos? ¿Se quiere el turno en el poder de la preponderancia en los cuarteles? ¡Ah! ¡Qué espectáculo! ¡A cuánto obliga el ardor intemperante y la intranquila codicia de una cartera!

*
* *

Un periódico militar vino á despejar la supuesta incógnita, procurando completar el pensamiento del General Salamanca y defendiendo que los actuales rumbos políticos y las conveniencias del momento histórico que atravesamos aconsejan entregar la jefatura de un Gabinete á un político soldado. Si reconociésemos semejante necesidad, nos veríamos forzados á abogar por la reapertura de una era de perturbaciones infinitas.

No sin mucha razón hemos visto que la sorpresa se manifestaba en todos los semblantes, y con oportunidad se ha preguntado: «¿Qué sucesos ocurren en la política española, que pidan como de necesidad para la tranquilidad del país y el afianzamiento de las instituciones el llamar á las esferas del Gobierno una situación de fuerza? ¿Son tan difíciles las circunstancias y tales los temores que abrigan el General Salamanca y sus amigos militares que con él opinan, de que puedan ocurrir disturbios ó trastornos de la paz pública, que hagan necesaria la intervención de los soldados políticos en la dirección de la cosa pública? Pues si esa es su creencia, y si con mejores datos que nosotros suponen que es necesario establecer una situación de fuerza, su patriotismo debe imponerles, no el levantar bandera de disidencia ni buscar notoriedad con asonadas y ruidos de sables, sino agruparse en torno del Gobierno constituido, prestarle fuerza y cohesión para que salve las instituciones y la paz pública, y después de conseguidos estos objetos, los militares que tienen por su

alta jerarquía asiento en las Cámaras, pueden pedirle cuentas de sus actos, en la seguridad de que el país les hará justicia.»

¿Existen ó no esos peligros gravísimos é inminentes que pudieran suponerse? En ambos casos lo que únicamente sería eficaz y lo menos ocasionado á rozamientos, es el concurso decidido y noble de todos los elementos militares á la obra que más interesa, sean cuales fueren los directores de la política española. Hay un dilema que no admite réplica, y es poco práctico y muy poco constitucional discurrir de otra suerte.

De todos modos, inconvenientísimo parecerá á los hombres sensatos que haya quien, por recabar importancia y buscar asunto de actualidad con que llenar algunas columnas de la prensa, dé motivo siquiera á que se discutan de nuevo con calor los ya olvidados movimientos militares de Torrejón de Ardoz, Villarejo, Vicálvaro, Alcolea, etc., etc., cuando las costumbres han arraigado ya procedimientos políticos muchísimo más convenientes y sensatos.

*
* *

Se asegura que la coalición republicana está en víspera de romperse, siendo incompatible Pí y Margall con Salmerón y Ruiz Zorrilla. No lo creemos, apesar de las reyertas intestinas que son tan frecuentes.

Es claro que nada sólido puede crearse con tendencias y doctrinas tan opuestas; pero todas las fuerzas del republicanismo estarán siempre conformes en aunarse para destruir cuanto estorbe á sus planes, por más ilusiones que abriguen los más ardientes y optimistas defensores de la monarquía. Al punto á que llegan las cosas, los díscolos han de arrastrar fatalmente al mayor número, sin distinción de credos ni procedencias. Habrá, quizás, alguno que otro Castelar, fiel hasta cierto punto á los procedimientos legales y á sus afinidades con el fusionismo; pero no es un misterio que el mismo famoso orador del posibilismo se vanagloria enfáticamente de

haber socavado con la política que hoy proclama los cimientos del trono de D. Amadeo con mayor y más seguro éxito que el de las asonadas que se prepararon. —*Timeo Danaos et dona ferentes.*

Algo viene susurrándose acerca de intentos de perturbar el orden público; algo temen algunos, sin fundamento bastante en concepto nuestro. Con motivo de haber sido detenido y conducido á las prisiones militares un jefe de ejército que estuvo complicado en los sucesos de Badajoz y en la actualidad tenía un cargo en el Ministerio de la Guerra, se han supuesto conspiraciones encaminadas á sorprender Ministerios, cortar el telégrafo y realizar otros designios imposibles. El hecho es, sin embargo, que el descubrimiento del conato de conspiración, ó lo que fuere, se debe—caso ciertamente extraño—á las sospechas del Gobernador civil Sr. Zugasti, y no á la diligencia de las autoridades militares.

No son presumibles las novelas que con este motivo circulan, pero siempre resulta que la recelosa opinión pública se alarma al menor síntoma, y aunque es muy bueno que las autoridades tengan confianza, parécenos que no debe ésta llegar al extremo de tener tan descuidados ciertos servicios.

Entre las correspondencias políticas que de los puertos de mar á Madrid llegan, no falta de vez en cuando alguna carta de sensación pasajera. Ultimamente se achaca á una conversación, sin razón por cierto, abtribuída al Sr. Navarro Rodrigo, teorías extrañas acerca de la influencia del sable, de la discordia de los fusionistas y del turno constitucional de los partidos en la gobernación del Estado, suponiendo que el Sr. Sagasta no puede seguir en el poder, pues no ha de ir hacia la derecha, porque los demócratas lo impiden, ni hacia la izquierda, porque el centralismo lo hace imposible.

Todas estas disquisiciones son por el momento ociosas, y las divergencias y las afinidades podrán estudiarse y juzgarse con más oportunidad y acierto en su terreno propio, que es el de los actos públicos y el de las discusiones parlamentarias.

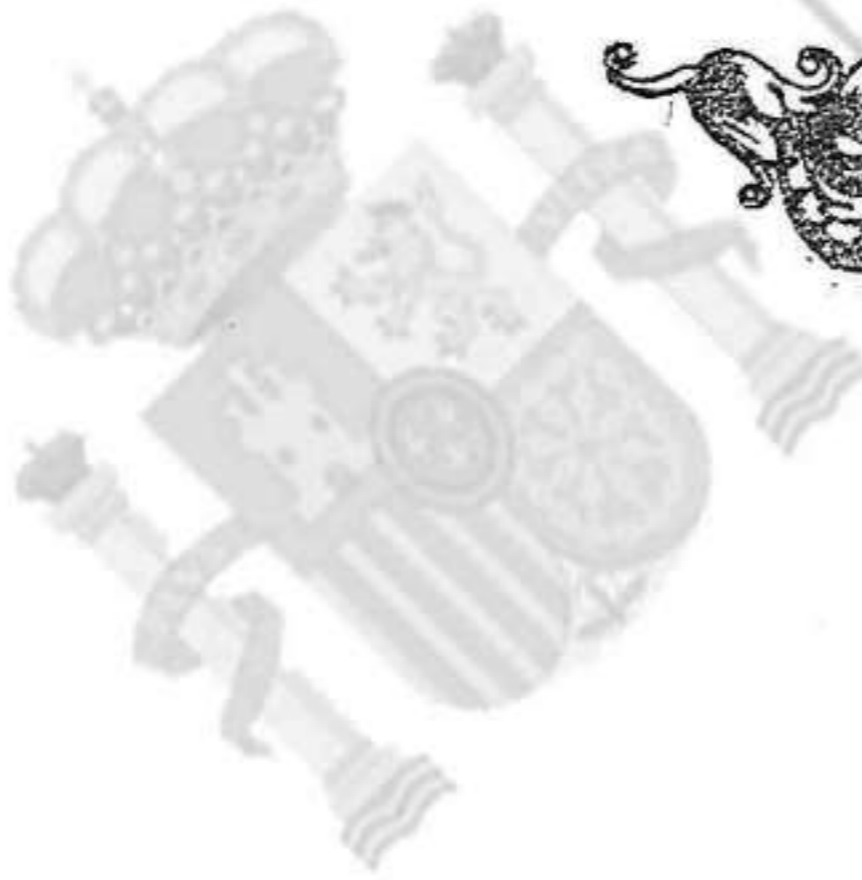
La noticia más grave de que, para terminar, hablaremos, procede de un caracterizado periódico de París, *Le Temps*,

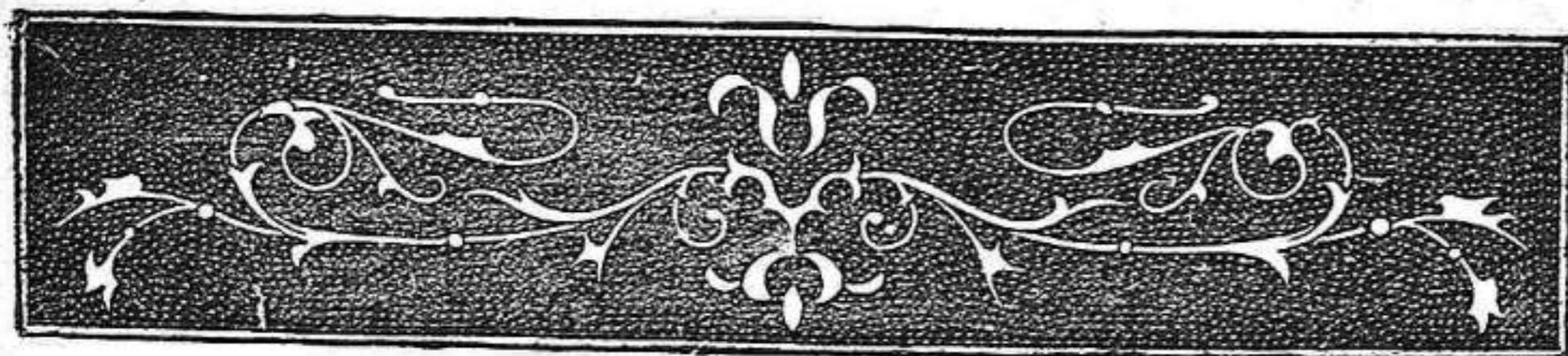
que ha insinuado la especie de que los emigrados españoles encontraban apoyo en los departamentos inmediatos al Pirineo, porque éstos simpatizaban con la causa de aquéllos.

Ahí, discurriendo con prudencia, podría muy bien encontrarse motivo para estimular el celo de ciertos funcionarios, tomando las declaraciones de *Le Temps* como un muy oportuno apercebimiento.

Existen tolerancias que realmente sorprenden, y son en buena lógica y en el terreno diplomático inadmisibles.

A.





REVISTA EXTRANJERA



REPENTINAMENTE vino á circular por Europa una noticia de sensación. El Príncipe Alejandro, el triunfador de los servios aclamado pocos meses há con entusiasmo indecible por su pueblo, acababa de ser destronado en Sofía.

Serios motivos legitimaban la sorpresa, y no es extraño que los hombres pensadores se preguntasen si está destinada la Bulgaria á desorientar todos los cálculos de la diplomacia de Europa.

El hecho que todavía comenta la prensa ahora, ha sido tan imprevisto como el golpe de Estado que el mismo Príncipe daba un año hace en Filipópolis, declarando anexionada á sus Estados la Rumelia.

Desde el primer momento, la noticia del destronamiento no pareció, sin embargo, causar la misma extrañeza que á la generalidad de las gentes á las grandes potencias continentales, puesto que todas ellas aceptaron el hecho consumado sin oposición manifiesta.

Turquía, más interesada que nadie en las cuestiones de Oriente, se limitó á hacer responsables del mantenimiento del orden á los miembros del nuevo Gobierno interino. Es cierto que desde el primer momento no pudo Inglaterra disi-

mular su disgusto ante la caída de su protegido el pariente de la Reina Victoria; pero Austria se contentaba con dolerse de lo sucedido, y Alemania creía que el Príncipe de Battenberg era incompatible con la paz europea.

El drama, no obstante, estaba muy lejos de haber concluido.

Cuando aquel Gobierno provisional daba el asunto por pacíficamente resuelto, quedaron estupefactos los periódicos con un nuevo telegrama que anunciaba que los búlgaros, ó al menos parte de su ejército y algunos hombres civiles de importancia, desaprobaban la caída del Príncipe Alejandro y derrocaban, á su vez, al Gobierno provisional recientemente constituido.

Grande ha sido en estos días de incertidumbre la confusión de noticias y comentarios; pero al fin se sabe que el Príncipe destronado atravesó la frontera ruso-austriaca y se encuentra en territorio de Alemania. Esta noticia facilita bastante los cálculos acerca de las contingencias más probables. Puede la conspiración que ha derribado al vencedor de Slivnítza no ser del agrado de algunos jefes del ejército búlgaro; pueden algunos regimientos haberse pronunciado en favor del Príncipe, quemando en Filipópolis la proclama del nuevo Gobierno; pueden los ingleses favorecer con su dinero y sus consejos á los partidarios de Alejandro; pero los destinos de la Bulgaria están, apesar de todo, en manos de los tres Imperios interesados hoy en mantener la paz en Europa. Dígase lo que se quiera, hay muchos, muchísimos indicios para suponer que la política germánica desea ahora conservar la amistad con Rusia.

Los últimos telegramas nos han hecho creer que, en la conferencia que los cancilleres de Alemania y Rusia celebraron en Franzensbad, se pusieron de acuerdo sobre la conveniencia de que el Príncipe Alejandro no vuelva á Bulgaria. Es lo más probable. Pero, aunque así no fuese, es de presumir que se trate ahora de que el Príncipe renuncie desde luego y definitivamente á la corona, prescindiéndose por supuesto de la influencia y de los deseos de Inglaterra. El mismo *Times*, hablando de la entrevista de los dos cancilleres Giers

y Bismarck en Franzensbad, dice que parece cierto que en ella ha sido sacrificado el Príncipe Alejandro.

Quiso emanciparse de la tutela de Rusia, su natural protectora, y este es sobrado motivo para su desgracia.

Habiendo sido llamado éste al trono de Bulgaria y confirmado en aquella situación por las potencias representadas en el Congreso de Berlín, parece natural que las mismas traten también del nombramiento de un sucesor y del arreglo provisional de la inquieta península de los Balkanes, poniendo en lo posible de acuerdo los encontrados intereses que allí vemos en pugna.

¿Será posible tal arreglo? Dificultoso parece, y, sin embargo, en la firme voluntad y convenio de los tres imperios se vislumbra seguro el mantenimiento de la paz, á despecho de todos los vaticinios alarmantes.

*
*
*

Mientras la diplomacia da por incontestable la adhesión de Italia á la alianza austro-alemana convenida há poco en Gastein, se acaricia en Francia el antiguo proyecto de establecer inteligencias íntimas entre varias naciones occidentales. Semejantes cálculos son simplemente imposibles en el terreno de la práctica. Francia está condenada á un aislamiento forzoso desde 1871.

Ha sabido Alemania hacer mañosamente el vacío alrededor suyo. No puede dar Francia su mano á Inglaterra, que en mil ocasiones fué enemiga suya, y de cuya política internacional se divorció recientemente en el Cairo, después del bombardeo de Alejandría y de la derrota de Arabi. Italia tiene, como hemos dicho, compromisos francos y solemnes con las potencias del Norte, que pueden ofrecer á sus legítimas ambiciones coloniales mayor garantía que Francia, siempre rival y peligrosa en todas las fecundas empresas.

Tales proyectos de alianzas futuras anglo-latinas, sólo significan, pues, por parte de Francia, deseos sugeridos por la necesidad, móviles interesados y tácito reconocimiento del

vacío que á su alrededor se ha formado con las veleidades que constituyen el fondo de su carácter, principalmente en la última etapa de su historia.

*
* *

Se esperaba con impaciencia el discurso de la Reina Victoria dirigido al Parlamento británico, para apreciar el programa del nuevo Gabinete. Aquel documento emanado de la Corona no tiene, sin embargo, más que un valor relativo, dejando en suspenso y sin aclarar los puntos más dificultosos de la política interior y los que á las relaciones internacionales atañen. La redacción del Mensaje revela cuán ocasionado á peligros sería resolver de plano en estos momentos los grandes problemas que se agitan en Inglaterra. Casi se limita el Ministerio á pedir la aprobación de los presupuestos.

Interpelado el Presidente del Consejo de Ministros, Marqués de Salisbury, por Lord Granville, acerca de sus planes de Gobierno, declaró que los disturbios de Belfast se reprimirían fácilmente; pero que hasta el año venidero no daría á conocer la solución que medita para las cuestiones de Irlanda. Este es el verdadero punto negro de los gobernantes ingleses. Se concretó á asegurar el primer Ministerio que no pensaba recurrir á medidas excepcionales y que impondría la ley vigente.

Se observa que la opinión de Inglaterra es, en general, favorable á ese sistema de dilaciones, á un aplazamiento de la temida y difícilísima cuestión irlandesa. Hay grandes deseos de que se dejen á un lado por un tiempo indefinido los debates políticos, á fin de poderse consagrar el Parlamento con toda amplitud á los intereses positivos del país, al desarrollo de sus recursos interiores y de sus riquezas coloniales, mejorando, en primer término, la condición económica de las Indias.

Pero no cabe duda que el hombre propone y Dios dispone. La política interior está sujeta, hoy como nunca, á mil accidentes imprevistos, y las complicaciones internacionales po-

drán exigir quizás, en la ocasión menos pensada, un programa mejor definido. Los acontecimientos pueden imponerse, y es muy probable que no baste dentro de poco que Lord Salisbury se contente con aludir, como pasando sobre ascuas, á la cuestión de Oriente, que entraña conflictos ocultos y grandes peligros que sin cesar se reproducen. Sobre este particular, añadió únicamente el jefe del Gobierno la declaración muy terminante de que era su ánimo mantener la tradicional política inglesa en lo concerniente á la integridad del Imperio turco.

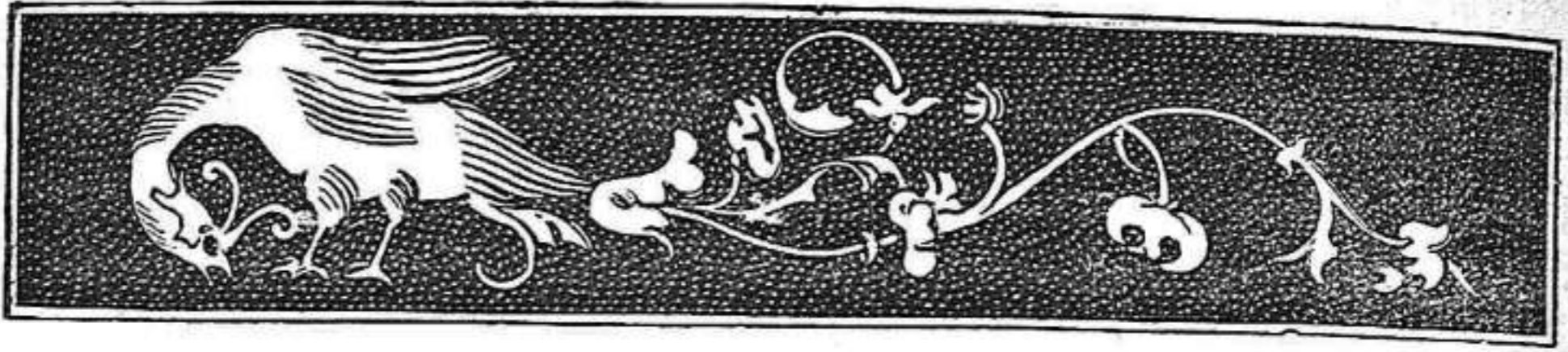
Es cierto que los apuros más inmediatos y también los más graves parece han de nacer, según todos los indicios, por la parte de Irlanda. Las palabras de Lord Salisbury no han dado ninguna esperanza á las reivindicaciones irlandesas, muchas de las cuales son justas. El primer Ministro sólo dijo que el ineludible deber que no olvidaría era procurar, por todos los medios conducentes, el restablecimiento del orden social alterado, y no extrañaremos que crezca la agitación y aun perturbe ó paralice en gran parte los movimientos exteriores y los planes del nuevo Gabinete de Londres. Se renueva y continúa una lucha secular, que no puede resolverse fácilmente sin grandes desprestigios.

Es ya un hecho incontestable que la fuerza moral de Inglaterra y su antigua influencia pierden de día en día terreno, lo mismo en la casa propia que en los consejos de la diplomacia europea.

¡Evoluciones fatales de la historia!

S.





BOLETÍN BIBLIOGRAFICO ⁽¹⁾

Anuario oficial de Correos y Telégrafos de España, publicado por la Dirección general.—Un tomo en 8.º de 241 páginas y un mapa de la Península.—Madrid, establecimiento tipográfico de los sucesores de Rivadeneyra, 1886. Véndese á 2 pesetas ejemplar en las porterías de las Direcciones de Correos y de Telégrafos.

Ocho años hace que por la Dirección general de Correos y Telégrafos se publica un libro por demás interesante, en el cual se compilan ordenada y cuidadosamente cuantas noticias, datos y observaciones pueden ser necesarias respecto á los servicios antes citados. En el *Anuario* aludido se expresan en la *Sección de Correos* todas las administraciones ambulantes, la del Correo central y las conducciones marítimas españolas; se incluye una lista por orden alfabético de todas las oficinas de correos que hay en España con las indicaciones

de su categoría respectiva, provincia á que pertenecen y estaciones telegráficas y de camino de hierro abiertas al servicio en cada una; se agrupan por provincias las oficinas de correos españolas; se da á conocer la tarifa para la correspondencia que circule en el interior de la Península, islas adyacentes y posesiones de África y ultramarinas; se copian las disposiciones generales relativas al servicio postal; luego, en la correspondencia internacional, se trata primeramente de los países que componen la primera zona de la unión universal de Correos, de los de la segunda, Portugal, Gibraltar y países que no forman parte de la unión, servicio internacional de valores declarados, disposiciones generales concernientes á la correspondencia internacional, paquetes postales y su tarifa, conducciones marítimas extranjeras y datos estadísticos referentes al movimiento

(1) Los autores y editores que deseen se haga de sus obras un juicio crítico, remitirán dos ejemplares al director de esta publicación.

de cartas con valores declarados.

En la *Sección de Telégrafos* se citan las disposiciones generales relativas á este servicio, las tasas aplicables para el interior de la Península y para los diferentes países, el servicio telefónico, el nomenclátor de las estaciones telegráficas españolas, estaciones telefónicas y una estadística comparativa del desarrollo del servicio electrotelegráfico en España desde su creación en 1855 hasta fin de 1885.

A la mejor comprensión del texto contribuye poderosamente el mapa postal y telegráfico de España en escala de 1 : 1.800.000 que acompaña al *Anuario*, y en el cual aparecen trazados todos los ferrocarriles ya construídos, en construcción ó en proyecto, las carreteras, etc., etc.

Dedúcese de lo anteriormente apuntado, que el *Anuario* que nos ocupa es un libro útil y oportuno, por el cual merecen sinceros parabienes sus autores, y nosotros nos complacemos en dárselos al Sr. D. Angel Mansi, ilustrado y celoso Director general de Comunicaciones, y al Sr. D. José Lois é Ibarra, no menos diligente y entendido Administrador del Correo central.

*
* *

«Si ecos de libertad son mis cantares
que exhala nuestra patria en su esperanza;
si cruzan las campiñas y los mares
y si lloran los míseros pesares
que acaso el pueblo á desechar no alcanza,
sé que en vosotros hallarán amigos
honrando así al poeta;
que elegidos del pueblo sois testigos
de cómo modifica en su ansia inquieta
gustos y aspiraciones,
tendencias, fe y costumbres;
cómo esta sociedad despierta altiva
y se pone al nivel de otras naciones;

!!!Madrid!!!...—Canto, por D. J. J. JIMÉNEZ DELGADO.—Un folleto en 8.º de 31 páginas.—Madrid, imprenta y litografía municipal, 1886.

Es el Sr. D. Juan J. Jiménez Delgado poeta y autor dramático bien conocido, y periodista inteligente que posee la imaginación propia de los que nacen en la hermosa región andaluza.

Tiene entre sus poesías líricas varias muy notables, entre ellas las odas *A Quintana*, *El mar por tumba*, *A Calderón*, *La abolición de la pena de muerte*, etc., y entre sus producciones dramáticas, la titulada *Florinda*.

Aunque ya hace tiempo que distraen su atención y ocupan su actividad las obligaciones de concejal y teniente alcalde del Ayuntamiento de Madrid, cargos, por cierto, en los que se ha distinguido, no olvida sus aficiones literarias, y prueba de ello es el canto que acaba de publicar denominado *!!!Madrid!!!* en el cual aparecen en admirable concierto la inspiración del vate y las ideas del hombre que conoce á fondo las necesidades de la heroica villa.

Dirígese en el primer canto á sus compañeros de Concejo, y les dice:

cómo en el arte y en la nueva ciencia
remóntase á las cumbres
en pos de otra creencia,
y cómo lo que ayer creyó divino,
de la razón siguiendo el gran camino
y la ley natural de la conciencia,
ve que es materia y lodo;
que la natura es Dios y Dios es todo.»

El Sr. Jiménez Delgado indica des-
pués, en versos igualmente hermosos,
que el importante cometido del Ayun-

tamiento de Madrid consiste en satis-
facer ese rumor vago

«... de aspiraciones mal sentidas,
que en el taller resuena con halago,
en el modesto hogar con fe se escucha,
entre la clase pobre se bendice,
entre la clase media se le teme
y en las altas esferas se maldice.»

Insinúa el difícil problema que en-
traña la cuestión social; dúelese de
que hoy lo invadan todo las frías co-
rrientes positivistas; pide que empre-
nda reformas el Municipio, con ánimo
resuelto, y luego de trazar el cua-
dro espléndido que presenta el mun-

do, advierte que el obrero carece de
aire y de luz, pero que, al remediar
esta triste situación, no se debe caer
en el error de construir barriadas
para obreros, aparte de las demás ca-
sas, porque

«Para que el rico su misión comprenda
y el menestral su dignidad recobre,
en la misma vivienda
mezclad al poderoso con el pobre.
Pensad que Dios, con su saber profundo,
dividir no ha querido
en el confín de nuestro estrecho mundo
que tanto amor encierra,
la humanidad en razas que se odien,
y en pueblos las regiones de la tierra.»

Reseña los progresos de la ciencia
en sus aplicaciones á las artes indus-
triales, que permiten acometer y eje-
cutar obras grandiosas, y concluye
pintando en inspirados versos las tras-
formaciones que debe experimentar
la heroica villa, por la poderosa ini-
ciativa de su Concejo.

Plácemes mil merece el Sr. Jiménez
Delgado por su poesía, y más, si ca-
be, por el espíritu que la informa y
los grandes alientos que en ella de-
nota su autor.

A.

MADRID, 1886.—IMPRESA DE MANUEL G. HERNÁNDEZ,
Libertad, 16 duplicado

GIMNÁSTICA CIVIL Y MILITAR

POR

DON FRANCISCO PEDREGAL Y PRIDA

CON UN PRÓLOGO DE

DON JOSÉ NAVARRETE

Obra ilustrada con **185** grabados intercalados en el texto
Declarada de texto en el colegio de Carabineros y premiada con *medalla de mérito*
en la Exposición Literario-Artística de Madrid

Se halla de venta en la calle de la Libertad, 16 duplicado, imprenta, al precio de CINCO PESETAS.

EXPOSICION UNIVERSAL

DE

BARCELONA

Setiembre, 1887. — Abril, 1888

ÉTABLISSEMENT DE SAINT-GALMIER (Loire)

CACHET
VERT

SOURCE BADOIT

MÉDAILL.
D'OR

EAU DE TABLE SANS RIVALE

La seule de toutes les Eaux minérales de table qui ait obtenu une Récompense à l'Exposit. univ. de 1878

La seule aussi qui ait obtenu une médaille d'Or à l'Exposition de Francfort-s-le-Mein en 1881

Diplôme d'honneur à l'Exposition de Bordeaux 1882

La consommation de cette Eau a pris des proportions considérables. C'est par millions de bouteilles qu'elle est aujourd'hui expédiée. Aussi quand un docteur distingué écrivait : « Cette Eau fera le tour du monde! » il disait vrai. Cette progression est due à sa saveur, soit pure, soit mélangée au vin, à sa limpidité inaltérable, enfin à toutes ses propriétés *hygiéniques, apéritives et digestives*, constatées par les travaux scientifiques des Docteurs **O. Henry, Durand-Fardel, Ladeveze, Gensoul, Petrequin**, etc.

10 VENTE PAR AN:
millions de bouteilles

Exiger la Signature :



LA EQUITATIVA DE LOS ESTADOS UNIDOS

SOCIEDAD AMERICANA DE SEGUROS DE VIDA

120 BROADWAY.—NEW-YORK

Capital de garantía..... 342.274.948 pesetas.
Sobrante (evaluación al 4 por 100). 71.390.831)

Esta Sociedad es la única que emite pólizas indisputables pagaderas á la presentación.
Los que solicitan seguros en ella no necesitan esperar la resolución de New-York.
Su Comité ejecutivo para España y Portugal está autorizado para emitir pólizas y pagarlas en Madrid.



El sobrante de esta Sociedad, al 4 1/2 por 100, tipo legal del Estado de New-York, asciende á 90.100.946 pesetas, y calculado á cualquier tipo de evaluación, es mayor que el de cualquier Compañía del mundo.

DIRECCIÓN GENERAL PARA ESPAÑA Y PORTUGAL

Y

SUCURSAL DE ESPAÑA

MADRID.—SEVILLA, 16, PRINCIPAL

(Se dan informes y prospectos.)